

ALCANZA EL MAÑANA

Arthur C. Clarke



ÍNDICE

Prefacio

Partida de rescate (Rescue Party; 1946).

Un paseo en la oscuridad (A walk in the dark; 1950).

El enemigo olvidado (The forgotten Enemy; 1953).

Error técnico (Technical Error [The Reversed Man]; 1950).

El parásito (The Parasite; 1953).

Los fuegos interiores (The Fires Within; 1949).

Despertar (The Awakening; 1951).

Problemas con los nativos (Trouble with the Natives; 1951).

La maldición (The Curse, 1953).

Flecha del tiempo (Time's Arrow; 1952).

Júpiter cinco (Jupiter Five; 1953).

Los poseídos (The Possessed; 1952).

A Scott Meredith, por vender todos estos cuentos, al menos una vez.

Prefacio

"Alcanza el mañana" es mi segunda colección de cuentos cortos publicados por primera vez en 1956.

La mayoría de estos cuentos fue escrita entre 1945 y 1950, en el primer albor de la Era Atómica. Como un ejemplo de cuán difícil es para el escritor de ciencia-ficción mantenerse adelantado a los hechos, ya ha sido realizado el imaginario descubrimiento descrito en "La flecha del tiempo". Si se visita el Museo de Historia Natural (le Nueva York, se pueden ver las huellas fosilizadas de un dinosaurio persiguiendo a otro.

Cuando escribí "Error técnico", hace más de veinte años, la idea de que esa curiosidad de laboratorio que era la superconductividad pudiera ser alguna vez usada para aplicaciones comerciales, parecía rebuscada. Pero va están construyéndose las primeras grandes máquinas que trabajan sobre este principio y, citando el "Science Journal" de abril de 1969, "están destinadas a causar una gran revolución en la industria de la energía eléctrica dentro de los próximos diez años".

Las peculiaridades de la mecánica celeste, que forman la base de "Júpiter Cinco", son mucho más conocidas ahora que en los tempranos años de la década de los cincuenta, que fue cuando la escribí; son los verdaderos cimientos de las técnicas de encuentro orbital. Por derecho propio, este cuento debería ser dedicado al profesor George McVittie, en otro tiempo ni;tutor en Matemática aplicada, si bien debo apresurarme en agregar que no tiene el menor parecido con el profesor del cuento.

Si no me falla la memoria, he escrito sólo dos cuentos basados en ideas sugeridas por otras personas. Uno de ellos es "Los poseídos", y por este medio confieso mi agradecimiento a Mike Wilson, que puede compartir su parte de culpa.

ARTHUR C. CLARKE

Nueva York, mayo de 1969.

PARTIDA DE RESCATE

¿De quién era la culpa? Durante tres días, los pensamientos de Alveron habían vuelto sobre aquella cuestión y todavía no les había encontrado respuesta. Una criatura de una raza menos civilizada, o menos sensible, nunca hubiera dejado torturar su mente con eso y se habría satisfecho con la seguridad de que nadie podía ser responsable de los avatares del destino. Pero Alveron y su especie habían sido los señores del Universo desde el alba de la historia, desde aquella tan lejana época en que la Barrera del Tiempo había sido envuelta alrededor del cosmos por los desconocidos poderes que yacían más allá del Principio. A ellos les fue dado todo el conocimiento; y con el conocimiento infinito iba la responsabilidad infinita. Si había equivocaciones y errores en la administración de la Galaxia, la culpa recaía sobre la cabeza de Alveron y su gente. Y esto no era una mera equivocación: era una de las mayores tragedias de la historia.

La tripulación todavía no sabía nada. Aun a Rugon, su mejor amigo y lugarteniente del capitán de la nave, se le había dicho sólo una parte de la verdad. Pero ahora los sentenciados mundos yacían a menos de un billón de millas. En unas pocas horas aterrizarían en el tercer planeta.

Alveron leyó una vez más el mensaje de la Base; entonces, con el latigazo de un tentáculo que ningún ojo humano podría haber seguido, apretó el botón de «Alerta General». A través de todo el cilindro de una milla de largo que era la nave de Vigilancia Galáctica S9000, criaturas de muchas razas abandonaron su trabajo para escuchar las palabras de su capitán.

—Sé que han estado preguntándose —comenzó Alveron— por qué nos han ordenado abandonar nuestro patrullaje y proceder con tal aceleración hacia esta región del espacio. Algunos de ustedes pueden darse cuenta de lo que significa esta aceleración. Nuestra nave está en su viaje final: los generadores han estado funcionando durante sesenta horas a Sobrecarga Final. Tendremos mucha suerte si volvemos a la Base por nuestros propios medios.

»Nos estamos aproximando a un sol que está a punto de volverse nova. La detonación ocurrirá en siete horas, con una incertidumbre de una hora, dejándonos un máximo de sólo cuatro horas para la exploración. En el sistema que va a ser destruido hay diez planetas y hay una civilización en el tercero. El hecho fue descubierto sólo hace unos pocos días. Es nuestra trágica misión ponernos en contacto con esa raza sentenciada y,

si es posible, salvar a alguno de sus miembros. Sé que es poco lo que podemos hacer en tan corto lapso y con una sola nave. Ninguna otra máquina podría alcanzar el sistema antes de que ocurra la detonación.»

Hubo una larga pausa, durante la cual no podría haber habido sonido o movimiento alguno en toda la poderosa nave, que se aceleraba silenciosamente hacia los mundos de adelante. Alveron sabía qué estaban pensando sus compañeros y trató de contestar a su no formulada pregunta.

—Se preguntarán cómo se ha permitido que ocurra tal desastre, el peor de los que tenemos registro. Pero les puedo asegurar una cosa. El fallo no reside en esta nave.

»Como ya saben, con nuestra actual flota de menos de doce mil naves es posible reexaminar cada uno de los ocho millones de sistemas solares de la Galaxia, a intervalos de casi un millón de años. La mayoría de los mundos cambia muy poco en tan corto tiempo.

»Menos de cuatrocientos mil años atrás, la nave de inspección S5060 examinó los planetas del sistema al que nos estamos aproximando. No encontró inteligencia en ninguno de ellos, pese a que el tercer planeta abundaba en vida animal y que otros dos mundos habían sido alguna vez habitados. Se presentó el informe habitual, y el sistema estará apto para su próximo examen en seiscientos mil años.

»Ahora parece que en el increíblemente corto período de tiempo desde la última inspección ha aparecido vida inteligente en el sistema. El primer indicio de esto tuvo lugar cuando desconocidas señales de radio fueron detectadas en el planeta Kulath, en el sistema X 29.35, Y 34.76, Z 27.93. Se tomaron sus coordenadas: provenían del sistema al que nos dirigimos.

»Kulath está a doscientos años luz de aquí; por tanto, aquellas ondas de radio han estado en camino durante dos siglos. Por consiguiente, al menos durante este tiempo, ha existido una civilización en uno de estos mundos, una civilización que puede generar ondas electromagnéticas y todo lo que eso implica.

»Se hizo un inmediato examen telescópico del sistema y entonces se encontró que el Sol estaba en el inestable estado de prenova. La detonación podría ocurrir en cualquier momento y ciertamente podría haber tenido lugar mientras las ondas de luz estaban en camino a Kulath.

»Hubo un pequeño retraso mientras las antenas direccionales de supervelocidad de Kulath II se enfocaban en el sistema. Ellas demostraron que la detonación todavía no había ocurrido, pero que faltaban pocas horas. Si Kulath hubiera estado una fracción de

año luz más lejos de este sol, nunca nos habríamos enterado de esta civilización hasta que hubiera cesado de existir.

»El administrador de Kulath se puso inmediatamente en contacto con la Base del Sector y se me ordenó dirigirme hacia el sistema al instante. Nuestro objetivo es salvar a todos los miembros que podamos de la raza sentenciada, si todavía queda alguno. Pero hemos supuesto que una civilización que posee radio debe haberse protegido contra cualquier elevación de temperatura que ya podría haber ocurrido.

»Esta nave y los dos módulos explorarán una sección del planeta, cada uno. El comandante Torkalee cogerá el Número Uno y el comandante Orostron el Número Dos. Tendrán menos de cuatro horas para explorar este mundo. Al finalizar este lapso deberán estar de vuelta en la nave. Esta partirá en ese momento, con o sin ellos. Inmediatamente daré detalladas instrucciones a los dos comandantes en el cuarto de control.

»Eso es todo. Entraremos en la atmósfera en dos horas.»

Sobre el mundo conocido en un tiempo como Tierra, los fuegos se extinguían: ya no había nada que quemar. Los grandes bosques que habían barrido el planeta como una marejada con la muerte de las ciudades, no eran ahora más que resplandeciente carbón de leña, y el humo de sus piras funerarias aún manchaba el cielo. Pero las últimas horas estaban todavía por venir porque las rocas de la superficie todavía no habían comenzado a fluir. Los continentes eran apenas visibles a través de la humareda, pero sus contornos no significaban nada para los observadores de la nave que se acercaba. Las cartas que ellos poseían estaban atrasadas en más de una docena de Eras Glaciales y en más de un diluvio.

La S9000 había pasado por Júpiter y había visto inmediatamente que no podía haber vida en aquellos semigaseosos océanos de hidrocarburos comprimidos, ahora en furiosa erupción bajo el anormal calor solar. Habían omitido Marte y los planetas exteriores, y Alveron comprendió que los mundos más cercanos al Sol que la Tierra ya estaban fundiéndose. Era más que probable, pensó tristemente, que ya hubiera terminado la tragedia de esta raza desconocida. En lo profundo de su corazón pensó que quizá fuera mejor así. La nave podrá llevar sólo unos pocos cientos de supervivientes y el problema de la selección le había estado obsesionando.

Rugon, jefe de comunicaciones y lugarteniente del capitán, entró en el cuarto de control. Durante la última hora se había esforzado en detectar radiación proveniente de la Tierra, pero en vano.

—Es muy tarde —anunció lóbregamente—. He recorrido todo el espectro y el éter está muerto, excepto nuestras propias estaciones y algunos programas de Kulath de hace doscientos años. Ya no hay nada que esté irradiando en este sistema.

Se movió hacia la gigante pantalla de visión con un movimiento fluido y gracioso, que ningún simple bípedo podría siquiera desear imitar. Alveron no dijo nada; había estado esperando esta noticia.

Una pared entera del cuarto de control fue ocupada por la pantalla, un gran rectángulo blanco que daba una impresión de profundidad casi infinita. Tres de los delgados tentáculos de control de Rugon, inútiles para el trabajo pesado, pero increíblemente veloces en cualquier manipulación, aletearon sobre los diales selectores y la pantalla se encendió con mil puntos luminosos. El campo de la estrella fluyó rápidamente mientras Rugon ajustaba los controles, haciendo que el proyector se enfocara sobre el mismo Sol.

Ningún hombre sobre la tierra hubiera reconocido la monstruosa figura que llenaba la pantalla. La luz del Sol ya no era blanca: grandes nubes azul-violáceas cubrían la mitad de su superficie, y de ellas, largos gallardetes de llamas estallaban hacia el espacio. En un punto, una enorme prominencia se había elevado fuera de la fotosfera, casi hasta penetrar en los vacilantes velos de la corona. Era como si un árbol de fuego hubiera echado raíces en la superficie del Sol, un árbol que se erguía a medio millón de millas de altura y cuyas ramas eran ríos de llamas que barrían el espacio a cientos de millas por segundo.

—Supongo —dijo Rugon— que están bastante satisfechos con los cálculos de los astrónomos. Después de todo...

—Oh, estamos perfectamente a salvo —dijo Alveron confiadamente—. He hablado al Observatorio de Kulath y han estado haciendo unas verificaciones adicionales a través de nuestros propios instrumentos. Esa incertidumbre de una hora incluye un margen secreto de seguridad, que no me dirán, en caso de que me sienta tentado a permanecer más tiempo.

Echó una ojeada al panel de instrumentos.

—El piloto ya nos debería haber hecho penetrar en la atmósfera. Encienda la pantalla y enfóquela sobre el planeta, por favor. ¡Ah, allá van!

Hubo una repentina vibración a mis pies y un bronco sonar de alarmas, acallado instantáneamente. A través de la pantalla de visión se vio que dos delgados proyectiles se zambullían hacia la creciente masa de la Tierra. Viajaron juntos unas pocas millas, luego se separaron y uno se desvaneció abruptamente, mientras penetraba en la sombra del planeta.

Lentamente, la inmensa nave madre, con su enorme volumen, descendió después de ellos en la furiosa tormenta que estaba precipitándose en las ciudades desiertas del Hombre.

Era de noche en el hemisferio sobre el que Orostron ejercía su pequeño mando. Como Torkalee, su misión era fotografiar, grabar e informar los progresos a la nave madre. El pequeño módulo explorador no tenía lugar para especímenes o pasajeros. Si se hiciera contacto con los habitantes de este mundo, la S9000 acudiría inmediatamente. No habría tiempo para negociar. Si hubiera algún problema, el rescate sería por la fuerza y las explicaciones podrían llegar después.

La arruinada región que yacía debajo estaba bañada por una imponente y vacilante luz, ya que un despliegue crepuscular descargaba su furia sobre la mitad del mundo. Pero la imagen de la pantalla de visión era independiente de la luz exterior y mostraba claramente un campo de rocas estériles que parecían no haber conocido nunca alguna forma de vida. Presumiblemente este desierto debía terminarse en algún lugar. Orostron aumentó la velocidad hasta el valor más alto que podía arriesgar en una atmósfera tan densa.

La máquina huyó a través de la tormenta y ahora el desierto comenzó a trepar hasta el cielo. Delante yacía una gran cordillera, perdidos sus picos en las nubes cargadas de humo. Orostron dirigió las antenas hacia el horizonte y la línea montañosa pareció de golpe muy cercana y amenazadora en la pantalla de visión. Comenzó a ascender rápidamente. Era difícil imaginarse un terreno menos prometedor para encontrar civilización, y se preguntó si no sería prudente cambiar de curso. Decidió que no. Cinco minutos más tarde tuvo su recompensa.

Algunas millas debajo yacía una montaña decapitada, su cúspide completamente cortada por alguna tremenda hazaña ingenieril. Por encima de la roca y a horcajadas sobre la meseta artificial había una intrincada estructura de barrotes metálicos soportando masas de maquinarias. Orostron detuvo su nave y descendió en espiral hacia la montaña.

La leve interferencia producida por el efecto Doppler ya se había desvanecido y la imagen se recortaba claramente sobre la pantalla. El reticulado sostenía algunas hileras de grandes espejos metálicos que apuntaban al cielo, formando un ángulo de cuarenta y cinco grados con la horizontal. Eran levemente cóncavos y cada uno poseía en su foco un complicado mecanismo. Parecía haber algo impresionante y significativo en esta formación; cada espejo apuntaba precisamente al mismo lugar del cielo... o más allá.

Orostron se dirigió a sus colegas.

—Me parece que es una especie de observatorio —dijo—. ¿Has visto alguna vez algo como eso?

Klarten, una criatura multitentaculada y trípoda, proveniente de un racimo globular del borde de la Vía Láctea, tenía una teoría diferente.

—Ese es un equipo de comunicación. Aquellos reflectores son para enfocar rayos electromagnéticos. Ya he visto antes el mismo tipo de instalaciones en un centenar de mundos. Incluso podría ser la estación que recogió Kulath..., pese a que es bastante improbable, porque los rayos serían demasiado estrechos para espejos de ese tamaño.

—Eso explicaría el hecho de que Rugon no pudiera detectar radiación antes de que aterrizáramos —agregó Hansur II, uno de los mellizos provenientes del planeta Thargon.

Orostron no estaba de acuerdo en absoluto.

—Si aquello es una estación de radio, debe haber sido construida para comunicación interplanetaria. Miren la forma en que están orientados los espejos. No creo que haya podido cruzar el espacio una raza que ha conocido la radiocomunicación sólo dos siglos antes. A mi pueblo le llevó seis mil años.

—Nosotros lo conseguimos en tres —dijo Hansur II con indiferencia, hablando unos pocos segundos antes que su gemelo. Antes que la inevitable discusión pudiera desplegarse, Klarten comenzó a mover los tentáculos excitadamente. Mientras los otros hablaban, él había encendido el monitor automático.

—¡Aquí está! ¡Escuchen!

Movió una perilla y el pequeño cuarto se llenó con un sonido bronco y quejoso, que cambiaba de altura continuamente, reteniendo, sin embargo, ciertas características que eran difíciles de definir.

Los cuatro exploradores escucharon con atención durante un minuto; luego Orostron dijo:

—¡Seguro que esa no es ninguna forma de lenguaje ¡Ninguna criatura puede producir sonidos con tanta rapidez!

Hansur I había llegado a la misma conclusión.

—Eso es un programa de televisión. ¿No crees así, Klarten?

Los otros estaban de acuerdo.

—Sí, y cada uno de esos espejos parecen estar emitiendo un programa diferente. Me pregunto a dónde irán. Si estoy en lo cierto, uno de los otros planetas del sistema debe estar en la línea de esos rayos. Podemos verificarlo inmediatamente.

Orostron llamó a la S9000 e informó del descubrimiento. Tanto Rugon como Alveron estaban muy excitados e hicieron una rápida verificación de los registros astronómicos.

El resultado fue sorprendente... y desalentador. Ninguno de los otros nueve planetas se encontraba a lo largo de la línea de transmisión.

Los inmensos espejos parecían apuntar ciegamente hacia el espacio.

Sólo una conclusión se podía sacar, y Klarten fue el primero en proclamarla.

—Tuvieron comunicación interplanetaria —dijo—. Pero ahora la estación debe estar desierta y los transmisores sin control. No fueron desconectados y ahora apuntan al mismo lugar que cuando los abandonaron.

—Bueno, lo averiguaremos pronto —dijo Orostron—. Voy a aterrizar.

Lentamente llevó la máquina hacia los grandes espejos metálicos y los sobrepasó, hasta que se detuvo sobre la roca. Cien yardas más allá, un blanco edificio de piedra serpenteaba bajo la masa de las vigas de acero. No tenía ventanas, pero había varias puertas en la pared, unas frente a otras.

Orostron observó a sus compañeros trepar a sus trajes protectores y deseó poder seguirlos. Pero alguien debía permanecer en la máquina para mantenerse en contacto con la nave madre. Esas fueron las instrucciones de Alveron, y eran muy prudentes. Uno nunca sabía lo que podría suceder en un mundo que era explorado por primera vez, y especialmente bajo condiciones como éstas.

Con suma cautela, los exploradores salieron de la compuerta hermética y ajustaron el campo antigravitatorio de sus trajes. Entonces, cada uno con el medio de locomoción propio de su raza, la pequeña partida avanzó hacia el edificio, los gemelos Hansur delante y Klarten siguiéndoles de cerca. Su control de gravedad parecía tener problemas porque, repentinamente, se cayó al suelo, para diversión de sus colegas. Orostron les vio detenerse unos instantes frente a la puerta más cercana; ésta se abrió lentamente y les perdió de vista.

Así esperó Orostron, todo lo pacientemente que pudo, mientras la tormenta crecía a su alrededor y en el cielo la luz de la aurora se hacía aún más brillante. A las horas convenidas llamó a la nave madre y recibió breves instrucciones de Rugon. Se preguntó cómo le iría a Torkalee en la otra mitad del planeta, pero no pudo contactar con él a través de los estallidos y los truenos de la interferencia solar.

Klarten y los Hansur no tardaron en descubrir que sus teorías eran correctas. El edificio era una estación de radio y estaba totalmente desierto. Consistía en una sala tremendamente grande, con unas pocas oficinas pequeñas que convergían hacia ella. En la estancia principal se extendían, fila tras fila, equipos eléctricos; las luces centelleaban y pestañeaban en cientos de paneles de control y un brillo opaco llegaba de los elementos de una gran avenida de tubos de vacío.

Pero Klarten no estaba impresionado. El primer equipo de radio que construyera su raza estaba ya fosilizado en estratos de mil millones de años de antigüedad. El Hombre, que había poseído máquinas eléctricas durante unos pocos siglos, no podía competir con aquellos que las conocieron durante la mitad de la vida de la Tierra.

No obstante, el grupo mantuvo sus grabadores en funcionamiento mientras exploraban el edificio. Había aún un problema a resolver. La estación desierta estaba transmitiendo programas, pero, ¿de dónde venían? El tablero central fue localizado en seguida. Estaba diseñado para que manejara veintenas de programas al mismo tiempo, pero la fuente de estos programas se perdía en un laberinto de cables que desaparecían bajo la tierra. Allá, en la S9000, Rugon trataba de analizar las transmisiones y quizá sus investigadores le revelaran su origen. Era imposible seguir el rastro de cables que podrían atravesar continentes.

El grupo no perdió mucho tiempo en la desierta estación. No había nada que pudiera aprender de ella, y estaban buscando vida más que información científica. Minutos más tarde, la pequeña nave se elevó suavemente de la meseta y se dirigió hacia las llanuras que debían existir detrás de las montañas. Les quedaban menos de tres horas.

Mientras el conjunto de enigmáticos espejos se perdía de vista, Orostron tuvo una idea repentina. ¿Era su imaginación, o todos se habían movido describiendo un pequeño ángulo, como si todavía compensaran la rotación de la Tierra? No podía estar seguro y abandonó el asunto sin darle importancia. Eso sólo significaba que el mecanismo director funcionaba aún, después de tanto tiempo.

Quince minutos después descubrieron la ciudad. Era una metrópoli grande y extensa, construida alrededor de un río que había desaparecido dejando una deforme cicatriz que se revolvía entre los grandes edificios y bajo puentes que ahora parecían muy fuera de lugar.

Aun desde el aire, la ciudad estaba desierta. Pero sólo quedaban dos horas y media... no había tiempo para una exploración cuidadosa. Orostron tomó una decisión y aterrizó cerca de la estructura más fuerte que pudo ver. Parecía razonable suponer que algunas criaturas hubieran procurado refugio en los edificios más fuertes, donde estarían seguros hasta el final definitivo.

Las cavernas más profundas (el mismo corazón del planeta), no ofrecerían protección cuando llegara el cataclismo final. Aun si esta raza hubiera alcanzado los planetas exteriores, su sentencia sería diferida en las pocas horas que los voraces frentes de onda tardaran en atravesar el Sistema Solar.

Orostron no podía saber que la ciudad no había estado desierta por unos días o semanas, sino por más de un siglo. Porque la cultura de las ciudades, que había sobrevivido a tantas civilizaciones, había sido finalmente sentenciada cuando el helicóptero trajo transporte universal. En pocas generaciones, las grandes masas de la especie humana, sabiendo que podían alcanzar cualquier parte del globo en cosa de horas, habían vuelto a los campos y bosques que siempre añoraron. La nueva civilización tenía máquinas y recursos que las tempranas generaciones nunca habían soñado, pero era esencialmente rural, y ya no estaba unida a las conejeras de acero y cemento que habían dominado los siglos anteriores. Tales ciudades permanecían como centros de investigación, administración y diversión; a otras se las había dejado caer, donde era mucho problema destruirlas. Pero las ciudades fundadas en el vapor, el hierro y el transporte de superficie habían pasado con las industrias que las habían alimentado.

Y así, mientras Orostron esperaba en el módulo, sus colegas corrían a lo largo de corredores vacíos y salones desiertos, tomando innumerables fotografías, pero sin aprender nada de las criaturas que habían utilizado estos edificios. Había bibliotecas, salas de reuniones, salas de consejo, miles de oficinas...; todas estaban vacías y sepultadas en el polvo. Si no hubieran visto la estación de radio en su ciudadela de montaña, los exploradores podrían muy bien haber creído que este inundo no había conocido vida durante siglos.

Durante los largos minutos de espera, Orostron trató de imaginar hacia dónde había desaparecido esta raza. Quizá, sabiendo que era imposible escapar, se habían matado entre ellos, quizá habían construido grandes refugios en las entrañas del planeta y quizá ahora millones estaban agachados a sus pies, esperando el fin. Comenzó a temer que nunca lo sabría.

Fue casi un alivio cuando al fin tuvo que dar la orden de regreso. Pronto sabría si el grupo de Torkalee había sido más afortunado. Y estaba ansioso por Volver a la nave madre, porque mientras pasaban los minutos, el suspense se había vuelto más y más agudo. En su mente siempre hubo una pregunta: ¿Y qué si los astrónomos de Kulath habían cometido un error? Comentaría a sentirse feliz cuando las paredes de la S9000 estuvieran rodeándole. Sería aún más feliz cuando estuvieran en el espacio exterior, y este horrible sol se encogiera lejos de la popa.

Tan pronto como sus colegas entraron en la compuerta, Orostron lanzó su pequeña máquina hacia el cielo, y dispuso los controles para volar a casa, a la S9000. Luego se dirigió a sus amigos.

—Bueno, ¿qué han encontrado? —preguntó.

Klarten extrajo un gran rollo de lienzo y lo extendió en el suelo.

—Así es como eran —dijo quedamente—. Bípedos, aun sólo dos brazos. Parecen habérselas arreglado bien, pese a esa desventaja. Sólo dos ojos, salvo que haya otros en la parte de atrás. Tuvimos suerte de encontrar esto; es casi lo único que dejaron atrás.

El viejo óleo dirigió una pétrea mirada a las tres saturas que le observaban tan atentamente. Por esas ironías del destino, su absoluta falta de valor le había salvado del olvido. Cuando la ciudad fue evacuada, nadie se molestó en mover a Alderman John Richards, 1909—1974. Había estado acumulando polvo durante un siglo y medio, mientras muy lejos de las antiguas ciudades, la nueva civilización se había elevado a alturas que culturas anteriores jamás habían conocido.

—Eso es casi todo lo que encontramos —dijo Klarten—. La ciudad debe haber estado desierta durante años. Me temo que nuestra expedición ha sido un fracaso. Si en este mundo hay criaturas vivientes, se han escondido demasiado bien como para encontrarlas.

Su comandante se sentía forzado a asentir con él.

—Era una tarea casi imposible —dijo—. Si hubiéramos tenido semanas en vez de horas, podríamos haber tenido éxito. Por todo lo que sabemos, podrían haber construido refugios incluso bajo el mar. Nadie parece haberlo pensado.

Echó un vistazo a los indicadores y corrigió la dirección.

—Estaremos allá en cinco minutos. Alveron parece moverse un poco rápido. Me pregunto si Torkalee ha encontrado algo.

La S9000 estaba flotando a pocas millas sobre la orilla de un ardiente continente, cuando Orostron llegó a ella. La línea de peligro estaba a treinta minutos y no había tiempo que perder.

Hábilmente maniobró la pequeña nave hasta meterla en su tubo de lanzamiento, y el grupo salió de la compuerta hermética.

Había una pequeña multitud aguardándoles. Eso era de esperar, pero Orostron pudo notar inmediatamente que lo que había llevado a sus amigos hasta allí era algo más que curiosidad. Aún antes de que pronunciara una palabra, supo que algo andaba mal.

—Torkalee no ha vuelto. Perdió a su grupo y nosotros iremos al rescate. Venga al cuarto de control inmediatamente.

Desde el principio Torkalee fue más afortunado que Orostron. Había seguido la zona del crepúsculo, manteniéndose alejado del intolerable resplandor solar, hasta que llegó a las costas de un mar interior. Era un mar muy reciente, una de las últimas obras del hombre, ya que la región que cubría había estado desierta hacía menos de un siglo. En

pocas horas estaría desierta nuevamente, porque el agua estaba hirviendo y nubes de vapor se elevaban hasta los cielos. Pero ellas no podían ocultar la belleza de la gran ciudad blanca que dominaba ese mar desprovisto de mareas.

Aún había máquinas voladoras estacionadas en gran número alrededor del cuadrado sobre el que aterrizó Torkalee. Eran desalentadoramente primitivas, pero preciosamente terminadas, y se sostenían con hélices rotatorias. No había signos de vida en ninguna parte, pero el lugar daba la impresión de que sus habitantes no estaban muy lejos. En algunas ventanas se veían brillar luces.

Los tres compañeros de Torkalee no perdieron tiempo en abandonar la máquina. El líder del grupo, por mayoría de rango y de raza, era T'sinadree, quien al igual que el mismo Alveron, había nacido en uno de los antiguos planetas de los soles centrales. Luego Alarkane, de una de las razas más jóvenes del Universo, lo que le producía un perverso orgullo. El último era uno de los extraños seres del sistema Palador. No tenía nombre, como todos los de su género, porque no tenía identidad propia siendo sólo una móvil pero dependiente célula de la conciencia de su raza. Pese a que hacía ya tiempo que él y sus compañeros habían sido diseminados por toda la Galaxia en la exploración de incontables mundos, algún vínculo aún desconocido los unía tan inexorablemente como las células de un cuerpo humano.

Cuando hablaba una criatura de Palador, el pronombre que usaba era siempre «nosotros». No había, ni tampoco podría haber nunca, ninguna primera persona del singular en el idioma de Palador.

Las grandes puertas del espléndido edificio obstaculizaron a los exploradores, pese a que cualquier niño humano hubiera conocido su secreto. T'sinadree no perdió el tiempo en ellas, pero llamó a Torkalee con su transmisor personal. Luego, los tres se hicieron rápidamente a un lado mientras su comandante maniobraba la máquina hasta la mejor posición. Hubo un breve estallido de llamas intolerables; el acero macizo vaciló una vez, al borde del espectro visible, y desapareció. Las piedras aún brillaban cuando la ansiosa partida entró en el edificio, los rayos de sus proyectores luminosos formando un abanico delante de ellos.

Las antorchas no eran necesarias. Enfrente tenían una gran sala que brillaba bajo la luz proveniente de hileras de tubos a lo largo del cielo raso. De los dos lados, la sala se abría hacia largos corredores y justo enfrente de ellos una sólida escalinata conducía majestuosamente a los pisos superiores.

T'sinadree dudó por un momento. Entonces, como cualquier camino era tan bueno como el otro, condujo a sus compañeros por el primer corredor.

El sentimiento de que cerca había vida era ahora muy fuerte. Parecía que en cualquier momento se enfrentaría con criaturas de este mundo. Si mostraran hostilidad (y realmente en muy poco se les podría culpar si lo hicieran), los paralizadores serían usados inmediatamente.

La tensión era muy grande cuando el grupo entró en el primer cuarto y sólo se relajó cuando vieron que no contenía nada excepto máquinas... fila tras fila de ellas, ahora quietas y silenciosas. Alineados en el inmenso cuarto había miles de archivos metálicos, formando, hasta donde llegaba la vista, una pared continua. Y eso era todo; no había muebles, nada, excepto los gabinetes y las misteriosas máquinas.

Alarkane, siempre el más rápido de los tres, ya estaba examinando los archivos. Cada uno contenía miles de hojas de un material fuerte y delgado, perforadas con innumerables ranuras y agujeros. El Paladorio se apropió de una de las tarjetas, y Alarkane grabó toda la escena con algunos primeros planos de las máquinas. Después marcharon. La gran sala, que había sido una de las maravillas del mundo, no significaba nada para ellos. Ningún ojo viviente podría volver a ver esa maravillosa batería de cuasihumanos analizadores Hollerith, y los cinco mil millones de tarjetas perforadas conteniendo todo lo que pudo grabarse de cada hombre, mujer y niño del planeta.

Era claro que este edificio había sido recientemente utilizado. Con creciente excitación, los exploradores se apresuraron a entrar en el próximo cuarto. Encontraron que éste era una enorme biblioteca, porque millones de libros yacían a su alrededor sobre miles y miles de anaqueles. Aquí pese a que los exploradores no podían saberlo, estaban los registros de todas las leyes por las que el Hombre había pasado, y todos los discursos que habían sido pronunciados en sus cámaras de consejo.

T'sinadree estaba decidiendo su plan de acción cuando Alarkane atrajo su atención sobre un grupo de anaqueles que distaban cien yardas. A diferencia de los otros, estaba medio vacío. A su alrededor había libros formando un desordenado montón en el piso, como tirados por alguien en una frenética prisa. Los signos eran inconfundibles. No hacía mucho tiempo, otras criaturas habían seguido este camino. Leves huellas de ruedas sobre el suelo eran claramente visibles para el agudo sentido de Alarkane, pese a que los otros no podían ver nada. Alarkane podía incluso detectar las pisadas, pero al no saber nada de las criaturas que las producían, no podía decir en qué dirección iban.

El sentimiento de proximidad era ahora más fuerte que nunca, pero era una proximidad en el tiempo, no en el espacio. Alarkane expresó las ideas del grupo.

—Estos libros deben haber sido valiosos, y alguien ha venido a rescatarlos... casi como un pensamiento tardío, creo. Eso significa que debe haber un lugar de refugio,

posiblemente no muy lejos. Quizá podamos encontrar otras claves que nos conduzcan hasta él.

T'sinadree asintió; el Paladorio no estaba tan entusiasmado.

—Puede ser así —dijo—, pero el refugio puede estar en cualquier parte del planeta, y sólo nos quedan dos horas. No perdamos más tiempo si deseamos rescatar a esta gente.

El grupo se precipitó una vez más hacia adelante, parando sólo para recoger unos pocos libros que podrían ser de utilidad a los científicos de la Base... pese a que dudaba que alguna vez pudieran traducirse. Pronto descubrieron que el edificio se componía de pequeñas habitaciones exhibiendo todas ellas señales de ocupación reciente. La mayoría de ellas estaban equipadas y limpias, pero una o dos eran casi todo lo contrario. Los exploradores se sintieron particularmente sorprendidos por una habitación (que sin duda era algún tipo de oficina), que parecía haber sido completamente arruinada. El piso estaba cubierto de papeles, los muebles habían sido destrozados, y a través de las ventanas se filtraba humo de los fuegos de afuera.

T'sinadree se alarmó bastante.

—¡Seguro que ningún animal peligroso pudo haber entrado en un lugar como éste! —exclamó, jugueteando nerviosamente con su paralizador.

Alarkane no contestó. Comenzó a producir ese extraño sonido al que su raza llamaba «risa». Pasaron varios minutos hasta que pudo explicar qué era lo que le había causado gracia.

—No creo que esto lo haya hecho ningún animal —dijo—. En realidad, la explicación es muy simple. Suponte que «tú» has estado trabajando toda tu vida en esta habitación, tratando con interminables documentos, año tras año. Y de golpe, te dicen que no la verás nunca más, que tu trabajo ha terminado, y que puedes irte para siempre. Más que eso... que nadie vendrá detrás de ti. Todo ha terminado. ¿Cómo te irías, T'sinadree?

El otro pensó unos instantes.

—Bueno, supongo que pondría las cosas en orden y me iría. Eso es lo que parece haber sucedido en todos los otros cuartos.

Alarkane se rió otra vez.

—Seguro que lo harías. Pero algunos individuos tienen una psicología diferente. Creo que me habría gustado la criatura que usaba esta habitación.

No se explicó más detalladamente, y sus dos colegas pensaron en sus palabras durante un rato, hasta que abandonaron el tema.

Cuando Torkalee dio la orden de regreso fue como un choque. Habían reunido una gran cantidad de información, pero no habían encontrado ninguna clave que les pudiera

conducir a los perdidos habitantes de este mundo. Aquel problema seguía siendo tan frustrante como antes y ahora parecía que nunca sería resuelto. Sólo quedaban cuarenta minutos hasta que partiera la S9000.

Estaban a mitad de camino de regreso al módulo cuando vieron el pasillo semicircular que conducía a las profundidades del edificio. Su estilo arquitectónico era bastante diferente del utilizado en los demás lugares, y su piso suavemente inclinado era una atracción irresistible para criaturas cuyas numerosas patas ya se habían cansado de las escaleras de mármol que sólo los bípedos podrían haber construido en tal profusión. T'sinadree era el que más había sufrido, porque él empleaba doce patas normalmente y podía utilizar veinte cuando estaba apurado, pese a que ninguno le había visto hacer esta maravilla.

El grupo se quedó inmóvil, mirando el pasillo con un único pensamiento. ¡Un túnel que conducía hacia las profundidades de la Tierra! Al final de esto, aún podrían encontrar gente de este mundo y rescatar a algunos de ellos de su destino. Porque todavía había tiempo para llamar a la nave madre, en caso de necesidad.

T'sinadree hizo una señal a su comandante, y Torkalee colocó la máquina inmediatamente sobre sus cabezas. No habría tiempo para que el grupo volviera a seguir sus huellas a través del laberinto de pasillos, tan meticulosamente grabado en la mente del Paladorio que no había ninguna posibilidad de perderse. Si se necesitara rapidez, Torkalee podría abrirse paso taladrando la docena de pisos de encima de sus cabezas. En cualquier caso, no tardaría mucho en averiguar qué había al final del pasillo.

Sólo necesitó treinta segundos. El túnel terminaba casi abruptamente en una muy curiosa estancia cilíndrica, que a lo largo de las paredes tenía asientos magníficamente acolchados. No había otra salida excepto aquella por la que habían llegado, y pasaron algunos segundos antes de que la finalidad de la cámara se aclarara en la mente de Alarkane. Es una pena, pensó, nunca tendría tiempo para utilizarla. La idea fue interrumpida de golpe por un grito de T'sinadree. Alarkane se volvió de plano y vio que la entrada se había cerrado silenciosamente detrás de ellos.

Aun en aquel primer momento de pánico, Alarkane se encontró pensando con algo de admiración: ¡Quienesquiera que fuesen, sabían cómo construir mecanismos automáticos!

El Paladorio fue el primero en hablar. Balanceó uno de sus tentáculos en dirección de los asientos.

—Creemos que sería mejor que nos sentáramos —dijo. La mente «múltiples» del Paladorio ya había analizado la situación, y sabía lo que vendría.

No tuvieron que esperar mucho antes de que un zumbido de alta frecuencia llegara de una rejilla de arriba, y por última vez en la historia una voz humana, aunque inanimada, fue escuchada en la Tierra. Las palabras no tenían sentido, pese a que los atrapados exploradores pudieron adivinar su mensaje en forma bastante clara.

—Elijan sus estaciones, por favor, y tomen asiento.

Simultáneamente, en un lado del compartimiento, se encendió un panel mural. Allí había un simple mapa que consistía en una serie de una docena de círculos interconectados por una línea. Cada uno de los círculos tenía una inscripción al lado, y debajo de ella había dos botones de diferentes colores.

Alarkane miró inquisidoramente a su superior.

—No los toques —dijo T'sinadree—. Si dejamos que los controles actúen solos, quizá las puertas se abran de nuevo.

Estaba equivocado. Los ingenieros que habían diseñado el subterráneo automático habían supuesto que cualquiera que entrase en él quería, naturalmente, ir a algún lugar. Si ellos no elegían alguna estación intermedia, su destino sólo podría ser la terminal de la línea.

Hubo otra pausa mientras los relevadores y thyatrones esperaban las órdenes a seguir. En esos treinta segundos, si hubieran sabido qué hacer, el grupo podría haber abierto las puertas y abandonado el subterráneo. Pero no lo sabían, y las máquinas, preparadas para una psicología humana, actuaron por ellos.

El oleaje de aceleración no fue muy grande; el excesivo almohadillado era un lujo, no una necesidad. Sólo una vibración casi imperceptible habló de la velocidad a la que viajaban a través de las entrañas de la Tierra, en un viaje cuya duración no podían siquiera adivinar. Y en treinta minutos, la S9000 abandonaría el Sistema Solar.

Sobre la veloz máquina hubo un largo silencio. T'sinadree y Alarkane pensaban rápidamente. Lo mismo hacía el Paladorio, aunque de una manera diferente. El concepto de muerte personal no tenía sentido para él, porque la destrucción de una sola unidad para la mente colectiva no significaba más que la pérdida de un cortauñas para un hombre. Pero podía, aunque con gran dificultad, apreciar la condición de las inteligencias individuales como las de Alarkane y T'sinadree, y estaba ansioso por ayudarles, si era posible.

Alarkane había logrado ponerse en contacto con Torkalee con su transmisor personal, pese a que la señal era muy débil y parecía desaparecer rápidamente. En poco tiempo explicó la situación, y casi inmediatamente las señales se hicieron más claras. Torkalee estaba siguiendo el rastro de la máquina, volando sobre la tierra bajo la cual se

apresuraban hacia su destino desconocido. Aquella fue la primera indicación que tuvieron del hecho de que estaban viajando a casi mil millas por hora, y muy poco después de eso, Torkalee pudo comunicarles la aún más destructora noticia de que se aproximaban rápidamente hacia el mar. Mientras estuvieran bajo el continente, había una esperanza, aunque tenue, de que pudieran detener la máquina y escapar. Pero bajo el océano..., ni todos los cerebros y maquinarias de la nave madre podrían salvarlos. Nadie podría haber proyectado una trampa más perfecta.

T'sinadree había estado examinando el mapa con gran atención. Su significado era obvio y, a lo largo de la línea que conectaba los círculos, se arrastraba una manchita luminosa. Ya estaba a la mitad de camino de la primera de las estaciones marcadas.

—Voy a apretar uno de estos botones —dijo al fin T'sinadree—. No hará ningún daño, y podríamos aprender algo.

—Estoy de acuerdo. ¿Cuál probarás primero?

—Hay sólo dos tipos, y no tendrá importancia si primero probamos el tipo equivocado. Supongo que uno es para hacer arrancar la máquina y el otro para detenerla.

Alarkane no tenía grandes esperanzas.

—Arrancó sin apretar ningún botón —dijo—. Creo que es completamente automático y que no lo podemos controlar desde aquí de ninguna manera.

T'sinadree no podía aceptar esa idea.

—Estos botones están claramente asociados con las estaciones, y no tiene ningún sentido tenerlos si no los puedes usar para detenerte. La única pregunta es: ¿cuál es el correcto?

Su análisis era perfectamente válido. La máquina podía ser detenida en cualquier estación intermedia. Habían estado en marcha sólo treinta minutos, y ahora podían irse, no se produciría ningún daño. Fue mala suerte que la primera elección de T'sinadree fuera el botón equivocado.

La lucecita del mapa se arrastró lentamente a través del círculo iluminado sin modificar su velocidad. Y al mismo tiempo Torkalee llamó desde la nave, en la superficie.

—Acaban de pasar bajo una ciudad y se están dirigiendo mar afuera. No podrá haber otra parada hasta dentro de unas mil millas.

Alveron había abandonado toda esperanza de encontrar vida sobre este mundo. La S9000 había vagado por la mitad del planeta, sin permanecer nunca mucho sobre un lugar, descendiendo una y otra vez en un esfuerzo por llamar la atención. No había habido respuesta; la Tierra parecía completamente muerta. Si alguno de sus habitantes

estaba aún vivo, pensaba Alveron, se debía haber escondido en las profundidades adonde no podría alcanzarles ninguna ayuda, pese a que la sentencia sería igualmente indudable.

Rugon trajo noticias del desastre. La gran nave cesó su infructuosa búsqueda y voló nuevamente a través de la tormenta hacia el océano sobre el cual el pequeño módulo de Torkalee todavía seguía la pista de la máquina enterrada.

La escena era verdaderamente terrorífica. Desde que nació la Tierra no había habido mares como éste. Montañas de agua corrían ante la tormenta que ahora había alcanzado velocidades de muchos cientos de millas por hora. Aun a esta distancia del continente, el aire estaba lleno de escombros voladores: árboles, fragmentos de casas, hojas de metal, cualquier cosa que no hubiera sido atada al suelo. Ninguna máquina aerosustentada podría haber vivido ni un momento en tal temporal. Y una y otra vez, aun el rugir del viento era ahogado cuando las vastas montañas de agua chocaban entre sí con un estampido que parecía sacudir el firmamento.

Afortunadamente, todavía no había habido serios terremotos. Muy por debajo del lecho oceánico, la magnífica obra de ingeniería que había sido el subterráneo hermético privado del Presidente Mundial, aún funcionaba perfectamente, sin ser afectada por el tumulto y la destrucción de arriba. Seguiría funcionando hasta el último minuto de existencia de la Tierra, que, si los astrónomos tenían razón, no distaba mucho más de quince minutos... aunque Alveron hubiera dado mucho por saber exactamente cuánto más. Pasaría cerca de una hora antes de que el atrapado grupo pudiera alcanzar un continente, y al menos la más leve esperanza de rescate.

Las instrucciones de Alveron habían sido precisas, aunque aun sin ellas, ellos nunca habrían soñado con asumir ningún riesgo con la gran máquina que había sido confiada a su cuidado. Si hubiera sido humana la decisión de abandonar a los atrapados miembros de su tripulación, habría sido desesperadamente difícil. Pero provenía de una raza mucho más sensible que el Hombre, una raza que amaba tanto las cosas del espíritu que hacía ya tiempo, y con infinita repugnancia, había asumido el control del Universo porque era la única manera de estar seguro de que se haría justicia. Alveron necesitaría todas sus dotes sobrehumanas para sostenerlo durante las próximas horas.

Mientras tanto, a una milla bajo el lecho oceánico, Alarkane y T'sinadree estaban realmente muy atareados con sus comunicadores privados. Quince minutos no es un período muy largo como para arreglar los asuntos de toda una vida. Es, en realidad, lo suficientemente largo como para dictar más de un puñado de esos mensajes de

despedida, que en tales momentos son mucho más importantes que todos los demás asuntos.

Durante todo el tiempo, el Paladorio había permanecido silencioso e inmóvil, sin decir una palabra. Los otros dos, resignados a su destino y absorbidos por sus problemas personales, no habían pensado en él. Se sorprendieron cuando súbitamente comenzó a dirigirse a ellos con su peculiar y desapasionada voz.

—Percibimos que están haciendo ciertos arreglos concernientes a su anticipada destrucción. Eso probablemente será innecesario. El capitán Alveron espera rescatarnos si podemos detener esta máquina cuando llegemos de nuevo a tierra.

Tanto T'sinadree como Alarkane estaban demasiado sorprendidos como para decir algo. Luego el último dijo con voz entrecortada:

—¿Cómo lo supiste?

Era una pregunta tonta, porque inmediatamente recordó que había varios Paladorios (si uno pudiera usar esta expresión) a bordo de la S9000, y en consecuencia, su compañero sabía todo lo que estaba sucediendo en la nave madre. Por eso no esperó respuesta y continuó:

—¡Alveron no puede hacer eso! ¡No se atreverá a tomar tal riesgo!

—No habrá ningún riesgo —dijo el Paladorio—. Le hemos dicho lo que tiene que hacer. Realmente, es muy simple.

Alarkane y T'sinadree miraron a su compañero con un sentimiento cercano al pavor, dándose cuenta de lo que podía haber sucedido. En momentos de crisis, las unidades individuales que formaban la mente Paladoria podían unirse en una organización no menos estrecha que la de cualquier cerebro físico. En tales momentos formaban un intelecto más poderoso que cualquier otro del Universo. Todos los problemas ordinarios podían resolverse por unos pocos cientos o miles de unidades. Muy raramente, se necesitarían millones, Y en dos ocasiones históricas los billones de células de toda la conciencia Paladoria se habían unido en una sola para enfrentarse con situaciones de peligro que amenazaban a la raza. La mente de Palador era uno de los más grandes recursos mentales del Universo; su fuerza completa rara vez era requerida, pero el conocimiento de que ésta se podía obtener era sumamente confortante para las otras razas. Alarkane se preguntó cuántas células se habrían coordinado para atender esta particular emergencia. También se preguntó cómo había llamado su atención un incidente tan trivial.

Pero nunca sabría la respuesta a esa pregunta, aunque podría haberla adivinado si hubiera sabido que la terriblemente remota mente Paladoria poseía una casi humana

traza de vanidad. Hacía mucho, Alarkane había escrito un libro tratando de probar que eventualmente todas las razas inteligentes sacrificarían la conciencia individual y que un día sólo existirían en el Universo mentes-grupales. Palador, había dicho, era el primero de esos intelectos definitivos, y la vasta y dispersa mente no había sido contrariada.

No tenían tiempo para hacer más preguntas antes de que Alveron en persona comenzara a hablar a través de sus sistemas de comunicación.

—¡Alveron llamando! Permaneceremos en este planeta hasta que las ondas de la detonación lo alcancen, y así les podremos rescatar. Se están dirigiendo a una ciudad sobre la costa, que alcanzarán en cuarenta minutos, con su velocidad actual. Si no los podemos detener en ese momento, vamos a perforar el túnel detrás y delante de ustedes para quitarles la energía. Luego hundiremos un cilindro para sacarlos, el jefe de ingenieros dice que lo puede hacer en cinco minutos, con los proyectores principales. Por tanto, estarán a salvo en una hora, a menos que el Sol explote antes.

—¡Y si eso sucede, igual seremos destruidos! ¡No debe arriesgarse!

—No dejen que eso les preocupe; estamos perfectamente a salvo. Cuando el Sol estalle, la onda expansiva tardará varios minutos en alcanzar su máximo. Pero aparte de eso, estamos en la parte nocturna del planeta, detrás de una pantalla de ocho mil millas de roca. Cuando llegue el primer aviso de la explosión, aceleraremos hacia afuera del Sistema Solar, manteniéndonos en la sombra del planeta. Bajo nuestra máxima aceleración, alcanzaremos la velocidad de la luz antes de abandonar el cono de sombra y entonces el Sol nos podría dañar.

T'sinadree aún temía tener esperanzas. Otra objeción surgió inmediatamente en su mente.

—Sí, ¿pero cómo obtendrán algún aviso, aquí en la zona de noche del planeta?

—Muy fácilmente —replicó Alveron—. Este mundo tiene una luna que es ahora visible desde este hemisferio. Tenemos telescopios apuntados sobre ella. Si muestra algún súbito aumento de brillo, nuestro acelerador principal operará automáticamente y seremos arrojados fuera del sistema.

La lógica era inquebrantable. Alveron, cauteloso como siempre, no corría ningún riesgo. Pasarían muchos minutos antes de que el escudo de ocho mil millas de roca y metal pudiera ser destruido por los fuegos del estallante sol. En ese tiempo, la S9000 podría alcanzar la seguridad de la velocidad de la luz.

Alarkane apretó el segundo botón cuando aún estaban a varias millas de la costa. No esperó que sucediera nada, suponiendo que la máquina no podía parar entre estaciones.

Pareció demasiado bueno para ser cierto cuando, pocos minutos más tarde, se extinguió la leve vibración de la máquina y se detuvieron.

Las puertas se abrieron deslizándose silenciosamente. Aun antes de que estuvieran completamente abiertas, los tres abandonaron el compartimiento. No correrían más riesgos. Delante de ellos se extendía un largo túnel, elevándose ligeramente hasta donde se perdía la vista. Iban a empezar a recorrerlo cuando de golpe la voz de Alveron llamó desde los comunicadores:

—¡Quédense donde están! ¡Vamos a perforar!

La tierra se estremeció una vez, y de muy adelante llegó el tronar de roca que se caía. Nuevamente se sacudió la tierra... y cien yardas más adelante el pasaje se desvaneció abruptamente. Un tremendo pozo vertical había sido limpiamente cortado a través de él.

El grupo corrió nuevamente hacia adelante hasta que llegó al final del corredor, y se detuvo a esperar en su borde. El pozo en el que terminaba, tenía mil pies de ancho y descendía tan lejos dentro de la tierra como podían llegar los rayos de las antorchas. En lo alto las nubes de tormenta desaparecían bajo una luna que ningún hombre habría reconocido, tan lúgubrememente brillante era su disco. Y, el más glorioso de los espectáculos, la S9000 flotaba arriba en lo alto, los grandes proyectores que habían barrenado este enorme hoyo aún despedían una luz rojo-cereza.

Una forma oscura se desprendió de la nave madre y cayó suavemente hacia la tierra. Torkalee volvía para recoger a sus amigos. Poco más tarde, Alveron les saludó en el cuarto de control. Señaló hacia la gran pantalla de visión y dijo suavemente:

—Como ven, tuvimos el tiempo justo.

El continente debajo de ellos era lentamente ocupado por las olas de una milla de alto que atacaban sus costas. Lo último que alguien iba a ver de la Tierra era una gran llanura, bañada con la plateada luz de la Luna anormalmente brillante. Atravesando su faz, las aguas se filtraban en un reluciente flujo hacia una distante cordillera montañosa. El mar había ganado su victoria final, pero su triunfo tendría una corta vida, porque en poco tiempo ya no habría mar ni tierra. Mientras el silencioso grupo en el cuarto de control observaba la destrucción de abajo, la infinitamente mayor catástrofe de la cual éste era sólo el prelude llegó suavemente sobre ellos.

Era como si de repente hubiera estallado el alba sobre este paisaje iluminado por la Luna. Pero no era el alba: sólo era la Luna, brillando con el brillo de un segundo sol. Quizá por treinta segundos, esa luz pavorosa, inmaterial, ardió fieramente sobre la sentenciada región de abajo. Luego hubo un repentino fulgor de luces indicadoras en todo el tablero de control. El acelerador principal estaba en funcionamiento. Durante un

segundo, Alveron miró los indicadores y verificó su información. Cuando miró de nuevo hacia la pantalla, la Tierra había desaparecido.

Los magníficos y forzados generadores murieron suavemente cuando la S9000 estaba pasando la órbita de Perséfone. No tenía importancia, el Sol nunca les podría dañar, y pese a que la nave estaba acelerándose irremediamente hacia la solitaria noche del espacio interestelar, sólo sería cosa de días hasta que llegara el rescate.

Había ironía en eso. Un día atrás, ellos habían sido los rescatantes, yendo en ayuda de una raza que ya no existía. Alveron se preguntó, y no por primera vez, sobre el mundo que acababa de perecer. Trató en vano, de figurárselo como había sido en su gloria, las calles de sus ciudades ¡llenas de vida! Aunque su gente había sido primitiva, ¡podrían haber ofrecido mucho al Universo! ¡Si sólo pudiera haber hecho contacto! Era inútil quejarse, mucho antes de su llegada, la gente de este mundo debía haberse sepultado en su férreo corazón. Y ahora ellos y su civilización permanecerían como un misterio, por el resto del tiempo.

Alveron se sintió feliz cuando sus pensamientos fueron interrumpidos por la entrada de Rugon. El jefe de comunicaciones había estado muy ocupado desde el despertar, tratando de analizar los programas radiados por el transmisor que había descubierto Orostron. No era un problema difícil, pero exigía la construcción de equipos especiales, y eso hubiera llevado tiempo.

—Bueno, ¿qué encontraste? —preguntó Alveron.

—Bastante —replicó su amigo—. Aquí hay algo misterioso, y yo no lo entiendo.

»No nos llevó mucho tiempo el averiguar cómo estaban estructuradas las transmisiones de televisión pudimos adaptarlas a nuestros propios equipos. Parece ser que había cámaras por todo el planeta, vigilando puntos de interés. Aparentemente, algunos de ellos estaban en las ciudades, en la parte superior de altísimos edificios. Las cámaras rotaban continuamente para ofrecer vistas panorámicas. En los programas que hemos grabado hay alrededor de veinte escenas diferentes.

»Además, hay una cantidad de transmisiones de un tipo diferente, sin sonido ni imagen. Parecen ser puramente científicas..., posiblemente lecturas de instrumentos o algo por el estilo. Todos estos programas se transmitían simultáneamente en diferentes bandas de frecuencia.

»Debe haber una razón para todo esto. Orostron todavía cree que simplemente la estación no fue desconectada cuando la abandonaron. Pero esos no son el tipo de programas que radiaría normalmente una estación como ésta. Seguro que se usaba para comunicaciones interplanetarias... en eso Klarten tenía razón. Por tanto, este pueblo debe

de haber cruzado el espacio, ya que en la época de la última inspección ninguno de los otros planetas tenía vida. ¿Están de acuerdo?»

Alveron lo seguía atentamente.

—Sí, eso parece bastante razonable. Pero también es cierto que el rayo no apuntaba a ninguno de los otros planetas. Lo verifiqué yo mismo.

—Lo sé —dijo Rugon—. Lo que quiero descubrir es por qué una estación gigante de comunicaciones interplanetarias está transmitiendo apresuradamente imágenes de un mundo pronto a ser destruido... Imágenes que serían de inmenso interés para científicos y astrónomos. Alguien se ha tomado la molestia de colocar todas estas cámaras panorámicas. Estoy convencido de que estos rayos iban a alguna parte.

Alveron se levantó de golpe.

—¿Imaginas que podría haber un planeta exterior que no haya sido descubierto? —preguntó—. Si es así, tu teoría está ciertamente equivocada. El rayo ni siquiera apuntaba en el plano del Sistema Solar. Y aun si fuera así... solo mira esto.

Encendió la pantalla de visión y ajustó los controles. Una esfera azul-blanca colgaba de la aterciopelada cortina del espacio, aparentemente compuesta por muchos cascarones concéntricos de gas incandescente. Aun cuando la inmensa distancia hacía invisible todo movimiento, se expandía claramente a una fabulosa velocidad. En su centro había un enceguedor punto luminoso..., la blanca estrella enana en la que ahora se había convertido el Sol.

—Probablemente no te das cuenta de cuán grande es esta esfera —dijo Alveron—. Mira esto.

Aumentó la amplificación hasta que sólo fue visible la porción central de la nova. Cerca de su corazón había dos condensaciones diminutas, una a cada lado del núcleo.

—Esos son los dos planetas gigantes del sistema. De alguna manera han logrado seguir existiendo. Y estaban a varios cientos de millones de millas del Sol. La nova aún se está expandiendo..., pero va es dos veces más grande que el Sistema Solar.

Rugon calló por unos instantes.

—Quizá tengas razón —dijo, de mala gana—. Has destrozado mi primera teoría. Pero todavía no me has satisfecho.

Dio algunas vueltas al cuarto antes de hablar otra vez. Alveron esperó pacientemente. Conocía los poderes casi intuitivos de su amigo, que muchas veces podía resolver un problema en donde la lógica pura parecía insuficiente.

Entonces, con lentitud, Rugon comenzó a hablar de nuevo.

—¿Qué piensas de todo esto? —dijo—. Suponte que hemos subestimado completamente a este pueblo. Orostron lo hizo una vez..., pensó que ellos nunca podrían haber cruzado el espacio, va que sólo habían conocido la radio durante dos siglos. Hansur II me lo dijo. Bueno, Orostron estaba bastante equivocado. Quizá todos estemos equivocados. Le eché una ojeada al material que trajo Klarten de la emisora. Al principio no se impresionó por lo que encontró por haber sido alcanzado en tan poco tiempo, es una hazaña maravillosa. En esa estación había aparatos que pertenecieron a civilizaciones de miles de años atrás. Alveron, ¿podemos seguir ese rayo para ver a dónde se dirige?

Alveron no dijo nada durante un minuto entero. Había estado esperando esta pregunta, pero no era fácil de contestar. Los generadores principales se habían agotado por completo. No había forma de repararlos. Pero aún había energía disponible y mientras hubiera energía, con tiempo, se podría hacer cualquier cosa. Implicaría mucha improvisación, y algunas maniobras difíciles, porque la nave aún mantenía su enorme velocidad inicial. Sí, podría hacerse, y la actividad evitaría que la tripulación se deprimiera aún más, ahora que había comenzado a aflojarse la reacción causada por el fracaso de la misión. La noticia de que la nave de reparaciones más cercana no les podría alcanzar durante tres semanas, también había causado una grieta en la moral de la tripulación.

Como siempre, los ingenieros montaron un escándalo tremendo. Otra vez, como siempre, hicieron el trabajo en la mitad del tiempo que habían rechazado como absolutamente imposible. Muy lentamente, durante muchas horas, la nave comenzó a disminuir la velocidad que su acelerador principal le había proporcionado en tan poco tiempo. La S9000 cambió su rumbo a lo largo de una curva tremenda, de millones de millas de radio, y los campos de las estrellas giraron a su alrededor.

La maniobra duró tres días, pero al fin de ese período, la nave cojeaba a lo largo de un rumbo paralelo al que una vez había venido de la Tierra. Se dirigían hacia el vacío, con la radiante esfera que había sido el Sol consumiéndose lentamente a sus espaldas. De acuerdo con los standards del vuelo interestelar, estaban casi inmóviles.

Rugon luchó con los instrumentos durante horas, dirigiendo sus rayos detectores hacia el profundo espacio que tenía delante. Ciertamente no había planetas en un radio de años luz; de eso no había ninguna duda. De vez en cuando Alveron venía a verlo, y siempre unía que darle la misma respuesta: «Nada que informar.» Una vez de cada cinco, su intuición le abandonaba completamente, comenzó a preguntarse si ésta no era esa ocasión.

Una semana después, las agujas de los detectores de masa temblaron débilmente en el fondo de sus escalas. Pero Rugon no dijo nada, ni aun a su capitán. Esperó hasta estar seguro, y siguió esperando aún hasta que los trazadores de corto alcance comenzaron a reaccionar y a formar las primeras imágenes débiles sobre la pantalla de visión. Todavía esperó pacientemente hasta que pudo interpretar las imágenes. Entonces, cuando supo que su más absurda fantasía era superada por la verdad, llamó a sus colegas al cuarto de control.

La imagen en la pantalla de visión era familiar: infinitos campos estelares, sol tras sol hasta los mismos límites del Universo.. Cerca del centro de la pantalla, una distante nebulosa formaba una húmeda mancha que era difícil de observar.

Rugon aumentó la amplificación. Las estrellas fluyeron fuera del campo; la pequeña nebulosa se expandió hasta llenar la pantalla y entonces... ya no fue más una nebulosa. Una exclamación de asombro partió de toda la compañía ante la imagen que aparecía delante de ellos.

Surgían, legua tras legua en el espacio, situados en un arreglo tridimensional de filas y columnas con la precisión de una formación militar, miles de pequeños lápices luminosos. Se movían suavemente: el inmenso reticulado conservaba su forma como una sola unidad. Aun cuando Alveron y sus camaradas estaban vigilando, la formación comenzó a escaparse de la pantalla y Rugon debió centrar nuevamente los controles.

Después de una larga pausa, Rugon comenzó a hablar:

—Esta es la raza —dijo con suavidad— que ha conocido la radio sólo durante dos siglos..., la raza que nosotros creímos que se había arrastrado para morir en el corazón de su planeta. He examinado esas imágenes bajo el más alto aumento posible.

»Esta es la más grande flota que jamás se haya registrado. Cada uno de esos puntos de luz representa una nave más grande que la nuestra. Por supuesto, son muy primitivas..., lo que ven en la pantalla son los reactores de sus cohetes. Sí, ¡se atrevieron a usar cohetes para atravesar el espacio interestelar! Les llevará siglos alcanzar la estrella más cercana. La raza entera debe haberse embarcado en este viaje con la esperanza de que sus descendientes lo completen, generaciones después.

»Para medir el alcance de sus conocimientos, piensen las eras que nos llevó conquistar el espacio y las aún más largas eras hasta que tratamos de llegar a las estrellas. Aun si hubiéramos sido amenazados con la aniquilación, ¿podríamos haber hecho tanto en tan poco tiempo? Recuerden, ésta es la civilización más joven del universo. Cuatrocientos mil años atrás ni siquiera existía. ¿Qué será dentro de un millón de años?»

Una hora más tarde, Orostron abandonó la deteriorada nave madre para hacer contacto con la gran flota de adelante. Mientras el pequeño torpedo desaparecía entre las estrellas, Alveron se volvió hacia su amigo e hizo una observación que Rugon recordaría frecuentemente en los años siguientes.

—Quisiera saber cómo son —musitó—. ¿No serán más que maravillosos ingenieros, sin arte ni filosofía? Van a tener tal sorpresa cuando Orostron los alcance..., creo que será casi un golpe para su orgullo. Es gracioso, todas las razas aisladas creen que son el único pueblo del Universo. Pero deben estar nos agradecidos; les ahorraremos unos buenos siglos de viaje.

Alveron miró la Vía Láctea, que yacía como un velo de plateada niebla atravesando la pantalla. La señaló con su tentáculo, que barrió el círculo completo de la Galaxia, desde los Planetas Centrales hasta los solitarios soles del Rim.

—¿Sabes? —le dijo a Rugon—, estoy bastante asustado por este pueblo. ¿Y si no les gusta nuestra pequeña Federación? —una vez más señaló las nubes estelares que aparecían reunidas en la pantalla, brillando bajo la luz de sus incontables soles.

—Algo me dice que será un pueblo muy decidido —agregó—. Mejor que seamos amables con ellos. Después de todo, sólo les superamos en una proporción de un millón a uno.

Rugon se rió del pequeño chiste de su capitán.

Veinte años después, la observación no pareció graciosa.

UN PASEO EN LA OSCURIDAD

Sólo había caminado Robert Armstrong dos millas, por lo que pudo juzgar, cuando su antorcha se descompuso. Estuvo inmóvil por un instante, incapaz de creer que tal desgracia pudiera haber caído sobre él. Luego, medio enloquecido por el furor, arrojó el inútil instrumento muy lejos. Aterrizó en algún lugar de la oscuridad, alterando el silencio de ese pequeño mundo. Un eco metálico resonó volviendo de las bajas colinas: luego, todo se tranquilizó de nuevo.

Esta, pensó Armstrong, era la desgracia definitiva. Nada más podía ocurrirle va. Hasta podía reírse amargamente de su suerte, y, resolvió que nunca más se imaginaría que la veleidosa deidad le había favorecido alguna vez. ¿Quién hubiera creído que el único

tractor del Campamento IV se descompondría justo cuando él iba a salir para Port Sanderson? Recordó el frenético trabajo de reparación, el alivio cuando arrancó nuevamente... y la debacle final cuando se atascó la ortiga del tractor.

Era inútil quejarse por la tardanza en su salida: él no podía prever estos accidentes, y aún faltaban cuatro buenas horas para que saliese el Canopus. Tenía que alcanzarlo, de cualquier modo; ninguna otra nave llegaría a este inundo hasta dentro de un mes.

Además de la urgencia de su trabajo, era imposible pensar en cuatro semanas más sobre este planeta alelado de las rutas usuales.

Sólo había una cosa que hacer. Por suerte, Port Sanderson estaba a poco más de seis millas del campamento... no una GRAN distancia, aun a pío. Había tenido que dejar atrás todo su equipo, pero éste lo podría seguir en la próxima nave, y podía arreglárselas sin él. La ruta era pobre, apenas marcada en la roca con las aplanadoras de cien toneladas del Directorio, pero no había riesgo de perderse.

Aun ahora, no estaba en real peligro, pese a que bien podría ser demasiado tarde para alcanzar la nave. Sería lento avanzar, porque no se atrevía a correr el riesgo de perder el camino en esta región de cañones y túneles enigmáticos que nunca habían sido explorados. Había, por supuesto, una completa oscuridad. Aquí en el borde de la Galaxia, las estrellas eran tan pocas y estaban tan dispersas, que su luz era despreciable. El extraño sol carmesí de este mundo no se levantaría hasta dentro de muchas horas, y pese a que cinco de sus pequeñas lunas brillaban en el cielo, apenas podían ser vistas a simple vista. Ninguna de ellas podía siquiera producir sombra.

Armstrong no era hombre de llorar su suerte por mucho tiempo. Lentamente comenzó a caminar a lo largo de la ruta, sintiendo su textura con sus pies. Era, lo sabía, suavemente recta excepto donde se curvaba alrededor del Paso Carver. Deseó tener un palo o algo para probar el camino que seguía, pero estaba obligado a confiar en su sentido del tacto como única guía.

Al principio fue terriblemente lento, hasta que ganó confianza. Nunca había sabido lo difícil que era caminar en línea recta. Pese a que las débiles estrellas lo orientaban, una y otra vez se encontró dando traspiés entre las rocas vírgenes del borde de la irregular carretera. Viajaba en largos zigzags que le llevaban alternativamente a uno y otro borde de la ruta. Entonces, los dedos de sus pies tropezaban nuevamente con la roca desnuda, y una vez más retornaba a tuestas hacia la superficie fuertemente apisonada.

En seguida se hizo rutina. Era imposible estimar su velocidad; sólo podía esforzarse y esperar lo mejor. Había cuatro millas por delante..., cuatro millas y otras tantas horas. Sería suficientemente fácil, salvo que se extraviara. Pero no se atrevía a pensar en eso.

Una vez que hubo dominado la técnica, se pudo dar gusto de pensar. No podía pretender que gozaba de experiencia, pero ya había estado antes en peores condiciones. Mientras permaneciera sobre la ruta, estaba completamente a salvo. Había tenido la esperanza de que cuando sus ojos se hubiesen adaptado a la luz las estrellas podría ver el camino, pero ahora sabía que toda la travesía sería a ciegas. El descubrimiento proporcionó un claro sentido de su alejamiento del corazón de la Galaxia. En una noche tan clara como los cielos de casi todos los planetas hubieran brillado bajo las estrellas. Aquí, en este fortín de frontera del Universo, el cielo contenía apenas cien débiles punas brillantes, tan inútiles como las cinco lunas ridículas sobre las que nadie se había molestado en aterrizar. Un leve cambio en la carretera interrumpió sus pensamientos. ¿Había una curva o se había torcido otra vez hacia la derecha? Se movió muy lentamente a lo largo de la invisible y real definida frontera. Sí, no hacía ningún error: la ruta se inclinaba hacia la izquierda. ¡—rato de recordar su apariencia a la luz del día, pero a había visto una sola vez. ¿Significaba esto que se estaba aproximando al Paso? Así lo esperaba, porque entonces la travesía ya estaría medio completa.

Miró hacia adelante en la oscuridad, pero la arrugada línea del horizonte no le dijo nada. Inmediatamente descubrió que la ruta se enderezaba una vez. Carver debía estar todavía un poco más adelante: había que andar como mínimo cuatro millas.

Cuatro millas..., ¡qué ridícula parecía esta distancia!

Cuánto tardaría el Canopus en recorrer cuatro millas? Dudaba que el hombre pudiera medir un intervalo de tiempo tan corto. ¿Y cuántos billones de millas había recorrido él, Roben Armstrong, en toda su vida? Debería alcanzar un total asombroso, ya que en los últimos veinte años apenas si había permanecido más de un mes en el mismo mundo. Este mismo año había atravesado osado dos veces la Galaxia, y ésa era una notable travesía, aun en estos días de fantástica aceleración.

Tropezó con una piedra suelta y la sacudida le devolvió a la realidad. Aquí era inútil pensar en naves que podrían devorar años-luz. Se estaba enfrentando con la Naturaleza, sin armas excepto su propia fuerza y habilidad.

Era raro que tardase tanto en identificar la causa real de su inquietud. Las últimas cuatro semanas habían sido abrumadoras y el apuro de su partida, unido a la sorpresa y ansiedad causadas por las descomposturas del tractor, había borrado de su mente cualquier otra cosa. Además, siempre se había enorgullecido de su obstinación y falta de imaginación. Hasta ahora se había olvidado de todo lo conectado con su primera velada en la Base, cuando los tripulantes le regalaron los usuales hilos, trenzados en honor a los recién llegados.

Fue entonces cuando el viejo empleado de la Base contó su paseo nocturno desde Port Sanderson hasta el campamento, y de lo que le había seguido a través del Paso Carver, manteniéndose siempre más allá del límite de su antorcha. Armstrong, que había oído esos relatos en una veintena de mundos, en ese entonces no le prestó mucha atención. Se sabía, después de todo, que este planeta estaba deshabitado. Pero la lógica no podía disponer del asunto así tan fácilmente. ¿Y qué, si después de todo, había algo de verdad en el fantástico relato del anciano...?

No era un pensamiento placentero, y Armstrong trató de no pensar en eso con mucho detenimiento. Pero sabía que si lo abandonaba seguiría haciendo presa de su mente. La única manera de vencer los temores imaginarios era hacerles frente audazmente y ahora tendría que hacerlo.

Su argumento más fuerte era la completa esterilidad en este mundo y su extrema desolación, pese a que, en contra de esto, uno podría oponer muchos contraargumentos, como bien lo había hecho el anciano empleado. El Hombre había vivido en este planeta durante veinte años y muchas partes estaban aún sin explorar. Nadie podía negar que los túneles de los desiertos eran algo inquietantes, pero todo el mundo creía que eran cavidades volcánicas. No obstante, por supuesto, la vida se arrastraba con frecuencia dentro de tales lugares. Recordó, con un estremecimiento, los pólipos gigantes que habían atrapado a los primeros exploradores de Vargon III.

Nada era definitivo. Supongamos, para seguir con esos argumentos, que allí se admitiera la existencia de vida. ¿Y con eso qué?

La gran mayoría de las formas de vida del Universo eran completamente indiferentes al Hombre. Algunas, por supuesto, como los seres gaseosos de Alcoran o los errantes reticulados undulatorios de Shandaloon, ni siquiera podían detectarlo, y le atravesaban o le rodeaban como si no existiera. Otras eran apenas inquisidoras, algunas embarazosamente amistosas. En verdad, había pocas que atacaran sin provocación.

De todas maneras, el cuadro que pintara el viejo empleado era horrendo. Allá atrás, en el cómodo y bien iluminado salón de fumar, con las bebidas pasando alrededor, había sido bastante fácil reírse del relato. Pero aquí en la oscuridad, a millas de cualquier establecimiento humano, era muy diferente.

Fue casi un alivio cuando tropezó de nuevo fuera de la ruta y tuvo que palpar con sus manos hasta que la encontró una vez más. Parecía un terreno muy áspero y la ruta era escasamente distinguible de las rocas de alrededor. En pocos minutos, sin embargo, estuvo nuevamente a salvo en su camino.

Era desagradable ver con qué rapidez sus pensamientos volvían al mismo inquietante tema. Claramente le estaba preocupando más de lo que se molestaba en admitir.

Le consoló este hecho: había sido bastante obvio que nadie en la Base había creído la historia del anciano. Las preguntas y las burlas se lo probaron. En ese momento se rió tan fuerte como el que más. Después de todo, ¿cuál era la evidencia? Una silueta opaca, apenas vista en la oscuridad, que muy bien podría haber sido una roca de extraña formación. Y el curioso ruido rítmico que tanto había impresionado al viejo... de noche cualquiera podría imaginarse tales sonidos si estuviera lo suficientemente excitado. Si hubiera sido hostil, ¿por qué la criatura no se acercó más? «Porque tenía miedo de mi luz», dijo el viejo. Bueno, era bastante plausible: explicaría por qué no se había visto nada a la luz del sol. Tal criatura debía vivir bajo tierra, subiendo sólo de noche... ¡maldición!, ¡por qué se estaba tomando tan seriamente los delirios de ese viejo idiota! Armstrong tomó una vez más el control de sus pensamientos. Si seguía de esta forma, se dijo a sí mismo enfadado, pronto estaría viendo y oyendo una completa colección de monstruos.

Había un factor, por supuesto, que echaba inmediatamente por tierra todo el ridículo relato. Era realmente muy simple; se lamentó por no haberlo pensado antes. ¿De qué viviría una criatura como ésa? No había ni una pizca de vegetación en todo el planeta. Se rió al pensar que el duende podía ser arrojado tan fácilmente... y en el mismo instante se sintió molesto consigo mismo por no reírse en voz alta. Si estaba tan seguro de su razonamiento, ¿por qué no silbar, o cantar, o hacer algo para levantar el espíritu? Se hizo la pregunta a sí mismo con claridad, como una prueba a su hombría. Medio avergonzado, tuvo que admitir que aún estaba asustado..., asustado porque «podría haber algo de eso, después de todo». Pero al menos su análisis le había hecho algún bien.

Habría sido mejor si hubiera dejado todo así, aceptando a medias su argumento. Pero una parte de su mente estaba aún ocupada en destruir su cuidadoso razonamiento. Lo consiguió con tal éxito, que cuando recordó los seres plantas de Xantil Mayor, la impresión fue tan desagradable que se detuvo como muerto.

En realidad, los seres-plantas de Xantil no eran de ninguna manera horribles. Eran, de hecho, criaturas extremadamente bellas. Pero lo que las hacía ahora aparecer tan deprimentes era el conocimiento de que podían vivir sin comida durante períodos indefinidos. Toda la energía que necesitaban para sus extrañas vidas la extraían de la radiación cósmica... y aquí era casi tan intensa como en cualquier lugar del Universo.

Apenas hubo pensado un ejemplo cuando otros se apiñaron en su mente y recordó la forma de vida de Trantor Beta, que era la única conocida capaz de utilizar la energía

atómica directamente. Aquélla también había vivido en un mundo extremadamente desierto, muy parecido a éste...

La mente de Armstrong se estaba partiendo rápidamente en dos porciones diferentes, cada una tratando de convencer a la otra sin lograrlo por completo. No se dio cuenta de lo desmoralizado que estaba hasta que se encontró conteniendo la respiración por miedo a que ésta le ocultara cualquier sonido proveniente de la oscuridad circundante. Enfadado, limpió su mente de la basura que se había estado acumulando allí y volvió una vez más al problema inmediato.

No había duda de que la carretera se elevaba lentamente, y la silueta del horizonte aparecía mucho más alta. La carretera comenzó a girar y de repente percibió grandes rocas a derecha e izquierda. Pronto sólo se pudo ver una franja del cielo, y la oscuridad se tornó, si era posible, aún más intensa.

De alguna manera, se sentía más seguro con las paredes rocosas rodeándole: ello implicaba que estaba protegido excepto en dos direcciones. Además, la ruta había sido nivelada con más cuidado y era más fácil mantenerse en ella. Pero lo mejor de todo es que ahora sabía que la travesía estaba a medio completar.

Por un momento, su ánimo comenzó a elevarse. Entonces, con una perversidad enloquecedora, su mente volvió otra vez a los viejos hábitos. Recordó que la aventura del anciano empleado había tenido lugar en el extremo alejado del Paso Carver... si es que alguna vez sucedió.

Dentro de media milla, estaría otra vez a campo raso, fuera de la protección de estas rocas acogedoras. El pensamiento le pareció ahora doblemente horrible y entonces comenzó a sentir una sensación de desnudez.

Podría ser atacado desde cualquier dirección, y estaría extremadamente indefenso...

Hasta ahora, había conservado cierto autocontrol. Con mucha resolución había mantenido apartada su mente del único hecho que le daba un poco de color al relato del viejo... la única evidencia que había detenido las burlas allá en el repleto salón del campamento, y que produjo un repentino silencio en toda la compañía. Ahora, mientras se debilitaba la voluntad de Armstrong, recordó nuevamente las palabras que habían producido un escalofrío aun en el cálido confort del edificio de la Base.

El pequeño empleado había insistido mucho sobre este punto. Nunca había oído ningún sonido de persecución proveniente de la opaca forma que percibió más que observó, en el límite de su luz. No había ningún golpeteo de garras o cascos sobre la roca, ni siquiera el sonido de piedras desplazadas. Era como si, así lo había declarado el anciano con su solemne modo de hablar, «como si la cosa que me seguía pudiera ver

perfectamente en la oscuridad, y tuviera muchas patas o almohadillas y pudiera moverse suave y fácilmente sobre la roca..., como una oruga gigante o como una de las alfombras vivientes de Kralkor II».

A pesar de que no había habido ningún ruido de persecución, el viejo captó varias veces un único sonido. Era tan fuera de lo común que su misma rareza le hacía doblemente terrible. Era un débil pero persistente sonido acompasado.

El viejo fue capaz de describirlo muy vivamente... demasiado vivamente para el gusto de Armstrong.

—¿Escucharon alguna vez a un gran insecto cascando su presa con los dientes? — dijo—. Bueno, era igual que eso. Me imagino que un cangrejo hace exactamente el mismo ruido con sus pinzas al entrechocarlas. Era un sonido..., ¿cuál es la palabra?... Quitinoso.

Al llegar a este punto, Armstrong recordó haberse reído bien fuerte. (Era extraño, cómo ahora todo volvía hacia él.) Pero nadie más se había reído, pese a que antes habían sido rápidos en hacerlo. Sintiendo el cambio de tono, se serenó inmediatamente y le pidió al anciano que continuara con su cuento. ¡Cómo deseaba ahora no haberlo hecho!

Fue rápidamente satisfecho. Al día siguiente, una partida de escépticos técnicos había ido a la tierra de nadie más allá del Paso Carver. No eran lo suficientemente escépticos como para ir sin armas, pero no tuvieron oportunidad de usarlas, porque no encontraron huellas de ningún ser viviente. Estaban los inevitables sismos y túneles, brillantes agujeros en los que la luz de las antorchas rebotaba indefinidamente hasta que se perdía en la distancia..., pero el planeta estaba acribillado de estos agujeros.

Pese a que la expedición no encontró señales de nada, descubrió una cosa que no le gustó nada. Allá afuera, en la desierta e inexplorada región más allá del paso se habían topado con un túnel aún más ancho que el resto. Cerca de la boca del túnel había una roca maciza, medio incrustada en la tierra. Y los costados de la roca estaban desgastados «como si se hubieran pasado como una enorme piedra de moler».

No menos de cinco de los presentes había visto esta inquietante roca. Ninguno de ellos pudo explicarla satisfactoriamente como una formación natural, pero todavía se negaban a aceptar la historia del anciano. Armstrong no había preguntado si la habían examinado alguna vez. Se había producido un incómodo silencio. Entonces el gran Andrew Hargraves dijo: «¡Demonios, quién caminaría de noche hacia el Paso por pura diversión!», y lo dejó ahí. En realidad, no había otro registro de nadie que hubiera caminado de noche desde Port Sanderson hasta el campamento, o ni siquiera de día. Durante las horas de luz, ningún ser humano podía vivir a cielo abierto sin protección bajo los rayos del sol enorme

y pálido que parecía llenar la ciudad del firmamento. Y ninguno caminaría seis millas, vistiendo una armadura contra la radiación, si era posible conseguir el tractor.

Armstrong sintió que estaba abandonando el Paso las rocas desaparecían a ambos lados, y la ruta ya no era tan firme y bien apisonada como antes. Estaba sabiendo una vez más al campo raso, y en un no muy lejano lugar de la oscuridad estaba el enigmático pilar que podría haber sido utilizado para afilar monstruosos colmillos o garras. No era un pensamiento muy alentador, pero no se lo podía quitar de la cabeza.

Sintiéndose ahora claramente preocupado, Armstrong hizo un gran esfuerzo por imponerse. Trataría de ser otra vez racional; pensaría en su trabajo, en la tarea que había realizado en el campamento..., en cualquier cosa menos en este lugar infernal. Por un rato, tuvo bastante éxito. Pero pasado un tiempo, con una persistencia enloquecedora, todo el cúmulo de sus pensamientos volvió al mismo punto. No podía apartar de su mente la imagen de esa roca inexplicable y sus aterradoras posibilidades. Una y otra vez se encontró preguntándose cuán lejos estaba, si ya la había pasado y si estaba a su derecha o a su izquierda...

El terreno era otra vez bastante plano, y la carretera seguía tan recta como una flecha. Había un resplandor de consuelo: Port Sanderson no podía estar a mucho más de dos millas.

Armstrong no tenía idea de cuánto tiempo había estado en la carretera. Desgraciadamente, su reloj no era luminoso y sólo podía conjeturar el paso del tiempo. Con suerte, el Canopus no partiría como mínimo hasta después de dos horas. Pero no podía estar seguro y ahora otro temor comenzó a invadirle..., el terror de llegar a ver una vasta constelación de luces elevándose suavemente hacia el firmamento y saber que toda su agonía mental había sido en vano.

Ya no zigzagueaba tanto y parecía ser capaz de anticipar el borde de la carretera antes de tropezar fuera de ella. Era probable, y se animó al pensarlo, que estuviera caminando casi tan rápido como si tuviera una luz. Si todo iba bien, se aproximaría a Port Sanderson en treinta minutos..., un espacio temporal ridículamente pequeño. Cómo se reiría de sus temores cuando se paseara en su camarote reservado en el Canopus y sintiera aquel peculiar temblor cuando la fantástica aceleración arrojara la gran nave bien lejos de este sistema, de nuevo a las apiñadas nubes estelares cerca del centro de la Galaxia..., de vuelta a la Tierra misma, a la que no veía desde hacía tantos años. Un día, se dijo, realmente debería visitar la Tierra otra vez. Toda su vida se estuvo haciendo esta promesa, pero siempre hubo la misma respuesta...: falta de tiempo. ¡Era extraño, o no, que un planeta tan pequeño haya jugado una parte tan enorme en el desarrollo del

Universo, que incluso haya llegado a dominar mundos mucho más sabios e inteligentes que él mismo!

Los pensamientos de Armstrong eran de nuevo inofensivos y se sintió más tranquilo. El saber que se aproximaba a Port Sanderson era inmensamente reconfortante y deliberadamente mantuvo su mente ocupada con asuntos familiares, sin importancia. El Paso Carver a estaba bien atrás, y con él esa cosa que ya no trataba de recordar. Un día, si alguna vez volvía a este mundo, visitaría el Paso a la luz solar, y se reiría de sus terrores. Dentro de veinte minutos se unirían a las pesadillas de su infancia.

Fue casi un shock, aunque de los más placenteros que había conocido, cuando vio aparecer sobre el horizonte las luces de Port Sanderson. La curvatura de este pequeño mundo era muy engañosa: no parecía correcto que un planeta con un campo gravitatorio casi tan grande como el de la Tierra tuviera el horizonte al alcance de la mano. Un día, alguien tendría que descubrir qué había en el corazón de este mundo para darle una densidad tan grande. Quizá los numerosos túneles podrían ayudar..., fue un desafortunado giro de pensamiento, pero la cercanía de su meta ya le había despojado del terror. Además, la idea de que podría estar realmente en peligro parecía conferir a su aventura cierto gusto picante y un elevado interés. Ya nada le podría suceder, con diez minutos que le quedaban de andar y las luces de Port Sanderson a la vista.

Pocos minutos más tarde, sus sentimientos cambiaron rápidamente cuando llegó a una repentina curva de la ruta. Se había olvidado de la grieta que causaba ese rodeo y que añadía una media hora más a su travesía. Bueno, ¿y con eso qué?, pensó tercamente. Una media milla extra no haría ahora ninguna diferencia... otros diez minutos, como máximo.

Se sintió engañado cuando se desvanecieron las luces de la ciudad. Armstrong no se había acordado de ¡a colina que bordeaba la ruta; quizá fuera sólo un monte bajo, apenas observable de día. Pero al ocultar!as luces de Port Sanderson le había despojado de su primitivo talismán, dejándole a merced de sus temores.

Irrracionalmente, se lo dijo su inteligencia, comenzó a pensar qué horrible sería si ahora sucediese algo, estando tan cerca del fin del viaje. Por un momento entretuvo al peor de sus temores con promesas, deseando desesperadamente que reaparecieran las luces de la ciudad. Pero mientras los minutos pasaban lentamente, se dio cuenta de que el monte debía ser más grande de lo que se había imaginado. Trató de solazarse con la idea de que cuando la viera de nuevo, la ciudad estaría muy cerca, pero de alguna manera, ahora la lógica parecía haberle fallado. Porque de golpe se encontró condescendiendo a hacer algo que antes no hubiera hecho, ni aun en el desierto cerca del Paso.

Se detuvo, se volvió lentamente, y escuchó conteniendo la respiración hasta que casi estallaron sus pulmones.

El silencio era pavoroso, considerando que debía estar muy cerca de Port Sanderson. Con certeza, no había ningún sonido detrás de él. Por supuesto que no tendría que haber, se dijo enfadado. Pero sentía un inmenso alivio. La idea de ese débil y persistente sonido acompasado le había estado obsesionando durante la última hora.

Tan familiar y amistoso fue el sonido que al fin le llegó que el desconcierto casi le hizo reír. Esparciéndose a través del aire tranquilo, proveniente de una fuente que claramente no distaba más de una milla, llegaba el sonido de un tractor-de-campo-de-aterrizaje, quizá una de las máquinas que cargaban al mismo Canopus. En cosa de segundos, pensó Armstrong, rodearía esta elevación y estaría a pocos cientos de yardas de Port Sanderson. El viaje estaba casi terminado. En pocos instantes, esta diabólica llanura no sería más que una pesadilla desdibujada.

Pareció terriblemente injusto: tan poco tiempo, una fracción tan pequeña de vida humana, era todo lo que ahora necesitaba. Pero los dioses siempre fueron injustos con el Hombre y ahora estaban gozando de su pequeña broma. Porque no podía haber ningún error con respecto al repiqueteo de garras monstruosas en la oscuridad, «delante de él».

EL ENEMIGO OLVIDADO

El profesor Millward se irguió bruscamente en su. afina y las gruesas pieles cayeron al suelo con un ruido sordo. Esta vez, estaba seguro, no había sido un sueño; el aire helado que raspaba sus pulmones aún parecía vibrar con el sonido que había llegado rechinando desde la noche.

Reunió las pieles alrededor de sus hombros y escuchó atentamente. Todo estaba nuevamente quieto: largas flechas de luz lunar jugaban a través de las estrechas ventanas de las paredes occidentales sobre interminables hileras de libros, como lo hacían sobre la muerta ciudad que tenía debajo. El mundo estaba completamente quieto; aun en los viejos días, en una noche como ésta la ciudad hubiera estado callada, y ahora estaba doblemente callada.

Con aburrida resolución, el profesor Millward se arrastró fuera de la cama, y distribuyó unos pocos terrones de carbón sobre el brillante brasero. Luego se dirigió lentamente

hacia la ventana más cercana, deteniéndose una y otra vez para apoyar afectuosamente su mano sobre los volúmenes que había guardado durante todos esos años.

Protegió sus ojos de la brillante luz lunar y miró en la noche. El cielo estaba despejado: fuera lo que fuese, El sonido que había escuchado no había sido un trueno. Había venido del Norte y mientras esperaba volvió de nuevo.

La distancia lo había suavizado, la distancia y la masa de las colinas que había más allá de Londres. No corrió atravesando el cielo con la inmoderada libertad del trueno, sino que parecía provenir de un único punto, allá lejos en el Norte. No se parecía a ningún sonido natural que hubiera escuchado jamás, y por un momento se atrevió a tener esperanzas una vez más.

Estaba seguro que sólo el Hombre podría haber producido tal sonido. Quizá el sueño que le había mantenido, por más de veinte años, allí entre esos tesoros de la civilización, en poco tiempo dejaría de ser un sueño. El Hombre estaba volviendo a Inglaterra, abriéndose camino a través del hielo y de la nieve con las arma que la ciencia le había dado antes de la llegada de la Confusión. Era extraño que llegaran por vía terrestre, y desde el Norte, pero apartó de sí cualquier pensamiento que pudiera apagar la recién encendida llama de la esperanza.

Trescientos pies más abajo, el quebrado mar de techos nevados vacía bañado por la amarga luz lunar. A millas de allí, las altas chimeneas de la fábrica de Battersea brillaban sobre el cielo nocturno como delgado fantasmas blancos. Ahora que la cúpula de Saint Paul se había derrumbado bajo el peso de la nieve, sólo ellas desafiaban su supremacía.

El profesor Millward recorrió nuevamente y con lentitud los anaqueles de los libros, pensando en el plan que se había trazado. Hacía veinte años que había visto los últimos helicópteros ascendiendo pesadamente desde Regent's Park, con sus hélices batiendo la nieve que no cesaba de caer. Aun entonces, cuando el silencio se cerró a su alrededor, no pudo convencerse de que el Norte había sido abandonado para siempre. Y todavía esperó durante toda una generación, entre los libros a los que había dedicado su vida.

En aquellos primeros días había oído alguna vez, en la radio, que era su único contacto con el Sur, del esfuerzo por colonizar las ahora templadas tierras del Ecuador. Nunca supo el resultado de aquella lejana batalla, librada con desesperada habilidad en las moribundas selvas y a través de desiertos que ya habían sentido el primer toque de la nieve. Quizá se había perdido; la radio estaba en silencio desde hacía quince años o más. Pero si en verdad los hombres y sus máquinas estuvieran volviendo desde el Norte (de todas direcciones), otra vez podría escuchar sus voces cuando se hablaran uno al otro, y cuando lo hicieran a las tierras de donde hubieran llegado.

El profesor Millward abandonaba el edificio de la Universidad sólo unas doce veces por año, y sólo por real necesidad. En las dos últimas décadas había conseguido todo lo que necesitaba de los negocios del área de Bloomsbury, ya que en el éxodo definitivo grandes cantidades de mercaderías fueron abandonadas por falta de transporte. En más de un aspecto, su vida podía ser calificada como lujosa: ningún profesor de literatura inglesa se vistió jamás con galas similares a las que había tomado de una peletería de Oxford Street.

El Sol brillaba en un cielo sin nubes cuando se echó el fardo al hombro y quitó el cerrojo a las macizas puertas. Diez años atrás todavía había cuadrillas de perros hambrientos que cazaban por este barrio, y pese a que no había visto ninguno durante varios años, aún era muy cauteloso y cuando salía siempre llevaba un revólver.

La luz solar era tan brillante que sus reflejos herían sus ojos; pero no calentaba casi nada. Pese a que el cinturón de polvo cósmico a través del cual estaba pasando el Sistema Solar había producido poca diferencia visible en el brillo solar, le había robado toda su fuerza. Nadie sabía si el mundo nadaría de nuevo en la calidez dentro de diez años o de mil, y la civilización había volado hacia el Sur en búsqueda de tierras en donde la palabra «verano» no fuera una vacía ficción.

La nieve caída estaba fuertemente apisonada y el profesor Millward tuvo poca dificultad en llegar a Tottenham Court Road. Algunas veces le llevaba horas abrirse camino entre la nieve, y una vez estuvo sitiado en su gran montón de cemento durante nueve meses.

Se mantuvo alejado de las casas con sus peligrosas cargas de nieve y sus damócleos carámbanos, y se dirigió al Norte hasta que llegó al comercio que estaba buscando. Encima de las ventanas destrozadas aún brillaban las palabras «Jenkins e Hijos. Radio y Electricidad. Especialistas en Televisión».

Se había filtrado algo de nieve a través de una rota sección del techo, pero el pequeño cuarto de arriba no había cambiado desde su última visita, una docena de años atrás. La radio de banda completa aún estaba sobre la mesa y las latas vacías desparramadas en el suelo hablaban quedamente de las solitarias horas que había pasado allí antes de que muriera toda esperanza. Se preguntó si debería pasar otra vez por la misma penosa experiencia.

El profesor Millward sacudió la nieve del «The Amateur Radio Handbook for 1965», que le había enseñado lo poco que sabía de radiocomunicación. Los «testers» y las baterías aún yacían en sus semirecordados lugares y para su alivio algunas de las baterías todavía conservaban su carga. Buscó afanosamente entre las mercaderías hasta que pudo conseguir las fuentes necesarias de energía y probó la radio lo mejor que pudo. Entonces estuvo listo.

Era una pena que nunca pudiera enviar a los fabricantes el testimonio que merecían. El leve «soplido» del micrófono despertaba recuerdos de la B.B.C., de las noticias de las nueve en punto y los conciertos sinfónicos, de todas las cosas que había dado por sentadas en un mundo que se había ido como un sueño. Con una impaciencia escasamente controlada movió las bandas de frecuencia, pero no había nada en ningún lado excepto aquel omnipresente soplo. Era desalentador, pero nada más: recordó que la verdadera prueba vendría de noche. Mientras tanto recorrería los negocios circundantes para encontrar algo que pudiera serle útil.

Al atardecer volvió al cuartito. A cien millas sobre su cabeza, tenue e invisible, la capa de Heaviside se estaría expandiendo hacia las estrellas mientras caía el Sol. Así lo había hecho todas las tardes durante millones de años, y sólo durante medio siglo el Hombre la había utilizado con sus propios fines, para reflejar alrededor del mundo sus mensajes de odio o de paz, para hacerle eco de trivialidades o para hacerla sonar con música alguna vez llamada inmortal.

Lentamente, con infinita paciencia, el profesor Millward comenzó a recorrer las bandas de onda corta que una generación atrás habían sido una Babel de expresiones vociferantes y de punzantes frases en Morse. Mientras escuchaba, en su interior comenzó a desaparecer la débil esperanza que había osado fomentar. La misma ciudad no era tan silenciosa como los en una época atestados océanos de éter. La intolerable quietud sólo era rota por el débil crujido de las tormentas eléctricas del hemisferio opuesto. El Hombre había abandonado su última conquista.

Las baterías se agotaron apenas pasada la medianoche. El profesor Millward no tuvo ánimo para buscar más y en vez de eso se acurrucó dentro de sus pieles y cayó en un sueño inquieto. Obtuvo todo el consuelo posible de la idea de que si bien no había demostrado su teoría, tampoco la había refutado.

La fría luz solar inundaba la calle blanca y solitaria cuando comenzó su viaje de vuelta al hogar. Estaba muy cansado, porque había dormido poco y su sueño había sido turbado por la recurrente fantasía del rescate.

El silencio fue súbitamente roto por el lejano trueno que llegó rodando sobre los blancos tejados. Venía (y ahora no podía haber dudas) de más allá de las colinas del Norte que en un tiempo habían sido los campos de recreo de Londres. De ambos lados, pequeñas avalanchas de nieve caían silbando desde los edificios sobre la ancha calle; luego volvió el silencio.

El profesor Millward paróse inmóvil, sopesando, considerando, analizando. El sonido había sido demasiado prolongado como para ser una explosión ordinaria (otra vez estaba

soñando), no era más que el lejano trueno de una bomba atómica quemando y haciendo estallar la nieve a un millón de toneladas por vez. Revivieron sus esperanzas y los contratiempos de la noche comenzaron a desvanecerse.

Esa pausa momentánea casi le cuesta la vida. Proveniente de una calle lateral, algo enorme y blanco entró de repente en su campo visual. Por un instante su mente rehusó aceptar la realidad de lo que veía; luego la parálisis le abandonó y buscó desesperadamente su inútil revólver. Hundiéndose en la nieve, bamboleando su cabeza de un lado al otro con un movimiento hipnótico, serpentino, se le acercó un inmenso oso polar.

Abandonó sus pertenencias y corrió, dando tumbos sobre la nieve, en dirección a los edificios más cercanos. Providencialmente, la entrada al subterráneo estaba a sólo cincuenta pies de distancia. La reja de acero estaba cerrada, pero recordó haber roto el candado hacía ya muchos años. Mirar hacia atrás era una tentación casi intolerable, porque no podía oír nada que le indicara cuán cerca estaba su perseguidor. Durante un instante de terror la red de acero resistió sus dormidos dedos. Luego se rindió de mala gana y él se esforzó por atravesar la estrecha abertura.

De su niñez llegó un repentino e incongruente recuerdo de un hurón albino que una vez había visto enredando sin cesar su cuerpo a través del enrejado de alambre de su jaula. La misma gracia reptil estaba presente en esta figura monstruosa, de casi el doble de altura de un hombre, que se erguía contra la reja con una inútil furia. El metal se curvó, pero no cedió a la presión; luego el oso descendió, gruñó suavemente y se fue. Hizo uno o dos tajos en la caída mochila, desparramando sobre la nieve unas pocas latas de comida, y se desvaneció tan silenciosamente como había llegado.

Un muy agitado profesor Millward llegó a la universidad tres horas más tarde, después de moverse en cortos saltos desde un refugio hasta el próximo. Después de todos estos años ya no estaba solo en la ciudad. Se preguntó si habría otros visitantes, y esa misma noche supo la respuesta. Justo antes del amanecer, con bastante claridad, escuchó el grito de un lobo desde algún lugar en dirección a Hyde Park.

Al final de la semana supo que los animales del Norte estaban en movimiento. Una vez vio un reno correr hacia el Sur, perseguido por un grupo de lobos silenciosos, y a veces, de noche, había sonidos de lucha mortal. Se sorprendió de que todavía existiera tanta vida en el blanco desierto que había entre Londres y el Polo. Ahora algo la estaba dirigiendo en dirección Sur y la certeza le causó una creciente excitación. No creía que estos fieros supervivientes escaparan de nadie, excepto del Hombre.

El esfuerzo de la espera estaba comenzando a afectar la mente del profesor Millward y se sentaba durante horas en la fría luz solar, envuelto en sus pieles, soñando con el rescate y pensando en qué forma volverían los hombres a Inglaterra. Quizá había venido una expedición desde Norteamérica a través del hielo del Atlántico. Debía estar en camino desde hacía años. Pero, ¿por qué habían llegado tan al Norte? Su teoría favorita era que los grupos de hielo del Atlántico, más al Sur, no eran lo suficientemente seguros para el tráfico pesado.

Sin embargo, había una cosa que no podía explicar a su entera satisfacción. No había habido reconocimientos aéreos; era difícil de creer que el arte de volar se hubiera perdido tan pronto.

Algunas veces caminaba a lo largo de las hileras de libros, susurrándole de vez en cuando a algún muy amado volumen. Allí había libros que no se había atrevido a abrir durante años, tan punzantemente le recordaban el pasado. Pero ahora, cuando los días se hacían más largos y brillantes, a veces sacaba un libro de poesía y releía a sus viejos favoritos. Luego se dirigía hacia las altas ventanas y gritaba las mágicas palabras sobre los tejados, como si fueran a quebrar el hechizo que había atrapado al mundo.

El clima era ahora más cálido, como si los fantasmas de perdidos veranos hubieran vuelto a embrujar la región. Durante días enteros la temperatura se elevó sobre el punto de congelación del agua, mientras en muchos lugares había flores que se erguían a través de la nieve. Lo que fuese que se aproximaba desde el Norte estaba más cerca; varias veces por día, aquel enigmático rugido atravesaba tronando la ciudad, haciendo que la nieve cayera deslizándose desde miles de techos. Eran extraños tonos bajos, pulverizadores, que el profesor Millward encontraba frustrantes y hasta siniestros. A veces era como si estuviera escuchando el choque de poderosos ejércitos, y a veces una loca pero horrible idea penetraba en su mente y no le abandonaba. A menudo se levantaba de noche e imaginaba oír el sonido de montañas moviéndose hacia el mar.

Así se consumió el verano y mientras el sonido de aquella batalla lejana se hacía cada vez más cercano, el profesor Millward era alternadamente presa de cada vez más violentas esperanzas y temores. Pese a que ya no veía lobos u osos (parecían haberse escapado hacia el Sur), no se arriesgaba a abandonar la seguridad de su fortaleza. Todas las mañanas trepaba a las más altas ventanas de la torre y oteaba el horizonte norte con prismáticos. Pero lo más que llegó a ver fue la obstinada retirada de las nieves sobre Hampstead, mientras en la retaguardia sostenían su amarga pelea contra el Sol.

Su vigilia concluyó con los últimos días del breve verano. En la noche, el opresivo trueno había estado más cerca que nunca, pero todavía no había nada que permitiera estimar su real distancia de la ciudad. El profesor Millward no sintió ninguna premonición mientras trepaba hasta la estrecha ventana y elevaba sus binoculares hasta el cielo norteño.

Como un observador viera desde los muros de su amenazada fortaleza el primer reflejo de la luz solar sobre las lanzas del ejército invasor, así en ese momento conoció el profesor Millward la verdad. El aire era claro como el cristal y las colinas estaban aguzadas y brillaban sobre el frío azul del firmamento. Habían perdido casi toda su nieve. En otro momento se hubiera regocijado, pero ahora eso ya no significaba nada.

Durante la noche, el enemigo que él había olvidado había conquistado las últimas defensas y se estaba preparando para el asalto final. Cuando el profesor Millward vio aquel mortal resplandor a lo largo de la cresta de las sentenciadas colinas, entendió por fin el sonido que había oído avanzar durante tantos meses. Era admirable que hubiera soñado con montañas en marcha.

Desde el Norte, su viejo hogar, retornando triunfalmente a las tierras que una vez poseyeran, los glaciares habían llegado otra vez.

ERROR TÉCNICO

Fue uno de esos accidentes de los que nadie era responsable. Richard Nelson había entrado y salido del hueco del generador una docena de veces, tomando lecturas de temperaturas para asegurarse de que el terrible frío del hielo líquido no se estaba filtrando a través del aislamiento. Este era el primer generador del mundo que utilizaba el principio de la superconductividad. Las espiras del inmenso estator habían sido sumergidas en un baño de helio y las millas de cable tenían ahora una resistencia demasiado pequeña para ser medida con algún medio conocido por el Hombre.

Nelson notó con satisfacción que la temperatura no había descendido más allá de lo esperado. El sistema de aislamiento estaba cumpliendo con su deber; sería seguro bajo el rotor dentro del hueco. Aquel cilindro de mil toneladas estaba ahora colgando a cincuenta pies sobre la cabeza de Nelson, como la amenazadora cabeza de un martinete

gigantesco. El y todos los demás de la oficina se sentirían mucho más felices cuando lo hubieran colocado en sus cojinetes y calzado en el eje de la turbina.

Nelson guardó su cuaderno de notas y comenzó a caminar hacia la escala. En el centro geométrico de la cavidad concertó su cita con el destino.

Durante la última hora, la carga de la red de trabajo de la oficina había estado aumentado constantemente, mientras la zona de penumbra barría el continente. Cuando los últimos rayos de luz solar se desvanecieron en las nubes, miles de arcos de mercurio saltaron a la vida a lo largo de las grandes carreteras.

En las ciudades, los tubos fluorescentes comenzaron a brillar por millones; las amas de casa conectaron sus radio-cocinas para preparar la comida de la noche. Las agujas de los megavatímetros comenzaron a arrastrarse remontando las escalas.

Esas eran las cargas normales. Pero sobre una montaña distante trescientas millas hacia el Sur, un analizador gigante de rayos cósmicos fue puesto súbitamente en acción para aguardar la esperada lluvia proveniente de la nueva supernova de Copernicus, que los astrónomos habían detectado sólo una hora antes: Pronto, las bobinas de sus imanes de cinco mil toneladas comenzaron a arrojar sus enormes corrientes proveniente de los thyatrones conversores.

Mil millas al Oeste, la niebla se arrastraba hacia el aeropuerto más grande del hemisferio. Ya nadie se preocupaba mucho por la niebla, ahora que todos los aviones podían aterrizar con un radar propio aun con visibilidad cero, pero era más agradable no tenerla alrededor. Por tanto, los dispersores gigantes fueron puestos en operación y cerca de mil megavatios comenzaron a irradiar hacia la noche, coagulando las Botitas de agua y abriendo grandes espacios a través de los bancos de niebla, como una guadaña que deja atrás el césped recién cortado.

Los medidores de la fábrica dieron otro salto y el ingeniero de guardia ordenó que los generadores auxiliares entraran en acción. Deseó que la máquina grande y nueva estuviese terminada; entonces ya no habría más horas de ansiedad como ésta. Pero creyó que podía manejar la carga. Media hora más tarde, la Oficina Meteorológica emitió por radio un aviso de helada general. En sesenta segundos, más de un millón de estufas fueron conectadas anticipadamente. Los medidores pasaron la marca de peligro y siguieron subiendo.

Tres disyuntores gigantes saltaron de sus respectivos contactos. Tres circuitos se habían abierto, pero el cuarto interruptor no cumplió con su obligación. Lentamente las grandes barras de cobre comenzaron a brillar con un color rojo-cereza. El acre olor de aislamiento ardiente llenó el aire y el metal fundido cayó pesadamente en el piso de abajo,

solidificándose inmediatamente sobre las placas de cemento. De golpe, los conductores cedieron mientras las terminales de la carga se libraban de sus soportes. Con un color verde brillante, los arcos de cobre ardiente se inflamaron y murieron mientras se abría el circuito. Las terminales libres de los inmensos conductores cayeron hasta diez pies antes de chocar con el equipo de abajo. En una fracción de segundo se habían soldado a través de las líneas que conducían hasta el nuevo generador.

Fuerzas más grandes que cualquiera producida por el Hombre hasta ese momento estaban en guerra con los bobinados de la máquina. No había resistencia que oponer a la corriente, pero la inducción de los tremendos bobinados retrasó el momento del pico de intensidad. La corriente se alzó a su máximo en una inmensa oleada que duró varios segundos. En ese instante Nelson llegaba al centro del hueco.

Entonces la corriente trató de estabilizarse, oscilando desenfrenadamente entre límites más y más estrechos. Pero nunca alcanzó su estado estacionario; en alguna parte, los dispositivos de seguridad se sobrepusieron y entraron en operación, y el circuito que nunca debería haberse cerrado fue abierto otra vez. Con un último espasmo moribundo, casi tan violento como el primero, la corriente decayó definitivamente. Todo había terminado.

Cuando volvieron las luces de emergencia, el asistente de Nelson caminó hasta el borde del hueco del rotor. No sabía qué había sucedido, pero debía haber sido algo serio. Nelson, a cincuenta pies más abajo, debía estar preguntando qué estaba pasando.

—¡Hola, Dick! —gritó—. ¿Terminaste? Mejor que veamos cuál es el problema.

No hubo respuesta. Se inclinó sobre el borde del gran hueco y miró en él. La luz era mala y la sombra del rotor impedía ver lo que había debajo. Al principio pareció que el hueco estaba vacío, pero eso era ridículo; había visto entrar a Nelson hacía pocos minutos. Llamó de nuevo.

—¡Hola! ¿Estás bien, Dick?

Nuevamente no hubo respuesta. Ya preocupado, el asistente comenzó a descender por la escala. Estaba a mitad de camino cuando un sonido curioso, como el de un globo de juguete que explotara a gran distancia, le hizo mirar por encima de su hombro. Entonces vio a Nelson, yaciendo en el centro del hueco sobre el maderamen provisorio que cubría el eje de la turbina. Estaba muy quieto y parecía haber algo raro cerca del ángulo en que estaba acostado.

El físico jefe, Ralph Hughes, levantó la vista de su atestado escritorio cuando se abrió la puerta. Las cosas estaban retornando lentamente a la normalidad después de los

desastres de la noche anterior. Afortunadamente, el problema no había afectado mucho a su departamento, ya que el generador no había sido dañado. Estaba contento de no ser el ingeniero jefe: Murdock todavía debía estar sepultado bajo un montón de papeles. El pensamiento le proporcionó al doctor Hughes una considerable satisfacción.

—Hola, doc —saludó al visitante—. ¿Qué le trae por aquí? ¿Cómo anda su paciente?

El doctor Sanderson saludó. brevemente.

—Estará fuera del hospital en un día o dos. Pero quiero hablarle de él.

—No le conozco..., nunca voy cerca de la planta, excepto cuando todo el Directorio se pone de rodillas y me lo ruega. Después de todo, a Murdock se le paga para que el lugar funcione.

Sanderson sonrió con una mueca. No había afecto entre el ingeniero jefe y el brillante y joven físico. Sus personalidades eran demasiado diferentes y existía la inevitable rivalidad entre el teórico experto y el hombre «práctico».

—Yo creo que eso es cosa suya, Ralph. De cualquier modo, está por encima de mí. ¿Oyó lo que le pasó a Nelson?

—Estaba dentro de mi nuevo generador cuando toda la energía fue disparada dentro de él, ¿no es así?

—Correcto. Su asistente le encontró sufriendo un shock cuando se cortó la corriente.

—¿Qué tipo de shock? No pudo haber sido eléctrico; las espiras están aisladas, por supuesto. De todos modos, me parece que estaba en el centro del hueco cuando le encontraron.

—Es cierto. No sabemos qué pasó. Pero ya ha vuelto en sí y no parece estar peor..., excepto por una cosa —el doctor dudó un instante, como para elegir sus palabras cuidadosamente.

—Bueno, ¡siga! ¡No me mantenga en este suspenso!

—Dejé a Nelson tan pronto como vi que estaba bastante bien, pero una hora después Matron llamó para decirme que Nelson quería hablar conmigo con urgencia. Cuando llegué a la guardia, él estaba sentado en la cama mirando un diario, con una expresión de sorpresa. Le pregunté qué pasaba. Me dijo: «Me pasó algo, doc.» Entonces yo dije: «Por supuesto que sí, pero curarás en un par de días.» Sacudió su cabeza; pude notar en sus ojos una nota de preocupación. Levantó el diario que había estado mirando y señaló: «Ya no puedo leer más», dijo.

»Diagnosticué amnesia y pensé: ¡Esto es una molestia! ¿Te imaginas todo lo demás que se olvidó? Nelson debe haber leído en mi expresión porque siguió diciendo: 'Oh, todavía conozco las letras y las palabras..., ¡pero están todas equivocadas, al revés!'

Sostuvo otra vez el diario. 'Parece exactamente como si lo estuviera viendo en un espejo', dijo. 'Puedo deletrear cada palabra por separado, de una letra por vez. ¿Podría conseguirme un espejo de mano? Quiero probar algo.'

»Lo hice. Sostuvo el diario frente al espejo y miró la imagen reflejada. Luego comenzó a leer en voz alta, a velocidad normal. Pero ése es un truco que lo puede aprender cualquiera (los linotipistas lo tienen que hacer con los tipos de imprenta) y no me impresioné. Por otra parte, no podía entender por qué un hombre inteligente como Nelson fingiría de esa manera. Entonces decidí hacerle una broma, creyendo que el shock debía haberle tocado un poco la mente. Estaba casi seguro de que él sufría de alguna ilusión, pese a que parecía estar perfectamente normal.

»Un momento después apartó el diario y dijo: 'Bueno, doc, ¿qué saca de eso?' No sabía bien qué decirle sin herir sus sentimientos; entonces eludí el compromiso y dije: 'Creo que deberé enviarle al doctor Humphries, el psicólogo. Esto está un poco fuera de mi jurisdicción. Entonces él hizo una cierta observación sobre el doctor Humphries y sus tests de inteligencia, por lo que supongo que ya había estado en sus manos.」

—Correcto —exclamó Hughes—. Todos los hombres son tamizados en el departamento de psicología antes de entrar en la compañía. Aun así, es sorprendente lo que atraviesa ese tamiz —agregó pensativamente.

El doctor Sanderson sonrió y continuó su relato.

—Me levantaba para irme cuando Nelson dijo: «Oh, casi me olvido. Creo que debo haberme caído sobre mi brazo derecho. Siento una torcedura muy fuerte en la muñeca.» «Veámosla», dije, inclinándome para levantársela. «No, el otro brazo», dijo Nelson, y levantó su brazo izquierdo. Todavía burlándome de él, le contesté: «Como tú quieras. Pero dijiste que era el derecho, ¿o no?»

»Nelson pareció confundido. «¿Qué?», replicó. «Este es mi brazo derecho. Mis ojos pueden estar raros, pero sobre eso no hay discusión posible. Y para probarlo, aquí está mi anillo de casamiento. Durante cinco años no me pude sacar el maldito objeto del dedo.»

»Esto me impresionó bastante. Porque, usted sabe, era su brazo izquierdo el que él tenía levantado, y su mano izquierda tenía puesto el anillo. Pude ver que lo que él decía era bastante cierto. Tendría que cortar el anillo para sacarlo otra vez de allí. Entonces dije: «¿Tienes alguna cicatriz característica?» Contestó: «Que me acuerde yo, no.»

»—¿Algún arreglo dental?

»—Sí, bastantes.

»Nos sentamos, mirándonos uno al otro en silencio, mientras una enfermera iba a buscar la historia clínica de Nelson. «Se contemplaron uno al otro con salvaje aprensión», es casi lo que pudiera haber dicho un novelista. Antes de que volviera la enfermera me asaltó una idea brillante. Era una concepción fantástica, pero ya todo el asunto se estaba tornando más y más desenfrenado. Le pregunté a Nelson si podía mostrarme las cosas que habían estado dentro de sus bolsillos. Aquí están.

El doctor Sanderson sacó un puñado de monedas y un diario pequeño, forrado en cuero. Hughes lo reconoció inmediatamente como un Diario del Ingeniero Eléctrico; él mismo tenía uno en su bolsillo. Se lo sacó de la mano al doctor y lo abrió en una hoja al azar, con el ligero sentimiento de culpa que uno siempre tiene cuando un diario ajeno (aún más, de un amigo) cae en sus manos.

Y entonces a Ralph Hughes le pareció que los cimientos de su mundo estaban cediendo. Hasta ahora había escuchado al doctor Sanderson con cierta ligereza, preguntándose a qué se debía todo ese alboroto. Pero ahora la prueba incontrovertible estaba en sus propias manos, requiriendo su atención y desafiando su lógica.

Porque no podía leer ni una palabra del diario de Nelson. Tanto las letras impresas como las manuscritas estaban invertidas, como vistas en un espejo.

El doctor Hughes se levantó de la silla y rápidamente caminó varias veces alrededor de la habitación. Su visitante estaba sentado, observándole silenciosamente. En la cuarta vuelta se detuvo frente a la ventana y miró hacia el lago, eclipsado por el blanco muro del dique. Eso pareció reasegurarle y se volvió otra vez hacia el doctor Sanderson.

—¿Usted espera que yo crea que Nelson ha sido lateralmente invertido de alguna manera, de forma tal que su lado derecho e izquierdo hayan sido intercambiados?

—Yo no espero que usted crea nada. Yo sólo le estoy dando la evidencia. Si puede sacar alguna otra conclusión estaría encantado de oírla. Podría agregar que ya he verificado los dientes de Nelson. Todos los arreglos habían sido traspuestos. Explíquelo si puede.

Esas monedas son también bastante interesantes.

Hughes las recogió. Incluían un chelín, una hermosa corona de las nuevas, de cobre-berilio, y unos pocos peniques y mediopeniques. El las hubiera aceptado como vuelta sin ninguna duda. No siendo más observador que su vecino, nunca habría notado hacia qué costado miraba la cabeza de la Reina. Pero la inscripción... Hughes pudo imaginarse la consternación en el Mint (lugar de acuñación de monedas en Londres) si alguna vez llegaran a conocer estas curiosas monedas. También habían sido invertidas lateralmente, igual que el diario.

La voz del doctor Sanderson quebró su ensueño:

—Le pedí a Nelson que no dijera nada de todo esto. Voy a escribir un informe completo; causará sensación cuando esté publicado. Pero queremos saber cómo ha sucedido esto. Como usted es el diseñador de la máquina, he acudido para que me aconseje.

El doctor Hughes no pareció oírle. Estaba sentado enfrente de su escritorio, con las manos extendidas sobre él, con los meñiques juntos. Por primera vez en su vida estaba pensando seriamente en la diferencia entre izquierda y derecha.

El doctor Sanderson no dejó que Nelson abandonara el hospital por varios días, durante los cuales estuvo estudiando a su peculiar paciente y acumulando material para su informe. Hasta donde podía suponer, Nelson era perfectamente normal, excepto su inversión. Estaba aprendiendo a leer de nuevo y su progreso era fácil después que hubo superado la extrañeza inicial.

Probablemente nunca usaría de nuevo las herramientas de la misma forma en que lo había hecho antes del accidente; por el resto de su vida, el mundo lo consideraría zurdo. Sin embargo, eso no le impondría la más mínima desventaja.

El doctor Sanderson ya había cesado de especular sobre la causa de la actual condición de Nelson. Sabía muy poco de electricidad; ése era el trabajo de Hughes. Confiaba en que el físico proporcionaría la respuesta a su debido tiempo; siempre lo había hecho así anteriormente. La compañía no era una institución filantrópica y tenía buenas razones para requerir los servicios de Hughes. El nuevo generador, que estaría funcionando dentro de una semana, era el niño nacido de su cerebro, pese a que no tenía casi nada que ver con los detalles de ingeniería.

El mismo doctor Hughes tenía menos confianza. La magnitud del problema era aterradora; porque se había percatado, y Sanderson no, de que involucraba regiones de la ciencia extremadamente nuevas. Sabía que sólo había una manera por la que un objeto podía volverse su propia imagen especular. Pero, ¿cómo podría probarse una teoría tan fantástica?

Había reunido toda la información disponible sobre el fallo que había energizado la gran armadura. Ciertos cálculos habían dado una estimación de las corrientes que habían fluido a través de las bobinas durante los pocos segundos que éstas habían estado conduciendo electricidad. Pero las cifras no eran más que conjeturas; deseó poder repetir el experimento para obtener datos precisos. Sería divertido ver la cara de Murdock si le dijera: «¿Le molesta si provocho un perfecto corto entre los Generadores Uno y Diez en algún momento de esta noche?» No, eso estaba definitivamente fuera de consideración.

Por suerte todavía tenía el prototipo. Pruebas efectuadas con él habían proporcionado una serie de ideas sobre el campo producido en el centro del generador, pero sus magnitudes ya eran materia de conjeturas.

Debían haber sido enormes. Los alambres del bobinado permanecieron en sus ranuras sólo por milagro.

Hughes luchó denodadamente con sus cálculos por más de un mes y se internó en regiones de física atómica que había estado eludiendo cuidadosamente desde que abandonó la universidad. Lentamente, toda la teoría completa comenzó a desplegarse dentro de su mente.

Faltaba aún un largo trecho hasta la prueba definitiva, pero el camino estaba libre. En otro mes va habría terminado.

El gran generador, que había dominado sus pensamientos durante el último año, parecía ahora trivial y sin importancia. Apenas se molestó en agradecer las felicitaciones de sus colegas cuando el generador pasó la prueba definitiva y comenzó a alimentar el sistema con millones de kilovatios. Debieron pensar que era un poco extraño, pero siempre se le había considerado un tanto impredecible. Era lo que se esperaba de él: la compañía se hubiera sentido desilusionada si su genio amaestrado no poseyera ninguna excentricidad.

El doctor Sanderson fue a verle de nuevo dos semanas después. Estaba muy serio..

—Nelson está de vuelta en el hospital —anunció—. Me equivoqué cuando dije que estaba O.K.

—¿Qué le pasa? —preguntó Hughes, sorprendido.

—Se está muriendo de hambre.

—¿Muriendo de hambre? ¿Qué demonios está diciendo?

El doctor Sanderson acercó una silla al escritorio de Hughes y se sentó.

—No pensé en usted durante las últimas semanas —comenzó— porque yo sabía que usted `estaba ocupado con sus propias teorías. Todo ese tiempo estuve observando a Nelson con mucho cuidado y escribiendo mi informe. Al principio, como ya le dije, parecía perfectamente normal. Yo no tenía ninguna duda de que todo saldría perfectamente bien.

»Entonces noté que él estaba perdiendo peso. Pasó algún tiempo hasta que tuve la certeza de eso; entonces empecé a notar otros síntomas, más técnicos. Comenzó a quejarse de debilidad y falta de concentración. Tenía todas las apariencias de una deficiencia vitamínica. Le di concentrados vitamínicos especiales, pero no le han hecho nada. Por eso vine, para tener otra charla con usted.

Hughes pareció molesto y frustrado.

—¡Pero, después de todo, el doctor es usted!

—Sí, pero esta teoría mía necesita cierto apoyo. Yo soy sólo un médico desconocido..., nadie me escucharía hasta que fuese demasiado tarde. Porque Nelson se está muriendo, y creo que yo sé el porqué...

Al principio, sir Robert se mostró obstinado, pero el doctor Hughes se salió con la suya, como siempre. Los miembros del Consejo estaban todavía desfilando hacia el salón de conferencias, refunfuñando y haciendo un escándalo bárbaro por la reunión extraordinaria a la que se les había convocado. Su perplejidad aumentó más cuando oyeron que era Hughes el que se dirigía a ellos. Todos conocían al físico y su reputación, pero él era un científico y ellos eran hombres de negocios. ¿Qué estaba planeando sir Robert?

El doctor Hughes, la causa de todo el problema, se sentía molesto consigo mismo por estar nervioso. Su opinión acerca del Consejo no era muy halagadora, pero sir Roben era un hombre al que podía respetar, por lo que no había razón para asustarse de ellos. Loco o no, para ellos él tenía un valor de miles de libras esterlinas.

El doctor Sanderson le sonrió para infundirle coraje mientras entraba al salón de conferencias. La sonrisa no tuvo mucho éxito, pero ayudó. Sir Roben acababa de hablar. Sostuvo sus anteojos con aquel gesto nervioso que le era propio y tosió ansiosamente. Hughes se preguntó, y no por primera vez, cómo un anciano aparentemente tan tímido podía dirigir un imperio comercial tan vasto.

—Bueno, caballeros, aquí está el doctor Hughes. El les... ejem... explicará todo. Le he rogado que no sea demasiado técnico. Tienen la libertad de interrumpirle si llegara a ascender a la estratosfera más rarificada de la matemática superior. Doctor Hughes...

Lentamente al principio y cada vez más rápido a medida que se ganaba la confianza de su audiencia, el físico comenzó a contar su historia. El diario de Nelson produjo una exclamación de asombro en el Consejo y las monedas invertidas probaron ser curiosidades fascinantes. Hughes se sintió complacido al ver que había despertado el interés de sus oyentes. Inspiró profundamente y efectuó la zambullida que había estado temiendo.

—Caballeros, ya han oído lo que le pasó a Nelson; pero lo que les voy a decir ahora es aún más sobrecogedor. Debo pedir su más profunda atención.

Tomó de la mesa de conferencias una hoja rectangular de un cuaderno, la dobló a lo largo de una diagonal y la cortó por el dobléz.

—Aquí tenemos dos triángulos rectángulos con lados iguales. Los pongo sobre la mesa..., así. —Colocó los triángulos de papel uno al lado del otro, con sus hipotenusas

tocándose, de manera que formaban una figura como un barrilete—. Ahora, tal como los he dispuesto, cada triángulo es la imagen especular del otro. Pueden imaginar que el plano especular está a lo largo de la hipotenusa. Este es el hecho que quiero que noten. Mientras mantenga los triángulos en el plano de la mesa, puedo deslizarlos y girarlos tanto como yo quiera, pero nunca podré colocarlos de tal forma que uno cubra al otro exactamente. Igual que un par de guantes, no son intercambiables pese a que sus dimensiones son idénticas.

Hizo una pausa para permitir que esto penetrara profundamente. No hubo ningún comentario; entonces prosiguió.

—Ahora, si tomo uno de los triángulos, lo giro en el aire y lo pongo de nuevo en la mesa, los dos ya no son imágenes especulares, pero se han vuelto completamente idénticos..., así —unió la acción a la palabra—. Esto puede parecer muy elemental y en realidad lo es. Pero nos enseña una lección muy importante. Los triángulos sobre la mesa eran objetos planos, restringidos a dos dimensiones. Para cambiar uno en su imagen especular tuve que levantarlo y rotarlo en la tercera dimensión. ¿Ven a dónde me estoy dirigiendo?

Miró alrededor de la mesa. Uno o dos de los consejeros asintieron lentamente, en el alba de la comprensión.

—Similarmente, para cambiar un cuerpo sólido, tridimensional, tal como un hombre, en su imagen especular, debe girársele en una cuarta dimensión. Repito... una cuarta dimensión.

Hubo un tenso silencio. Alguien tosió, pero fue una tos nerviosa, no escéptica.

—La geometría tetradimensional ha sido, como ya lo saben —se habría sorprendido mucho si lo supieran—, una de las más poderosas herramientas de la matemática desde antes de la época de Einstein. Pero hasta ahora ha sido siempre una ficción matemática, sin tener existencia real en el mundo físico. Ahora parece que corrientes nunca imaginadas, que llegan a millones de amperios, que fluyeron momentáneamente en los bobinados de nuestro generador, deben haber producido una extensión hacia la cuarta dimensión, durante una fracción de segundo y en un volumen lo suficientemente grande como para contener a un hombre.

»Estuve haciendo algunos cálculos y llegué a esta conclusión: De hecho se generó un "hiperespacio" de diez pies de lado, algo así como diez mil pies cuárticos (¡y no cúbicos!). Nelson estaba ocupando ese espacio. El repentino colapso del campo al abrirse el circuito causó la rotación del espacio y Nelson fue invertido.

»Debo pedirles que acepten esta teoría, porque ninguna otra explicación se ajusta a los hechos. Tengo aquí los desarrollos matemáticos, si los quieren consultar.

Blandió las hojas frente a su audiencia, de modo que los consejeros pudieran ver la imponente formación de ecuaciones. La técnica tuvo éxito..., siempre lo tenía. Se debilitaron visiblemente. Solamente McPherson, el secretario, estaba hecho de un material más rígido. Había tenido una educación semitécnica y todavía leía bastantes obras de divulgación científica, cosa que le gustaba sacar a relucir cada vez que tenía oportunidad de hacerlo. Pero era inteligente y deseaba aprender, y el doctor Hughes frecuentemente había perdido tiempo de trabajo discutiendo con él alguna nueva teoría científica.

—Usted dijo que Nelson ha sido rotado en la cuarta dimensión, pero yo creía que Einstein había demostrado que la cuarta dimensión era el tiempo.

Hughes suspiró para sus adentros. Había estado esperando esta pregunta inevitable.

—Me refería a una dimensión adicional del espacio —explicó pacientemente—. Con eso quiero indicar una dimensión o dirección formando ángulos rectos con nuestras tres normales direcciones. Se le puede llamar la cuarta dimensión, si se quiere. Como normalmente consideramos el espacio como tridimensional, por tanto es costumbre denominar al tiempo cuarta dimensión. Pero el título es arbitrario. Como les pido que me concedan cuatro dimensiones espaciales, deberemos denominar al tiempo la quinta dimensión.

—¡Cinco dimensiones! ¡Cielo santo! —explotó alguien, lejos de la mesa.

El doctor Hughes no pudo resistir la oportunidad.

—Frecuentemente se ha postulado un espacio de varios millones de dimensiones, en la física subatómica.

Hubo un silencio apabullante. Nadie parecía inclinado a discutir, ni siquiera McPherson.

—Ahora llego a la segunda parte de mi declaración —continuó el doctor Hughes—. Pocas semanas después de la inversión descubrimos que algo andaba mal en el caso de Nelson. Tomaba alimentos normalmente, pero no parecían nutrirle correctamente. La explicación fue dada por el doctor Sanderson, y eso nos conduce a los dominios de la química orgánica. Lamento estar hablando como un libro de texto, pero pronto se darán cuenta de cuán vitalmente importante es esto para la compañía. Y también tendrán la satisfacción de saber que ahora estamos en un terreno igualmente desconocido para todos.

Esto no era totalmente cierto, porque Hughes todavía recordaba algunos fragmentos de la química que aprendiera. Pero podría alentar a los rezagados.

—Los compuestos orgánicos están formados por átomos de carbono, hidrógeno y oxígeno, junto con otros elementos, dispuestos espacialmente en formas muy complicadas. A— los químicos les gusta hacer modelos de esos compuestos con agujas de tejer y plastilina de colores. Frecuentemente los resultados son muy hermosos y parecen obras de arte moderno.

»Ahora es posible tener dos compuestos orgánicos, conteniendo idéntico número de átomos, dispuestos de tal manera que uno sea la imagen especular del otro. Se les denomina estereoisómeros y son muy comunes dentro de los azúcares. Si pudieran colocar sus moléculas unas al lado de las otras, podrían ver que guardan la misma relación que un guante derecho y uno izquierdo. De hecho se les llama compuestos dextrógiros o levógiros (dextro o levo). Espero que esto sea suficientemente claro.

El doctor Hughes miró a su alrededor ansiosamente. Aparentemente lo era.

—Los estereoisómeros tienen propiedades químicas casi idénticas —prosiguió—, pese a que hay sutiles diferencias. En los últimos años, me dijo el doctor Sanderson, se ha encontrado que ciertos alimentos esenciales, incluyendo la nueva clase de vitaminas descubierta por el profesor Vanderburg, poseen propiedades dependientes de la disposición espacial de sus átomos. Caballeros, en otras palabras, los compuestos levógiros podrían ser esenciales para la vida, pero los compuestos dextrógiros no tendrían ningún valor. Esto a pesar de que sus fórmulas químicas son idénticas.

»Ahora apreciarán por qué la inversión de Nelson es mucho más seria de lo que pensamos en un principio. No es sólo cosa de enseñarle a leer de nuevo, en cuyo caso (aparte de un interés filosófico) todo el asunto sería bastante trivial. Actualmente él se está muriendo de hambre en medio de la abundancia, simplemente porque no puede asimilar cierto tipo de alimentos, así como nosotros no podemos meter nuestro pie derecho en una bota izquierda.

»El doctor Sanderson ha intentado un experimento que demostró la validez de esta teoría. Con gran dificultad ha obtenido los estereoisómeros de muchas de estas vitaminas. El mismo profesor Vanderburg las sintetizó cuando oyó nuestro problema. Ya han producido un muy marcado progreso en la condición de Nelson.

El doctor Hughes hizo una pausa y sacó unos papeles. Pensó que le daría tiempo al Consejo para prepararse para el shock. Si no fuera porque estaba en juego la vida de un hombre, la situación habría sido muy divertida. El Consejo sería golpeado donde más le dolía.

—Caballeros, como se darán cuenta, ya que Nelson fue herido (si lo pueden decir así) mientras estaba de servicio, la compañía está expuesta a pagar por cualquier tratamiento

que pudiera necesitar. Hemos encontrado ese tratamiento, y ustedes podrán preguntarse por qué he tardado tanto tiempo en decírselo. La razón es muy simple. La producción de los estereoisómeros necesarios es casi tan difícil como la extracción de Radio... más aún, en algunos casos. El doctor Sanderson me dijo que mantener vivo a Nelson costará más de cinco mil libras diarias.

El silencio duró medio minuto; entonces todo el mundo comenzó a hablar al mismo tiempo. Sir Robert golpeó la mesa y restauró el orden inmediatamente. Había comenzado el consejo de guerra.

Tres horas más tarde, un Hughes exhausto abandonó el salón de conferencias y fue en busca del doctor Sanderson, al que encontró en su oficina, hirviendo de impaciencia.

—Bueno, ¿cuál fue la decisión? —preguntó el médico.

—Lo que me temía. Quieren que reinvierta a Nelson.

—¿Puede hacerlo?

—Francamente, no lo sé. Todo lo que puedo esperar es reproducir las condiciones del fallo original tan precisamente como pueda.

—¿No hubo otras sugerencias?

—Bastantes; la mayoría eran estúpidas. McPherson tuvo la mejor idea... Quería usar el generador para invertir los alimentos normales, de modo que Nelson pudiera comerlos. Tuve que puntualizar que el dejar fuera de acción a la máquina para este propósito costaría varios millones por año, y de cualquier manera, los bobinados no lo resistirían más que unas pocas veces. Y así se derrumbó ese esquema. Luego sir Robert quiso saber si usted podía garantizar que no había vitaminas que hubiéramos pasado por alto, o que todavía no estuvieran descubiertas. Su idea era que pese a nuestras dietas sintéticas, después de todo no seríamos capaces de mantener vivo a Nelson.

—¿Qué respondió a eso?

—Tuve que admitir que era una posibilidad. Por tanto, sir Robert va a tener una charla con Nelson. Esperaba poder persuadirle para que corra el riesgo; y si falla el experimento, cuidará de su familia.

Ninguno de los dos hombres dijo nada por unos pocos minutos. Entonces el doctor Sanderson rompió el silencio.

—¿Entiende ahora la clase de decisión que muchas veces tiene que tomar un cirujano? —dijo.

Hughes asintió, de acuerdo con él.

—Es un precioso dilema, ¿o no? Un hombre perfectamente sano, pero mantenerlo vivo costará dos millones por año, y ni siquiera de eso podemos estar seguros. Yo sé que el

Consejo está pensando más en su preciosa hoja de balance que en cualquier otra cosa, pero no veo ninguna alternativa. Nelson tendrá que correr un riesgo.

—¿Usted no podría hacer primero algunas pruebas?

—Imposible. Sólo sacar el rotor es una operación de ingeniería superior. Tendremos que efectuar el experimento cuando la carga en el sistema esté al mínimo. Entonces cerraremos otra vez el rotor, y arreglaremos todo el lío que haya provocado nuestro corto artificial. Todo esto tiene que hacerse antes que las cargas puntas vuelvan otra vez. El pobre Murdock está loco de furia.

—No le culpo. ¿Cuándo comenzará el experimento?

—Necesito unos pocos días, como mínimo. Incluso aunque Nelson está de acuerdo, yo tengo que preparar todo mi instrumental.

Nadie supo nunca lo que sir Robert le dijo a Nelson durante las horas que estuvieron juntos. El doctor Hughes estaba bastante preparado para el experimento cuando sonó el teléfono y la voz del Viejo dijo:

—¿Hughes?, tenga listo su equipo. Le he hablado a Murdock, y hemos fijado la fecha para el martes por la noche. ¿Puede disponer todo para entonces?

—Sí, sir Robert.

—Bien. Todas las tardes envíeme un informe progresivo hasta el martes. Eso es todo.

El gran cilindro del rotor dominaba el enorme cuarto, colgando a treinta pies sobre el resplandeciente piso plástico. Un pequeño grupo de hombres estaba parado silenciosamente en el borde del ensombrecido agujero, esperando pacientemente. Un laberinto de cables provisionales corría hasta el equipo del doctor Hughes... osciloscopios de rayos múltiples, megavatímetros y micrómetros, y los relevadores contruidos especialmente para cerrar el circuito en el instante calculado.

Ese era el mayor problema de todos. El doctor Hughes no tenía manera de determinar cuándo debería cerrarse el circuito; si debía ser cuando el voltaje estuviera en un máximo, cuando fuera cero, o en algún punto intermedio de la onda senoidal. Había elegido el curso más simple y seguro. El circuito debía cerrarse a voltaje cero; cuando se abriera de nuevo dependería de la velocidad de los interruptores.

Dentro de diez minutos, la última de las grandes fábricas del área de servicio se iría a cerrar. El pronóstico meteorológico había sido favorable: no habría cargas anormales hasta la mañana siguiente. Para ese entonces, el rotor ya debería estar de vuelta en su posición y el generador trabajando nuevamente. Por fortuna el singular método de

construcción hacía que fuera fácil volver a armar la máquina, pero ésa sería una operación muy exacta y no había tiempo que perder.

Cuando entró Nelson, acompañado por sir Robert y el doctor Sanderson, estaba muy pálido. Hughes pensó que parecía estar yendo hacia su ejecución. El pensamiento fue algo inoportuno, y apresuradamente lo dejó de lado.

Había bastante tiempo como para una última y casi innecesaria verificación del equipo. Apenas lo había terminado cuando oyó la tranquila voz de sir Roben.

—Estamos listos, doctor Hughes.

No con mucha firmeza caminó hacia el borde del hoyo. Nelson ya había descendido, y de acuerdo con las instrucciones recibidas, estaba parado en el centro exacto, su rostro levantado allá abajo parecía una blanca burbuja. El doctor Hughes le hizo una breve señal de aliento y se volvió para reunirse con el grupo cerca de su equipo.

Conectó el osciloscopio con un movimiento de látigo, y jugó con los controles sincronizadores hasta que un único ciclo de la onda principal quedó fijo sobre la pantalla. Entonces ajustó la fase: los brillantes puntos de luz se movieron uno hacia el otro recorriendo la onda hasta que se juntaron en el centro geométrico de ésta. Miró a Murdock brevemente; éste estaba observando atentamente los megavatímetros. El ingeniero movió su cabeza hacia abajo. Con una silenciosa plegaria, Hughes apretó el interruptor.

Se oyó el pequeñísimo «click» de la unidad de relevadores. Una fracción de segundo más tarde, todo el edificio pareció tambalearse al tiempo que los grandes conductores estallaron en el cuarto de contacto, a trescientos pies de distancia. Las luces se desvanecieron, y casi murieron. Luego todo terminó. Los interruptores, llevados casi a la velocidad de una explosión, habían clarificado nuevamente la línea. Las luces volvieron a la normalidad y las agujas de los megavatímetros se deslizaron de vuelta hacia la zona inferior de sus escalas.

El equipo había soportado la sobrecarga. ¿Pero qué pasaba con Nelson?

El doctor Hughes se sorprendió al ver que sir Robert, a pesar de sus sesenta años, ya había llegado al generador. Estaba parado sobre el borde, mirando hacia abajo, dentro del gran hoyo. Lentamente, el físico fue a reunirse con él. Tenía miedo de apurarse; un creciente sentimiento de premonición estaba llenando su mente. Ya se podía imaginar a Nelson yaciendo en un retorcido montón en el centro del pozo, sus ojos inanimados mirándoles fijamente, con reproche. Entonces le sobrevino un pensamiento aún más horrible. ¿Supongamos que el campo desapareciera demasiado rápido, cuando la

inversión estuviera completada sólo parcialmente? En un momento más, conocería lo peor.

No hay mayor impacto que el de lo totalmente inesperado, porque contra éste la mente no tiene oportunidad de preparar sus defensas. El doctor Hughes estaba preparado para casi cualquier cosa cuando alcanzó el generador. Casi, pero no lo bastante...

No esperó encontrarlo completamente vacío.

Lo que vino después nunca pudo recordarlo perfectamente. Murdock pareció hacerse cargo. Hubo una gran ráfaga de actividad, y los ingenieros se movieron como un enjambre para volver a colocar el rotor gigante. En algún lugar, muy lejos, oyó decir a sir Robert, una y otra vez: «Nos esmeraremos al máximo, nos esmeraremos al máximo.» El debería haberle replicado, de alguna manera, pero todo era tan vago...

En las grises horas que precedían al alba, el doctor Hughes se despertó de su sueño espasmódico. Toda la noche estuvo atormentado por sus sueños, por sobrenaturales fantasías de geometría multidimensional. Había visiones de universos extraños, extraterrestres universos de formas enfermizas y planos que se entremezclaban, a lo largo de los cuales él estaba condenado a luchar indefinidamente, escapando de algún terror sin nombre. Nelson, soñó, estaba atrapado en una de esas dimensiones no terrenas, y él trataba de llegar hasta Nelson. A veces él mismo era Nelson, y se imaginaba que podía ver a su alrededor el universo que conocía extrañamente distorsionado y separado de él por muros invisibles.

La pesadilla se desvaneció cuando se levantó, con gran esfuerzo. Se sentó sosteniéndose la cabeza durante unos momentos, mientras su mente comenzaba a aclararse. Sabía que algo estaba sucediendo: ésta no era la primera vez que la solución de algún frustrante problema le sobrevenía repentinamente durante la noche.

Aún faltaba una pieza en el rompecabezas que se estaba acomodando en su mente. Solamente una pieza... y de repente la tuvo. Había algo que había dicho el asistente de Nelson, cuando estaba describiendo el accidente original. En ese momento había parecido algo trivial; hasta ahora, Hughes se había olvidado completamente de eso.

—Cuando miré en el interior del generador, no parecía haber nadie allí, por lo que comencé a descender por la escala.

¡Qué tonto había sido! ¡El viejo McPherson tenía razón, o al menos parcialmente, después de todo!

El campo había girado a Nelson en la cuarta dimensión del espacio, pero también había habido un desplazamiento en el «tiempo». En la primera ocasión sólo había sido cosa de segundos. Esta vez, las condiciones debían haber sido diferentes, a pesar de

todo su cuidado. Había tantos factores desconocidos, y la teoría era conjetura, en su mayor parte.

Nelson no había estado en el interior del generador al fin del experimento. Pero debería estar.

El doctor Hughes sintió un sudor frío cubriendo todo su cuerpo. Se imaginó aquel cilindro de diez mil toneladas, girando bajo el empuje de sus cincuenta millones de H. P. ¿Supongamos que de repente algo se materializara en el espacio que ya había ocupado...?

Saltó fuera de la cama y agarró el teléfono privado que comunicaba con la oficina. No había tiempo que perder... el rotor debía ser desalojado de inmediato. Murdock podría discutir más tarde.

Muy suavemente, algo tomó la casa por sus cimientos, y la balanceó hacia adelante y hacia atrás, así como un niño dormido podría sacudir su sonajero. Copos de yeso cayeron planeando el cielo raso; un reticulado de grietas apareció en las paredes como por arte de magia. Las luces vacilaron, se volvieron súbitamente brillantes y desaparecieron.

El doctor Hughes apartó la cortina y miró hacia las montañas. La oficina era invisible más allá de las faldas del monte Perrin, pero su situación estaba marcada con claridad por la vasta columna de escombros que se levantaban lentamente sobre la fría luz del amanecer.

EL PARÁSITO

—No puedes hacer nada —dijo Connolly—, absolutamente nada. ¿Por qué tienes que seguirme? —Estaba parado dándole la espalda a Pearson, mirando sobre las tranquilas aguas azules que conducían a Italia. A la izquierda, detrás de la anclada flotilla pesquera, el Sol se ocultaba en el esplendor del Mediterráneo, iluminando cielo y tierra con un color encarnado. Pero ninguno de los dos hombres se daba cuenta ni siquiera remotamente de la belleza que les circundaba.

Pearson se puso de pie y salió del oscuro porche del pequeño café, hacia la declinante luz solar. Se unió a Connolly cerca de la pared del acantilado, pero se cuidó de acercársele demasiado. Aun en épocas normales, a Connolly le disgustaba que le tocaran. La obsesión, cualquiera que fuese, le hacía ahora doblemente sensible.

—Escucha, Roy —empezó Pearson con urgencia. Hemos sido amigos durante veinte años, y debes saber que no te voy a abandonar en esta ocasión. Además...

—Ya sé. Le prometiste a Ruth.

—¿Y por qué no? Después de todo, ella es tu esposa. Tiene derecho a saber lo que pasó —hizo una pausa, eligiendo cuidadosamente sus palabras—. Está preocupada, Roy. Mucho más preocupada que si sólo fuera otra mujer —casi agregó «otra vez», pero decidió no hacerlo.

Connolly apagó su cigarrillo en la plana pared de granito, luego arrojó el blanco cilindro al mar, de manera tal que cavó girando y dando vueltas sobre las aguas, cien metros más abajo. Se volvió y miró de frente a su amigo.

—Lo siento, Jack —dijo, y por un instante se notó un resplandor de la conocida personalidad que, Pearson lo sabía, debía estar atrapada en el interior del extraño que estaba parado al lado suyo—. Sé que estás tratando de ayudar, y lo aprecio. Pero hubiera preferido que no me siguieses. Sólo haces que las cosas salgan peor.

—Convénceme de eso y me iré.

—No puedo convencerte a ti más de lo que pudo convencerme a mí ese psiquiatra al que me persuadiste que consultara. ¡Pobre Curtis! Era un muchacho tan bien intencionado. Preséntale mis disculpas, ¿sí?

—No soy un psiquiatra, y no estoy tratando de curarte... de ninguna manera. Si te gusta tu forma de ser, es problema tuyo. Pero yo creo que debes hacernos saber qué es lo que pasó, así podremos obrar en consecuencia.

—¿Para deshacerse de mí?

Pearson se encogió de hombros. Se preguntó si Connolly podía ver a través de su fingida indiferencia la gran inquietud que él estaba tratando de ocultar. Ahora que parecían haber fallado todos los otros reproches, la actitud «francamente-no-me-importa» era la única que le quedaba.

—No estaba pensando en eso. Hay unos pocos detalles prácticos por los que preocuparse. ¿Quieres permanecer aquí indefinidamente? No puedes vivir sin dinero, aun en Syrene.

—Puedo quedarme en la villa de Clifford Rawnsley todo el tiempo que quiera. Sabes que fue un gran amigo de mi padre. En estos momentos está vacía, excepto los sirvientes, y ellos no me molestan.

Connolly se alejó del parapeto sobre el que estaba apoyado.

—Voy a subir ala colina antes de que se ponga oscuro —dijo. Las palabras eran abruptas pero Pearson sabía que no se le estaba despidiendo. Podía seguirle si quería, y

ese conocimiento le causó la primera satisfacción que sintiera desde que localizó a Connolly. Era un pequeño triunfo, pero lo necesitaba.

No hablaron durante el ascenso; en realidad, Pearson apenas tenía aire para hablar. Connolly marchaba a paso muy vivo, como si tratara de extenuarse deliberadamente. La isla se desvaneció a sus espaldas, las blancas villas brillaban como fantasmas sobre los sombríos valles; los pequeños botes de pesca, habiendo terminado su día de trabajo, yacían descansando en el puerto. Y rodeándolo todo estaba el mar oscurecido.

Cuando Pearson pudo alcanzar a su amigo, Connolly estaba sentado enfrente de la capilla que, los devotos isleños habían construido en el punto más elevado de Serene. De día, siempre había turistas, fotografiándose o— admirándose de la tan publicitada belleza que se extendía debajo de ellos; pero ahora el lugar estaba desierto.

Connolly estaba respirando con dificultad por el esfuerzo realizado, pese a eso su rostro estaba relajado y por un instante pareció estar casi en paz. La sombra que oscurecía su mente se había ido, y se volvió a Pearson con una sonrisa parecida a su vieja y burlona mueca.

—Odia el ejercicio, Jack. Siempre le asusta terriblemente.

—¿Y quién es él? —preguntó Pearson—. Recuerda, todavía no nos has presentado.

Connolly sonrió ante el intento de humor de su amigo; luego su expresión se volvió grave de repente.

—Dime, Jack —empezó—. ¿Dirías que yo tengo una imaginación superdesarrollada?

—No, normal. Eres ciertamente menos imaginativo que yo.

Connolly asintió lentamente.

—Eso es bastante cierto, Jack, y debe ayudarte a que me creas. Porque estoy seguro que yo nunca pude haber inventado la criatura que me está obsesionando. El realmente existe. No estoy sufriendo alucinaciones paranoicas o como las llame el doctor Curtis.

»¿Te acuerdas de Maude White? Todo empezó con ella. La encontré en una de las fiestas de David Trescott, hace seis semanas. Acababa de pelearme con Ruth y estaba bastante harto. Estábamos los dos bastante borrachos, y como estaba parando en la ciudad volvió al departamento conmigo.»

Pearson se sonrió para sus adentros. ¡Pobre Roy! Era siempre el mismo esquema, pero él no parecía notarlo nunca. Cada «affaire» le parecía diferente, pero a nadie más. El eterno Don Juan, siempre buscando... siempre contrariado, porque lo que buscaba sólo lo podía encontrar en la cuna o en la tumba, pero nunca en medio de las dos.

—Creo que te ríes de lo que me golpeó... parece tan trivial, pese a que me asustó mucho más que cualquier cosa que haya sucedido en mi vida. Simplemente me dirigí al

bar y serví los tragos, como ya lo había hecho más de cien veces. Cuando le entregué uno a Maude me di cuenta que había llenado «tres» vasos. El acto fue tan perfectamente natural que al principio no reconocí su significado. Entonces busqué desenfrenadamente por toda la habitación para ver dónde estaba el otro hombre... aun entonces yo sabía de alguna manera que no era un hombre. Pero, por supuesto, él no estaba allí. No estaba en ningún lugar del mundo exterior: se escondía en las profundidades de mi propio cerebro...

La noche estaba muy clara, el único sonido, una delgada cinta de música que se retorció hacia las estrellas, proveniente de algún café del pueblo de abajo. La luz de la Luna naciente arroja chispas sobre el mar; más arriba, los brazos del crucifijo se perfilaban sobre la oscuridad. Como un brillante foco de las fronteras de la penumbra, Venus estaba siguiendo al Sol en un curso hacia el Oeste.

Pearson esperó, dejando que Connolly descansara. Parecía bastante lúcido y racional, por más extraña que fuera la historia que estaba contando. Su rostro se veía casi tranquilo a la luz de la Luna, pese a que podría ser la calma que viene antes de la aceptación de la derrota.

—Después recuerdo que estaba acostado en la cama mientras Maude me limpiaba la casa. Estaba bastante atemorizada: me había emborrachado y me corté la frente al caer. Había un charco de sangre alrededor pero eso no importaba. Lo que realmente me aterrizzaba era pensar que me había vuelto loco. Parece divertido, ahora que estoy mucho más aterrizzado de estar sano.

»El estaba allí cuando me desperté y desde entonces siempre ha estado allí. De alguna manera me libré de Maude (no fue fácil) y traté de explicarme lo que había sucedido. Dime, Jack, ¿crees en la telepatía?»

El abrupto desafío tomó a Pearson con la guardia baja.

—Nunca pensé mucho en eso, pero la evidencia parece bastante convincente. ¿Sugieres que alguna otra persona está leyendo tu mente?

—No es tan simple. Lo que estoy contando ahora lo he ido descubriendo con bastante lentitud... generalmente cuando soñaba o estaba levemente borracho. Puedes decir que eso invalida la evidencia, pero yo no pienso así. Al principio, ese fue el único camino que pude abrir a través de la barrera que me separa de Omega... más tarde te contaré por qué lo he llamado así. Pero ahora no hay ningún obstáculo: sé que él está allí todo el tiempo, esperando que yo baje la guardia. Día y noche, borracho o sobrio, soy consciente de su presencia. En oportunidades como ésta, está inmóvil, vigilándome de reojo. Mi única esperanza es que se canse de esperar y vaya en busca de otra víctima.

La voz de Connolly, hasta ese momento tranquila, de repente pareció próxima a quebrarse.

—Trata de imaginar el horror de ese descubrimiento: el efecto de aprender que todo acto, todo pensamiento o deseo que pasara por tu mente está siendo vigilado y compartido por otro ser. Por supuesto, implicó para mí el fin de toda vida normal. Tuve que abandonar a Ruth y no le podía decir por qué. Además, para peor, Maude empezó a perseguirme. No me dejaba solo, y me bombardeaba con cartas y llamadas telefónicas. Era un infierno. No podía luchar con las dos, entonces me escapé. Y pensé que en Syrene, de la colina. Una pareja joven, con las manos cogidas, estaba subiendo el sendero que conducía al crucifijo. Ambos tenían la belleza física tan común y generosa entre los isleños. Eran indiferentes a la noche que los rodeaba, y a cualquier espectador, y pasaron a su lado sin la menor señal de reconocimiento. Hubo una amarga sonrisa en los labios de Connolly mientras los veía alejarse.

—Supongo que debería avergonzarme de esto, pero estaba deseando que me abandonara y fuera tras ese muchacho. Pero no lo hará pese a que me he negado a seguirle el juego, se quedará a ver qué pasa.

—Me ibas a decir cómo es —dijo Pearson, sorprendido por la interrupción. Connolly encendió un cigarrillo e inhaló profundamente antes de responder.

—¿Puedes imaginar una habitación sin paredes? El está en una especie de espacio vacío, ovoidal... rodeado por una niebla espesa que siempre parece estar retorciéndose y dando vueltas, pero nunca cambia de posición. No hay entrada ni salida..., ni gravedad, a menos que haya aprendido a desafiarla. Porque él flota en el centro, y alrededor de él hay un círculo de cilindros cortos, aflautados, que giran lentamente en el aire. Creo que deben ser una especie de máquinas, que obedecen sus deseos. Y una vez había un gran óvalo colgando a su lado, con brazos hermosamente formados, perfectamente humanos, que salían de él. Pudo haber sido nada más que un robot, pero aquellas manos y dedos parecían estar vivos. Le estaban alimentando y dando masajes, tratándolo como a un bebé. Era horrible...

»¿Has visto alguna vez un lémur o un tarsius espectral? El es muy parecido a eso... una horrible imitación de la humanidad, con enormes ojos llenos de benevolencia. Y es extraño (él no es de la forma en que uno se imaginó que seguiría la evolución), está cubierto con una fina capa de piel, tan azul como la habitación en que vive. Todas las veces que le vi estaba en la misma posición, medio acurrucado, como un bebé que duerme. Creo que sus piernas se han atrofiado completamente; quizá sus brazos

también. Solamente su cerebro está todavía activo, persiguiendo su presa a través de todas las épocas.

»Y ahora sabes por qué no hay nada que puedas hacer tú o cualquier otro. Tus psiquiatras podrían curarme si estuviera loco, pero aún no se inventó la ciencia que pueda tratar con Omega.»

Connolly hizo una pausa y luego sonrió con una mueca.

—Sólo porque estoy cuerdo, me doy cuenta que no puede esperarse que me creas. Por tanto, no hay nada en lo que podamos estar de acuerdo.

Pearson se levantó del peñasco sobre el que estaba sentado y tembló ligeramente. La noche se estaba poniendo fría, pero eso no era nada comparado con la sensación de desamparo interno que había invadido a Connolly mientras hablaba.

—Roy, seré franco —comenzó lentamente—. Por supuesto que no te creo. Pero mientras tú mismo creas en Omega, él es real para ti, y sobre esa base yo lo aceptaré y lucharé contigo contra él.

—Puede ser un juego peligroso. ¿Qué sabemos lo que puede hacer cuando lo arrinconemos?

—Correré ese riesgo —replicó Pearson, empezando a bajar la colina. Connolly le siguió sin más discusión—. Mientras tanto, ¿qué te propones hacer?

—Relajarme. Evitar emociones. Sobre todo, mantenerme alejado de las mujeres... Ruth, Maude y todo el resto. Esa ha sido la tarea más difícil. No es fácil romper los hábitos de toda una vida.

—Puedo creer eso —replicó Pearson, un poco secamente—. ¿Qué éxito tuviste?

—Completo. Verás, su propia ansiedad derrota sus propósitos, llenándome con una especie de náusea y autorrepugnancia cada vez que pienso en el sexo. ¡Dios!, y pensar que toda la vida me he reído de los mojigatos y ahora me he vuelto uno de ellos.

Allí estaba la respuesta, pensó Pearson en un repentino relámpago de percepción. El nunca lo habría creído, pero el pasado de Connolly finalmente le había alcanzado. Omega no era nada más que un símbolo de su conciencia, una personificación de la culpa. Cuando Connolly se diera cuenta de esto, dejaría de estar obsesionado. Y en lo que respecta a la extraordinariamente detallada naturaleza de su alucinación, ése era uno de los tantos ejemplos de las tretas que puede urdir la mente humana para engañarse a sí misma. Debía haber alguna razón de por qué la obsesión había adoptado esta forma, pero eso era de menor importancia.

Pearson le explicó esto a Connolly con detalle mientras se aproximaban al pueblo. El otro escuchó tan pacientemente que Pearson tuvo la incómoda sensación de que se estaba burlando de él, pero continuó ásperamente hasta el final:

—Tu historia es tan lógica como la mía, pero ninguno de nosotros puede convencer al otro. Si tuvieras razón, entonces a su debido tiempo yo debería volver a «normal». No puedo negar la posibilidad: simplemente no la creo. No puedes imaginarte cuán real es Omega para mí. El es más real que tú: si cierro mis ojos tú te has ido, pero él aún está allí. ¡Me gustaría saber qué está esperando! He dejado atrás mi vieja vida; «él» sabe que no volveré a ella mientras él esté allí. ¿Entonces qué gana con quedarse ahí? —se volvió hacia Pearson con una ansiedad febril—. Eso es lo que realmente me asusta, Jack. El debe saber cuál es mi futuro... toda mi vida debe ser como un libro en el que se puede zambullir cuando quiere. Por tanto, debe haber alguna experiencia delante de mí que está esperando saborear. A veces..., a veces me preguntó si no es mi muerte.

Ahora estaban entre las casas de las afueras del pueblo, y delante de ellos la vida nocturna de Syrene se les acercaba. Ahora que ya no estaban solos, hubo un cambio sutil en la actitud de Connolly. En la cima de la colina había estado, si no con su personalidad habitual, al menos amistoso y predispuesto a hablar. Pero ahora, la vista que tenía ante sí de las multitudes felices y libres de preocupaciones, pareció hacerle replegarse en sí mismo. Se detuvo mientras Pearson avanzaba e inmediatamente se negó a ir más lejos.

—¿Qué pasa? —preguntó Pearson— Seguro que vendrás al hotel y cenarás conmigo, ¿no?

Connolly sacudió su cabeza.

—No puedo —dijo—. Me encontraría con demasiada gente.

Era una frase sorprendente en un hombre que siempre se había deleitado con multitudes y fiestas. Mostraba como nadie lo había hecho, cuánto había cambiado Connolly. Antes de que Pearson pudiera pensar una réplica adecuada, el otro giró sobre sus talones se fue por una calle lateral. Herido y sorprendido, Pearson comenzó a perseguirlo y luego decidió que era inútil.

Esa noche le envió a Ruth un largo telegrama, dándole toda la confianza posible. Luego, cansadísimo, se fue a la cama.

Aun así, fue incapaz de dormir durante una hora. Su cuerpo estaba exhausto, pero su cerebro estaba aún activo. Yacía observando la mancha de luz lunar moviéndose a través del papel de la pared, marcando el paso del tiempo tan inexorablemente como todavía debía hacerlo en la lejana época que había visto Connolly. Por supuesto, eso era pura fantasía...; aun contra su voluntad, Pearson estaba comenzando a aceptar a Omega

como una real y viviente amenaza. Y en un sentido, Omega «era» real..., tan real como esas otras abstracciones mentales, el Ego y el Subconsciente.

Pearson se preguntaba si Connolly había sido prudente al volver a Syrene. En tiempos de crisis emocional (había habido otras, pero ninguna tan importante como ésta), la reacción de Connolly era siempre la misma. Siempre volvía de nuevo a la adorable isla donde sus encantadores y débiles padres le habían hecho nacer y donde había pasado su juventud. Ahora estaba buscando, y Pearson lo sabía lo suficientemente bien, la satisfacción que sólo había conocido durante un período de su vida, y que había buscado tan vanamente en los brazos de Ruth y de todas las otras que habían sido incapaces de resistirlo.

Pearson no estaba tratando de criticar a su infeliz amigo. Nunca hacía juicios; solamente observaba con un interés brillante simpático, que apenas era tolerancia, porque la tolerancia implicaba el relajamiento de principios que nunca había poseído...

Después de una noche sin descanso, finalmente Pearson cayó en un sueño tan profundo que se levantó una hora más tarde que de costumbre. Tomó el desayuno en su habitación y luego fue al mostrador de recepción a ver si había alguna respuesta de Ruth. Alguien más había llegado durante la noche: dos maletas de viaje, obviamente inglesas, estaban amontonadas en un rincón del hall, esperando que las llevara el «groom». Con una inútil curiosidad, Pearson miró las etiquetas para saber quién sería su compatriota. Luego se enderezó, miró bruscamente a su alrededor y se dirigió rápidamente hacia el recepcionista.

—Esta inglesa —dijo con ansiedad—. ¿Cuándo llegó?

—Hace un hora, «signore», en el barco de la mañana.

—¿Está aquí ahora?

El recepcionista pareció un poco indeciso y luego capituló elegantemente.

—No, «signore». Estaba tremendamente apurada y me preguntó dónde podría encontrar al señor Connolly. Entonces se lo dije. Espero que haya estado bien.

Pearson maldijo para sus adentros. Era un increíble golpe de mala suerte, algo de lo que nunca había soñado defenderse. Maude White era una mujer con mucha más determinación de lo que Connolly había supuesto. De alguna manera había descubierto a dónde se había escapado, y el orgullo, o el deseo, o ambos la habían hecho seguirle. Que ella hubiera ido a este hotel no era sorprendente; era una elección casi inevitable para los ingleses visitantes de Syrene.

Mientras trepaba el sendero hasta la villa, Pearson luchó contra una creciente sensación de futilidad e inutilidad. No tenía idea de lo que haría cuando se encontrara con

Connolly y Maude. Sentía nada más que un vago pero urgente impulso de ayudar. Si pudiera alcanzar a Maude antes de que ella llegara a la villa, quizá podría convencerla de que Connolly era un hombre enfermo y que su intervención sólo podría hacerle daño. ¿Pero era cierto? Era perfectamente posible que hubiera tenido lugar una tierna reconciliación y que ninguna de las partes tuviera el menor deseo de verlo.

Estaban hablando juntos en el patio hermosamente dispuesto que había frente a la villa, cuando Pearson apareció cruzando los portones y se detuvo para recobrar el aliento. Connolly descansaba sobre un asiento de hierro forjado, debajo de una palmera, mientras Maude paseaba de aquí para allá, a pocas yardas de él. Ella estaba hablando suavemente, Pearson no podía oír sus palabras, pero por la entonación de su voz era obvio que estaba discutiendo con Connolly. Era una situación embarazosa. Mientras Pearson estaba todavía preguntándose si debía seguir más adelante, Connolly levantó la vista y le vio. Su cara era una máscara completamente desprovista de expresión; no mostraba bienvenida ni resentimiento.

Debido a la interrupción, Maude giró velozmente para ver quién era el intruso y por primera vez Pearson vio su rostro. Era una hermosa mujer, pero la desesperación y la cólera habían retorcido tanto sus facciones que parecía una figura de alguna tragedia griega. No sólo estaba sufriendo la amargura de ser desdeñada, sino también la agonía de no saber por qué.

La llegada de Pearson debió haber actuado como un gatillo para sus acorraladas emociones. De repente giró alejándose de él y se volvió hacia Connolly, que continuaba observándola con ojos opacos. Durante un instante, Pearson no pudo ver lo que ella hacía, luego gritó con horror:

—¡Cuidado, Roy!

Connolly se movió con sorprendente velocidad, como si súbitamente hubiera salido de un trance. Agarró la muñeca de Maude, hubo una breve lucha y después se apartó de ella, mirando fascinadamente algo que tenía en la palma de la mano. La mujer estaba parada, inmóvil, paralizada por el miedo y la vergüenza, los nudillos apretados contra su boca.

Connolly empuñó la pistola con su mano derecha y la golpeó afectuosamente con la izquierda. Hubo un débil gemido proveniente de Maude.

—¡Sólo quería asustarte, Roy! ¡Lo juro!

—Está bien querida —dijo Connolly. suavemente—. Te creo. No hay nada de qué preocuparse —la voz era perfectamente natural. Se volvió hacia Pearson y le obsequió su vieja y juvenil sonrisa.

—Así que «esto» es lo que él estaba esperando, Jack —dijo—. No lo voy a contrariar.

—No —gritó Pearson, blanco de terror—. ¡No lo hagas, Roy, por el amor de Dios!

Pero Connolly estaba fuera del alcance de las súplicas de su amigo cuando se llevó la pistola a la cabeza. En ese mismo instante, Pearson supo al fin, con una horrible claridad, que Omega era real y que ahora Omega estaría buscando una nueva morada.

Nunca vio el relámpago del arma ni escuchó la débil pero adecuada explosión. El mundo que conocía había desaparecido de su vista, y rodeándole estaban ahora las nieblas fijas, pero serpenteantes de la habitación azul. Mirando fijamente desde su centro (¿como lo habían hecho ya tantas veces a través de las épocas?) había dos ojos vastos y sin párpados. Por el momento estaban satisfechos, pero sólo por el momento.

LOS FUEGOS INTERIORES

—Esto te interesará —dijo Karn afectadamente—. ¡Échale sólo una ojeada!

Empujó el legajo que había estado leyendo y por enésima vez me decidí a pedir su transferencia, o si no la mía.

—¿De qué se trata? —pregunté cansadamente.

—Es un largo informe de un tal doctor Matthews al ministro de Ciencia—. Me lo sacudió enfrente de mi ¡Léelo, nada más!

Sin mucho entusiasmo comencé a recorrer el legajo. Unos pocos minutos más tarde levanté la vista y admití de mala gana:

—Quizá tengas razón... esta vez —no volví a hablar hasta que terminé.

Mi estimado ministro (comenzaba la carta), como!u ha pedido, aquí está mi informe especial acerca de lces experimentos del profesor Hancock, que han tenido resultados tan inesperados y extraordinarios. No he mido tiempo de disponerlo de una manera más ortodoxa, pero le envió el dictado tal como está.

Ya que tiene muchos asuntos que requieren su atención, quizá deba resumir brevemente nuestras negociaciones con el profesor Hancock. Hasta 1955 el profesor tenía la Silla Kelvin en la Facultad de Ingeniería Eléctrica de la Universidad de Brendon, de la cual podía ausentarse indefinidamente para llevar a cabo sus investigaciones. En éstas era acompañado por el difunto doctor Clayton, en un tiempo geólogo jefe del

Ministerio de Combustible y Energía. Su investigación conjunta era financiada por donaciones provenientes de la Fundación Paul y de la Sociedad Real.

El profesor esperaba desarrollar el sonar como un medio de preciso relevamiento geológico. El sonar, como usted sabrá, es el equivalente acústico del radar, y pese a ser menos conocido, es algunos millones de años más antiguo, ya que los murciélagos lo usan con mucha efectividad para detectar de noche insectos y obstáculos. El profesor Hancock intentaba enviar dentro de la tierra pulsos supersónicos de alta energía y partiendo de los ecos que volvieran construir una imagen de lo que yaciera debajo. La imagen sería desplegada en un tubo de rayos catódicos, y todo el sistema sería exactamente análogo al tipo de radar usado en aviación para mostrar la tierra a través de las nubes.

En 1957 los dos científicos habían conseguido un éxito parcial, pero habían agotado sus fondos. A principios de 1958 se dirigieron directamente al Gobierno para pedir una donación en bloque. El doctor Clayton hizo notar el inmenso valor de un invento que nos permitiría tomar una especie de radiografía de la corteza terrestre y el ministro de Combustible le dio su aprobación antes de pasarnos la petición. En esa época se acababa de publicar el informe del Comité Bernal y estábamos muy ansiosos de que los casos merecedores fueran tratados rápidamente para evitar críticas posteriores. Inmediatamente fui a ver al profesor y presenté un informe favorable; el primer pago de nuestra contribución (S/543A/68) se hizo pocos días después. Desde ese momento he estado continuamente al tanto de la investigación y hasta cierto punto he asistido con consejo técnico.

El equipo usado en los experimentos es complejo, pero sus principios son simples. Pulsos de ondas supersónicas muy cortos, pero extremadamente poderosos, son generados por un transmisor especial que gira continuamente en una pileta de un pesado líquido orgánico. El chorro de rayos producido pasa dentro de la tierra y «escudriña» como un rayo de radar, buscando ecos. Por medio de un muy ingenioso circuito retardador, que resistiré la tentación de describir, pueden seleccionarse ecos provenientes de cualquier profundidad entonces, en un tubo de rayos catódicos y a la manera normal, pueden construirse fotos de los estratos.

Cuando conocí al profesor Hancock, su aparato era casi primitivo, pero fue capaz de mostrarme la distribución de rocas hasta una profundidad de varios centenares de pies, y pudimos ver con bastante claridad una parte de la Línea Bakerloo que pasaba muy cerca de su laboratorio. Gran parte del éxito del profesor se debía a la gran intensidad de sus estallidos supersónicos; casi desde el principio fue capaz de generar potencias pico de

varios cientos de kilovatios, la mayoría de los cuales era irradiada hacia el suelo. No era seguro quedarse cerca del transmisor y noté que el piso estaba bastante caliente cerca de él. Me sorprendí un poco al ver un gran número de pájaros en la vecindad, pero descubrí rápidamente que eran atraídos por los centenares de gusanos muertos que yacían en el suelo.

En la época de la muerte del doctor Clayton, en 1960, el equipo estaba funcionando a un nivel de potencia superior a un megavatio y podían obtener fotos bastante buenas de estratos que estaban a una milla por debajo de la superficie. El doctor Clayton había correlacionado los resultados con conocidos relevamientos geológicos, y había probado más allá de toda duda el valor de la información obtenida.

La muerte del doctor Clayton en un accidente automovilístico fue una gran tragedia. Siempre había ejercido una influencia estabilizadora sobre el profesor, que nunca se había interesado mucho en las aplicaciones prácticas de su trabajo. Poco tiempo después noté un nítido cambio en la apariencia del profesor y pocos meses más tarde me confió sus nuevas ambiciones. Traté de persuadirlo para que publicara sus resultados (ya había gastado más de cincuenta mil libras, y el Comité de Cuentas Públicas se estaba poniendo difícil de nuevo, pero él pidió un poco más de tiempo. Creo que puedo explicar mejor su actitud mediante sus propias palabras, las que recuerdo muy vívidamente porque fueron expresadas con peculiar énfasis:

«—¿Nunca se preguntó —dijo— cómo es realmente la Tierra en su interior? Sólo hemos arañado su superficie con nuestras minas y pozos. Lo que yace debajo es tan desconocido como la— otra cara de la Luna.

»Sabemos que la Tierra es innaturalmente densa..., mucho más densa que lo que indicarían las rocas y el suelo de su corteza. El corazón puede ser metal sólido, pero hasta ahora no ha habido manera de determinarlo. Aun a diez millas de profundidad, la presión debe ser de treinta toneladas por pulgada cuadrada, o más, y la temperatura de varios cientos de grados. Cómo es en el centro, hace tambalear la imaginación; la presión debe ser de miles de toneladas por pulgada cuadrada. Es extraño pensar que en dos o tres años habremos llegado a la Luna, pero cuando alcancemos las estrellas seguiremos estando lejos de ese infierno a cuatro mil millas bajo nuestros pies.

»Ahora puedo obtener ecos provenientes de dos millas de profundidad, pero tengo la esperanza de subir el transmisor hasta diez megavatios, en pocos meses. Con esa potencia, estoy convencido de que el alcance se incrementará hasta diez millas; y no quiero detenerme allí.»

Yo estaba impresionado, pero al mismo tiempo me sentía un poco escéptico.

«—Todo está muy bien —dije—, pero seguramente cuanto más profundo vaya habrá menos que ver. La presión hará imposible la existencia de cavidades después de unas pocas millas simplemente habrá una masa homogénea volviéndose más y más densa.»

«—Es muy posible —aceptó el profesor—. Pero todavía puedo aprender un montón de las características de transmisión. ¡De cualquier modo, veremos cuando lleguemos ahí!»

Eso fue hace cuatro meses, y ayer vi el resultado de la búsqueda. Cuando contesté su invitación, el profesor estaba claramente excitado, pero no me dio ningún indicio de lo que había descubierto, si es que había descubierto algo. Me mostró su mejorado equipo levantó el nuevo receptor de su baño. La sensibilidad de los nuevos «pickup» había sido perfeccionada y esto sólo ya había duplicado efectivamente el alcance, arte de la incrementada potencia del transmisor. Era extraño observar todo el almacén de acero girando len mente, y comprender que estaba explorando regiones, pese a su cercanía, el hombre nunca podría alcanzar.

Cuando entramos en el cuartito que contenía el equipo de observación, el profesor estaba extrañamente silencioso. Conectó el transmisor, y aun cuando éste hallaba a cien yardas de distancia, pude sentir un cómodo hormigueo. Luego se iluminó el tubo de rayos catódicos y la base temporal que giraba lentamente dibujó la imagen que yo ya había visto tan a menudo. Ahora, sin embargo, la definición estaba muy mejorada debido al aumento de potencia y sensibilidad del quipo. Ajusté el control de profundidad y lo enfoqué n el subterráneo, que era claramente visible como una elle oscura atravesando la levemente iluminada pantalla. Mientras estaba observando, de repente pareció llenarse de niebla y supe que estaba pasando un tren. En seguida continué el descenso. Pese a que ya había visto esta imagen muchas veces, siempre era pavoroso ver grandes masas luminosas que flotaban hacia ni y saber que eran rocas enterradas, quizá los restos Je los glaciares de hace cincuenta mil años. El doctor Clayton había hecho una carta de forma que pudiera identificar los estratos a medida que los atravesábamos inmediatamente vi que había pasado el suelo aluvial y estaba entrando al gran plato de arcilla que atrapa sostiene el agua artesisana de la ciudad. En seguida, eso también fue dejado atrás, y me estaba dejando caer a través de la roca sólida a casi una milla de la superficie.

La imagen todavía era clara y brillante, pese a que sabía poco que ver, porque ahora había pocos cambios en la estructura terrestre. La presión ya se estaba ovando a mil atmósferas; en seguida sería imposible que cualquier cavidad permaneciera abierta, porque!a misma roca empezaría a fluir. Me hundí milla tras milla, pero sobre la pantalla sólo flotaba una pálida niebla, a veces rota cuando los ecos eran devueltos desde vetas o

filones de un material más denso. Se volvían más y más escasas a medida que aumentaba la profundidad... o si no eran tan pequeñas que ya no se podían ver.

Por supuesto, la escala de la imagen estaba expandiéndose continuamente. Ahora tenía muchas millas de ancho y me sentí como un aviador que mira hacia abajo desde una gran altura, un ininterrumpido techo de nubes. Por un momento, me atrapó una sensación de vértigo mientras pensaba en el abismo dentro del cual estaba mirando. Ya no creo que el mundo vuelva a parecerme sólido.

A la profundidad de diez millas me paré y miré; al profesor. No había habido alteración por cierto tiempo y yo sabía que ahora la roca debía estar comprimida en una masa informe y homogénea. Hice un rápida cálculo mental y me estremecí al pensar que la presión debía ser de treinta toneladas por pulgada cuadrada como mínimo. El pulso explorador giraba ahora más lentamente, porque los débiles ecos tardaban muchos segundos para volver luchando desde las profundidades.

—Bueno, profesor —dije—. Le felicito. Es una hazaña maravillosa. Pero parece que ahora hemos llegado al corazón. No creo que haya ningún cambio desde aquí hasta el centro.

Se sonrió de costado.

—Siga —dijo—. Todavía no ha terminado.

Había algo en su voz que me extrañó y me alarmó. Le miré atentamente por un instante: sus facciones eran apenas visibles en el brillo verde-azulado del tubo de rayos catódicos.

—¿Hasta dónde puede llegar esto? —le pregunté, cuando recommenzó el interminable descenso.

—Quince millas —dijo lacónicamente. Me pregunté cómo lo sabía, porque el último rasgo distintivo que yo había visto con claridad estaba a ocho millas debajo de nosotros. Pero continué la larga caída a través de la roca, girando ahora el trazador más y más lentamente, hasta que hacer una revolución completa le llevó casi cinco minutos. Podía oír al profesor respirando pesadamente detrás de mí, y una vez crujió el respaldo de mi silla cuando lo apretaron sus dedos.

Entonces, de repente, comenzaron a reaparecer en la pantalla marcas muy opacas. Ansioso me incliné hacia adelante, preguntándome si ésta era la primera visión del corazón de hierro del mundo. Con agonizante lentitud, el trazador giró un ángulo recto, y luego otro. Y entonces..., súbitamente, salté de mi silla y grité: “¡Mi Dios!», y me di vuelta para enfrentar al profesor. Sólo una vez en mi vida había recibido tal shock intelectual... hacía quince años, cuando accidentalmente prendí la radio y oí la caída de la primera

bomba atómica. Eso había sido inesperado, pero esto era inconcebible. Porque sobre la pantalla había aparecido un conglomerado de líneas oscuras, cruzando y recruzándose para formar un reticulado perfectamente simétrico.

Sé que no dije nada durante muchos minutos, porque el trazador dio una vuelta completa mientras yo estaba helado por la sorpresa. Entonces el profesor habló con una voz suave, monstruosamente tranquila:

—Quería que lo viera usted mismo antes de decir algo. Esa imagen tiene ahora treinta millas de diámetro y aquellos cuadrados tienen dos o tres millas de lado. Notará que las líneas verticales convergen y que las horizontales se curvan en arcos. Estamos mirando una parte de una enorme estructura de anillos concéntricos el centro debe estar muchas millas al Norte, Es probablemente en la región de Cambridge. Sólo podemos adivinar cuán lejos se extiende en la otra dirección.

—¿Pero qué «es», por el amor de Dios?

—Bueno, es claramente artificial.

—¡Eso es ridículo! ¡A quince millas de profundidad!

El profesor señaló otra vez hacia la pantalla.

—Dios sabe que he hecho todo lo posible —dijo—, Pero no puedo convencerme de que la Naturaleza haya hecho algo como eso.

Yo no tenía nada que decir, y continuó:

—Lo descubrí hace tres días, cuando estaba tratando de encontrar el máximo alcance del equipo. Puedo profundizar más y me inclino a pensar que esta estructura es tan densa que ya no transmitirá mis radiaciones.

»He probado una docena de teorías, pero al final siempre vuelvo a la misma. Sabemos que ahí abajo la presión debe ser de ocho o nueve mil atmósferas, y la temperatura lo bastante alta como para fundir la roca. Pero la materia normal es casi espacio vacío. Supongamos que hubiera vida allá abajo..., no vida orgánica, por supuesto, pero vida basada en materia parcialmente condensada, materia en la cual las capas electrónicas son escasas o directamente no están. ¿Ve lo que quiero decir? Para tales criaturas, aun la roca que está a quince millas de profundidad no ofrecería más resistencia que el agua... y nosotros y nuestro mundo seríamos tan tenues como fantasmas.

—Entonces eso que podemos ver...

—Es una ciudad o su equivalente. Ya ha visto su tamaño; por tanto, puede juzgar por sí mismo la civilización que la debe haber construido. Todo el mundo que conocemos (nuestros océanos y continentes y montañas) no es nada más que una película de niebla que rodea algo que está más allá de nuestro entendimiento.

Ninguno de nosotros dijo nada por un rato. Recuerdo haber sentido una tonta sorpresa por ser uno de los primeros hombres del mundo en conocer la aterradora verdad. Porque de alguna forma yo nunca dudé de que fuera la verdad. Y me pregunté cómo reaccionaría el resto de la humanidad cuando llegara la revelación.

En seguida rompí el silencio.

—Si usted tiene razón —dije—, ¿por qué ellos (sean lo que sean) nunca tomaron contacto con nosotros?

El profesor me miró con cierta compasión.

—Creemos que somos buenos ingenieros —dijo—, ¿pero cómo podríamos alcanzarlos? Además, no estoy del todo seguro de que no haya habido contactos. Piense en todas las criaturas subterráneas de la mitología... gnomos, duendes y todo eso. No, es casi imposible..., lo retiro. Aun así, la idea es bastante sugestiva.

Durante todo ese tiempo no había cambiado el esquema de la pantalla: la confusa malla todavía brillaba ahí, desafiando nuestra cordura. Traté de imaginar calles y edificios, y las criaturas andando entre ellos, criaturas que podían atravesar la roca incandescente como los peces nadan a través del agua. Era fantástico... y entonces recordé lo increíblemente limitado de las variaciones de presiones y temperaturas bajo las cuales existe la raza humana. «Nosotros», no ellos, éramos los duendes, porque casi toda la materia del Universo está a temperaturas de miles o aun de millones de grados.

—Bueno —dije débilmente—, ¿qué hacemos ahora?

El profesor se inclinó ansiosamente hacia adelante.

—Primero debemos aprender mucho más y debemos mantener esto en un silencio absoluto hasta que estemos seguros de los hechos. ¿Puede imaginarse el pánico que habría si se filtrara esta información? Por supuesto, tarde o temprano la verdad es inevitable, pero debemos ser capaces de develarla con lentitud.

«Se habrá dado cuenta de que la parte de relevación geológica de mi trabajo no tiene ahora la menor importancia. Lo primero que tenemos que hacer es construir una cadena de estaciones para encontrar la extensión de la estructura. Las imagino a intervalos de diez millas hacia el Norte, pero me gustaría construir la primera en algún lugar del sur de Londres para ver o extensa que es. Todo el trabajo debe ser tan secreto como la construcción de la primera cadena de radar en las postrimerías de la década del treinta.

»Al mismo tiempo, voy a incrementar otra vez la potencia de mi transmisor. Espero ser capaz de concentrar la salida mucho más estrechamente, y por tanto aumentar en gran medida la concentración de energía. Pero esto implicará todo tipo de dificultades mecánicas y necesitaré ayuda.»

Prometí hacer el máximo posible para obtener ayuda, y el profesor espera que usted mismo pronto pueda visitar su laboratorio. Al mismo tiempo, le envió una fotografía de la pantalla de visión, que si bien no es tan clara como el original, probará, sin ninguna duda, así espero, que nuestras observaciones no estaban equivocadas.

Sé muy bien que nuestra donación a la Sociedad Interplanetaria nos ha llevado peligrosamente cerca del total estimado para este año, pero seguro que aun el cruce del espacio es menos importante que este descubrimiento que puede tener los efectos más profundos sobre la filosofía y el futuro de toda la raza humana.

Me recosté y miré a Karn. En el documento había muchas cosas que yo no entendía, pero las líneas principales eran suficientemente claras.

—Sí —dije—, ¡esto es! ¿Dónde está esa fotografía?

Me la entregó. La calidad era pobre, porque había sido copiada muchas veces antes de llegar a nosotros. Pero el esquema era inconfundible y lo reconocí inmediatamente.

—Eran buenos científicos —dije con admiración—. Eso es Callastheon, sin duda. Así que al fin hemos descubierto la verdad, aunque cuando nos llevó trescientos años.

—¿No es sorprendente —preguntó Karn—, cuando consideras la montaña de cosas que hemos tenido que traducir y la dificultad de copiarla antes de que se evapore?

Por un rato me quedé sentado, en silencio, pensando en la extraña raza cuyas reliquias estábamos examinando. Una sola vez (¿y nunca más?) había ido por el gran respiradero que nuestros ingenieros habían abierto en el Mundo de Sombras. Había sido una experiencia aterradora e inolvidable. Las múltiples capas de mi traje presurizado habían hecho difícil todo movimiento, y pese a mi aislamiento pude sentir el increíble frío que había a mi alrededor.

—¡Qué pena —suspiré— que nuestra urgencia los haya destruido tan completamente! Era una raza inteligente y podríamos haber aprendido mucho de ellos.

—No creo que podamos ser culpables —dijo Karn—. Realmente nunca creímos que algo pudiera existir bajo esas horribles condiciones de casi vacío y tan cerca del cero absoluto. No podía evitarse.

Yo no estaba de acuerdo.

—Yo creo que esto prueba que ellos eran la raza más inteligente. Después de todo, «ellos» nos descubrieron primero. Todos se rieron de mi abuelo cuando dijo que la radiación que había detectado proveniente del Mundo de Sombras debía ser artificial.

Karn pasó uno de sus tentáculos por el manuscrito.

—Ciertamente hemos descubierto la causa de esa radiación —dijo—. Fíjate la fecha..., es sólo un año antes del descubrimiento de tu abuelo. ¡Después de todo el profesor tendría que haber obtenido su donación! —se rió desagradablemente—. Debe haberle dado un shock cuando nos vio salir a la superficie, justo debajo de él.

Apenas oí sus palabras, porque una sensación incómoda me había asaltado repentinamente. Pensé en los miles de millas de roca que había bajo la gran ciudad de Callastheon, que se hacían más calientes y densas a lo largo de todo el camino hasta el desconocido corazón de la Tierra. Entonces me volví hacia Karn.

—No es tan gracioso —dije quedamente—. El próximo turno puede ser nuestro.

EL DESPERTAR

Marlan estaba aburrido, con el aburrimiento definitivo que sólo Utopía podía proporcionar. Se paró delante de la gran ventana y miró fijamente hacia abajo a las nubes ligeras, empujadas por el ventarrón que corría a los pies de la colina de la ciudad. A veces, a través de un desgarrón en la manta blanca que se hinchaba como una ola, podía captar un resplandor de lagos y bosques, y la tortuosa cinta del río que corría a través de la vacía tierra que ahora se molestaba tan poco en visitar. A veinte millas hacia el Oeste, con el color del arco iris bajo la luz del Sol, por encima de las nubes, flotaban los más altos picos de esa montaña artificial que era Ciudad Nueve, una isla de ensueño a la ventura en las frías inmensidades de la estratosfera. Marlan se preguntó cuántos de sus habitantes estarían mirándole indiferentemente, igualmente descontentos de la vida.

Por supuesto, había un modo de escape, y muchos lo habían elegido. Pero era demasiado obvio, y Marlan evitaba lo obvio sobre todas las cosas. Por otra parte, mientras hubiera todavía una posibilidad de que la da pudiera contener alguna experiencia nueva, él no atravesaría la puerta que conducía al olvido.

Fuera de la neblina que se extendía debajo de él, algo brillante y llamativo explotó a través de las nubes se consumió velozmente hacia el azul profundo del cenit. Con ojos opacos, Marlan miró la nave que ascendía: una vez (¡cuánto tiempo atrás!) ser vista le había levantado el ánimo. También él había ido una vez en tales viajes, siguiendo la senda a lo largo de la cual el Hombre había encontrado sus mayores aventuras. Pero ahora no había nada en los doce plantas ni en las cincuenta lunas que uno no pudiera

encontrar en la Tierra. Quizá si sólo hubieran podido alcanzarse las estrellas, la humanidad podría haber evitado el «cul de sac» en el cual estaba ahora atrapada; habría aún interminables perspectivas de exploración y descubrimiento. Pero el espíritu de la especie humana se había desanimado ante las terribles inmensidades del espacio interestelar. El Hombre había alcanzado los planetas cuando aún era joven, pero las estrellas habían permanecido fuera de su alcance para siempre.

Y con todo —Marlan se envaró al pensarlo y miró fijamente a lo largo de la retorcida huella de vapor que marcaba el paso de la nave—, si el Espacio le había derrotado, había todavía otra conquista que intentar. Por un largo rato estuvo parado en silencio pensando, mientras allá abajo el raído borde de la tormenta descubría los contrafuertes y murallas de la ciudad, y debajo de aquéllos, los olvidados campos y bosques que habían sido una vez el único hogar del Hombre.

La idea desafió la ingenuidad científica de Sandrak; se presentaba con interesantes problemas técnicos que le mantendrían ocupado por un año o dos. Ello le daría a Marlan un amplio lapso para conducir sus asuntos o si fuera necesario para cambiar de opinión.

Si Marlan sintió alguna vacilación de último momento, fue demasiado orgulloso para demostrarla mientras se despedía de sus amigos. Ellos habían observado sus planes con morbosa curiosidad, convencidos de que él se estaba gratificando con alguna inusual forma de eutanasia. Mientras la puerta de la pequeña nave espacial se cerraba detrás de Marlan, se fueron caminando lentamente para reanudar el modelo de sus vidas sin objeto, y Roweena lloró, pero no por mucho tiempo.

Mientras Marlan hacía sus preparativos finales, la nave tomó su rumbo automático, ganando velocidad hasta que la Tierra fue un plateado cuarto creciente, luego una estrella que desaparecía gradualmente, perdida contra la gloria mayor del Sol. Elevándose del Mano en el cual se mueven los planetas, la nave apuntaba en dirección a las estrellas hasta que el mismo Sol se hubo convertido en no más que un resplandeciente yunto de luz. Entonces Marlan verificó su velocidad exterior, haciendo girar la nave hacia una órbita que la convertía en el más exterior de los hijos del Sol. Jada la molestaría aquí; circundaría el Sol eternamente a menos que por alguna inconcebible casualidad fuera capturada por un corneta vagabundo.

Por última vez Marlan verificó los instrumentos que sabía construido Sandrak. Luego fue a la cámara interior y selló la pesada puerta de metal. Cuando la abriera nuevamente sería para conocer el secreto del destino humano.

Su mente estaba desprovista de toda emoción mientras yacía sobre el lecho de grueso almohadillado y esperaba que las máquinas hicieran su deber. No escuchó el primer murmullo del gas a través de los respiraderos; pero perdió el conocimiento que se fue como una marea menguante.

Inmediatamente, el aire se escapó arrastrando y silbando fuera de la pequeña cámara, y sus reservas de calor se escurrieron poco a poco en el definitivo frío del espacio exterior. El cambio y la decadencia nunca podrían entrar allí; Marlan yacía en una tumba que sobreviviría a cualquiera de las que el hombre jamás construyera en la Tierra, y podría sobrevivir aun a la misma Tierra. Con todo era más que una tumba, porque las máquinas que llevaba estaban haciendo tiempo y cada cien años un circuito se abría y se cerraba, contando los siglos.

Así dormía Marlan, en el frío crepúsculo más allá de Plutón. No sabía de la vida que se consumía y fluía sobre la Tierra y sus planetas hermanos, mientras los siglos se alargaban en milenios, los milenios en eones. Sobre el mundo que había sido una vez el hogar de Marlan las montañas se desmoronaron y fueron barridas hacia el interior del mar; el hielo bajó arrastrándose desde los polos como lo había hecho tantas veces anteriormente y lo haría muchas otras veces más. Sobre los lechos oceánicos las montañas del futuro se construían capa por capa a partir de la abertura alargada que caía, y en poco tiempo seguían a los olvidados Alpes e Himalayas hacia sus sepulturas.

El Sol había cambiado muy poco, habiendo considerado todas las cosas, cuando el paciente mecanismo de la nave de Marlan se despertó nuevamente de su largo sueño. El aire silbó de vuelta hacia adentro de la cámara, la temperatura trepó lentamente desde la cercanía del cero absoluto hasta el nivel en que la vida podría empezar de nuevo. Dulcemente, las máquinas manipuladoras comenzaron la delicada serie de tareas que deberían revitalizar a su señor.

El, sin embargo, no se conmovió. Durante las largas épocas que habían pasado desde que Marlan comenzara su sueño, algo había fallado entre los circuitos que deberían haberlo despertado. Aun así el prodigio era tan grande que había funcionado correctamente; Marlan aún burlaba a la Muerte, pese a que sus sirvientes nunca le harían volver de sus sueños ligeros y tranquilos.

Y ahora la admirable nave recordaba las órdenes que se le habían dado hacía tanto tiempo. Por un ratito, mientras sus numerosos mecanismos se calentaban lentamente hacia la vida, flotó inerte con la lánguida luz, el Sol brillando sobre sus paredes. Entonces, aún más suavemente, comenzó a recorrer de nuevo el sendero que había trazado cuando el mundo era joven. No verificó su velocidad hasta que estuvo una vez más entre los

planetas interiores, calentándose su metálico casco bajo los rayos del viejo e incansable Sol. Allí comenzó su búsqueda en la zona de temperatura donde una vez había circulado la Tierra; e inmediatamente encontró allí un planeta que no reconoció.

El tamaño era correcto, pero todo lo demás estaba equivocado. ¿Dónde estaban los mares que en una época habían sido la mayor gloria de la Tierra? Ni siquiera habían quedado sus lechos vacíos: el polvo de continentes desaparecidos los había rellenado hacía ya mucho tiempo. Y, sobre todo, ¿dónde estaba la Luna?

En algún lugar de su olvidado pasado se había arrastrado hacia la Tierra y se encontró con su destino, porque ahora el planeta estaba circundado, así como una vez sólo Saturno lo había estado, por un vasto y delgado halo de abrazante polvo.

Por un rato, los controles automáticos exploraron su memoria electrónica mientras la nave examinaba la situación. Entonces pensó decididamente que si una máquina hubiera podido encogerse de hombros, lo habría hecho. Escogiendo al azar un lugar de aterrizaje, cavó suavemente atravesando el delgado aire y se detuvo en una llanura aplanada de erosionada piedra arenisca. Había traído a Marlan al hogar; no podía hacer nada más. Si aún había vida en la Tierra, tarde o temprano lo encontraría.

Y allí, ciertamente, aquellos que eran ahora los señores de la Tierra cayeron pesadamente sobre la nave de Marlan. Sus memorias eran extensas y el empañado ovoide metálico que estaba sobre la arenisca, no les era totalmente extraño. Entre todos afrontaron el hecho con tanta agitación como sus naturalezas se lo permitían y usando sus propias y sorprendentes herramientas comenzaron a abrir las obstinadas paredes hasta que alcanzaron la cámara donde dormía Marlan.

A su manera, eran muy sabios, porque pudieron comprender el propósito de la máquina de Marlan y pudieron determinar dónde ésta había faltado a su deber. En poco tiempo los científicos habían hecho las reparaciones necesarias, pese a que ninguno de ellos tenía muchas esperanzas de éxito. Lo más que podían esperar era que, aunque sólo fuera por poco tiempo, la mente de Marlan pudiera ser traída hasta las fronteras del conocimiento, antes que el Tiempo obtuviera por la fuerza su largamente diferida revancha.

La luz volvió arrastrándose en el cerebro de Marlan con la lentitud de un amanecer invernal. Durante siglos descansó apoyado en las fronteras del conocimiento de su propia existencia, sabiendo que existía, pero sin saber quién era o de dónde había venido. Entonces volvieron fragmentos de memoria y de su personalidad, que se fueron acomodando uno a uno en el intrincado rompecabezas, hasta que Marlan supo que él era... Marlan. Pese a su debilidad, el conocimiento del éxito le produjo una profunda y

ardiente sensación de satisfacción. La curiosidad que le había guiado a través de los siglos, cuando sus compañeros habían elegido el bienaventurado sueño de eutanasia, sería pronto recompensada: Marlan sabría qué especie de hombres habían heredado la Tierra.

La fuerza volvió. Abrió sus ojos. La luz era suave y no le deslumbró, pero por un momento todo fue confuso y nebuloso. En seguida vio figuras que se alzaban oscuras y gradualmente por encima de él y una sensación de maravilla fantástica le invadió, porque recordó que en su retorno a la vida él debería haber estado solo, únicamente con sus máquinas para atenderlo.

Y ahora la escena se enfocó velozmente, y mirándole fijo, sin demostrar ni oposición ni amistad, ni agitación ni indiferencia estaban los insondables ojos de los Vigilantes. Las delgadas figuras, grotescamente articuladas, estaban paradas alrededor de él, en un círculo cerrado y apretado, mirándolo a través de un abismo que ni su mente ni la de ellos nunca podría medir.

Otros hombres hubieran sentido terror, pero Marlan solamente sonrió, un poco tristemente, mientras cerraba sus ojos para siempre. Su indagante espíritu había alcanzado su meta: Marlan ya no tenía más enigmas que proponerle al Tiempo. Porque en el último momento de su vida, mientras los veía esperando a su alrededor, supo que la vieja guerra entre el Hombre y el insecto había terminado hacía tiempo y que el Hombre no era el vencedor.

PROBLEMAS CON LOS NATIVOS

El platillo volante bajó verticalmente atravesando las nubes, se detuvo a cincuenta pies del suelo y aterrizó con un golpe considerable sobre un erial salpicado de brezos.

—Ese —dijo el capitán Wyxtpthll— fue un piojoso aterrizaje.

Por supuesto, no usó precisamente estas palabras. Para oídos humanos, sus frases habrían sonado como cloqueo de una gallina enojada. El piloto mayor, Krthlugg, desató tres de sus tentáculos del panel de control, estiró sus cuatro piernas y se relajó cómodamente.

—I do es culpa mía si de nuevo se atascó el automático —refunfuñó—. ¿Pero qué espera usted de una nave que debió haber sido demolida hace cinco mil años? Si esas cáscaras de queso que llenan formularios allá en el Planeta Base...

—¡Bueno, está bien! Estamos abajo y enteros que es más de lo que yo esperaba. Dígame a Crysteel y a Danstor que vengan aquí. Quiero hablar con ellos antes de que se vayan.

Crysteel y Danstor eran, muy obviamente, de una especie diferente al resto de la tripulación. Sólo tenían un par de piernas y brazos, no tenían ojos en la parte de atrás de la cabeza y otras deficiencias físicas que sus colegas trataban de disimular lo mejor posible. Estos mismos defectos, por supuesto, los habían convertido en la elección obvia para esta misión particular, porque sólo se necesitó un mínimo disfraz para hacerlos pasar como seres humanos bajo cualquier escrutinio, excepto el más riguroso.

—¿Están ahora perfectamente seguros —dijo el capitán— de que entienden sus instrucciones?

—Por supuesto —dijo Crysteel, levemente enfadado—. Esta no es la primera vez que he hecho contacto con una raza primitiva. Mi especialidad es la antropología...

—Bien. ¿Y el idioma?

—Bueno, eso es asunto de Danstor, pero ahora puedo hablarlo con una razonable fluidez. Es un idioma muy simple y, después de todo, hemos estado estudiando sus programas de radio durante un par de años.

—¿Alguna otra cosa antes de irse?

—Este..., hay sólo un asunto —Crysteel dudó levemente—. Por sus transmisiones es bastante obvio que el sistema social es muy primitivo y que el crimen y la ilegalidad son generales. Muchos de sus más ricos ciudadanos tienen que usar lo que denominan «detectives» o «agentes especiales» para proteger sus vidas y propiedades. Sabemos que está en contra de las reglas, pero nos preguntábamos...

—¿Qué?

—Bueno, nos sentiríamos mucho más seguros si pudiéramos llevarnos un par de disruptores Mark III.

—¡Nunca jamás! Me harían una corte marcial si oyeran algo de esto en la Base. Supongan que matan a uno de los nativos..., entonces tendría detrás de mí a la Oficina de Política Interestelar, al Consejo de Conservación de los Aborígenes y a media docena de otros.

—Habría el mismo lío si «nosotros» llegáramos a morir —puntualizó Crysteel con considerable emoción—. Después de todo, usted es responsable de nuestra seguridad.

¿Se acuerda de aquella obra radial de la que le hablé? Describía una familia común, ¡pero hubo dos asesinatos en la primera media hora!

—Oh, muy bien... Pero sólo un Mark II... No queremos que hagan mucho daño si «hay» líos.

—Muchas gracias; es un gran alivio. Informaré cada treinta minutos, según lo convenido. No tardaremos más de un par de horas.

El capitán Wyxtpthll los vio desaparecer sobre la cima de la colina. Suspiró profundamente.

—¿Por qué —dijo— de toda la gente en la nave tenían que ser «esos» dos?

—No se podía evitar —contestó el piloto—. Todas estas razas primitivas se aterrorizan al ver algo extraño. Si nos vieran llegar a «nosotros» habría un pánico general y antes de que supiéramos dónde estamos, las bombas estarían cayendo por encima de nosotros. Simplemente, estas cosas no se pueden precipitar.

El capitán Wyxtpthll estaba distraído haciendo con sus tentáculos una cuna para gatos, como lo hacía cuando estaba preocupado.

—Por supuesto —dijo—, si no regresan, siempre puedo irme e informar que el lugar es peligroso —se alegró considerablemente—. Sí, eso ahorraría un montón de problemas.

—¿Y desperdiciar todos los meses que nos pasamos estudiándolo? —dijo el piloto, escandalizado.

—No serán desperdiciados —replicó el capitán, desenredándose con un latigazo que no podría haber seguido ningún ojo humano—. Nuestro informe será útil para la próxima nave de observación. Sugeriré que hagamos otra visita en... eh, digamos cinco mil años. Para ese entonces el lugar puede estar civilizado... pese a que, francamente, lo dudo.

Samuel Higginsbotham se dedicaba a una porción de queso y sidra cuando vio las dos figuras que se aproximaban cruzando la vereda. Se secó la boca con el dorso de la mano, puso con cuidado la botella al lado de sus herramientas de recortar setos y miró con apacible sorpresa a la pareja, mientras se acercaba.

—Buenas —dijo alegremente entre bocados de queso.

Los forasteros se detuvieron. Uno estaba hojeando subrepticamente un librito que, si Sam hubiera sabido, estaba atestado de frases comunes y expresiones tales como «Antes del pronóstico meteorológico, aquí va un anuncio de ventarrones», «¡Manténgalas arriba..., los tenemos rodeados!» y «¡Llamando a todos los coches!» Danstor, que no tenía necesidad de estos memorándums, replicó con bastante prontitud.

—Buenos días, mi señor —dijo en su mejor acento de B.B.C.—. ¿Podría usted guiarnos a la más próxima aldea, villorrio, pueblecito o cualquier otra comunidad civilizada?

—¿Eh? —dijo Sam. Investigó sospechosamente a los forasteros, dándose cuenta por primera vez de que había algo muy extraño relacionado con sus ropas. Uno no usaba normalmente, anotó con ofuscación, un suéter de cuello volcado con un elegante traje del tipo usado por la gente de la ciudad. Y el tipo que todavía estaba hojeando el librito tenía puesto un traje de noche, que hubiera sido intachable de no ser por la triste corbata verde y roja, las botas con clavos de herradura y la gorra de paño. Crysteel y Danstor habían hecho lo más que podían, pero habían visto demasiadas obras de televisión. Cuando se considera que no tenían otra fuente de información, sus aberraciones sastreriles al menos eran comprensibles.

Sam se rascó la cabeza. Extranjeros, me supongo, se dijo. Ni siquiera los de la ciudad se visten así.

Señaló la ruta y les dio instrucciones explícitas en un acento tan marcado que nadie que viviera fuera del alcance del transmisor de la Regional Oeste de la B.B.C. podría haber entendido más que una palabra de cada tres. A Crysteel y a Danstor, cuyo planeta de origen estaba tan lejos que las primeras señales de Marconi todavía no podrían haber llegado, les fue aún peor. Pero se las arreglaron para captar la idea general y se retiraron tranquilamente, preguntándose si su conocimiento del inglés era tan bueno como habían creído.

Así llegó y así pasó, bastante tranquilo y sin registro en los libros de historia, el primer encuentro entre la humanidad y seres del Exterior.

—¿Supongo —dijo Danstor pensativamente, pero sin mucha convicción— que no serviría? Nos hubiera ahorrado un montón de problemas.

—Me temo que no. A juzgar por su ropa y el trabajo al que estaba obviamente dedicado, no pudo haber sido un ciudadano muy inteligente o valioso. Dudo de hubiera podido siquiera entender quiénes somos. —¡Aquí hay otro! —dijo Danstor, señalando hacia delante.

—No hagas ningún movimiento repentino que pusiera causarle alarma. Camina naturalmente y déjale hablar primero.

El hombre de adelante dio grandes pasos hacia ellos con decisión, no mostró la más leve señal de reconocimiento y antes de que se recobraran ya estaba desapareciendo en la distancia.

—¡Bueno! —dijo Danstor.

—No importa —replicó Crysteel filosóficamente—. Probablemente tampoco nos hubiera servido.

—¡Esa no es excusa para tener malos modales!

Miraron con cierta indignación la espalda del profesor Fitzsimmons, mientras éste, luciendo su más anti equipo de andar y absorto en una parte difícil de la teoría atómica, se empequeñecía en el fondo de la senda. Por primera vez, Crysteel comenzó a sospechar que hacer contacto podría no ser tan simple como ingenuamente había creído.

Little Milton era un típico pueblo inglés, que reposaba al pie de las colinas cuyas más altas laderas ocultaban ahora un secreto tan portentoso. Había muy poca gente paseando en esta mañana de verano, porque los hombres ya estaban en el trabajo y las mujeres todavía estaban recobrándose de la agobiante tarea de sacar a sus dueños y señores del camino, sanos y salvos. consecuentemente Crysteel y Danstor casi habían alcanzado el centro del pueblo antes de su primer encuentro, que resultó ser con el cartero del pueblo, que pedaleaba de vuelta a su oficina después de completar la ronda. Estaba de muy mal humor, pues había tenido que entregar una postal de un penique en la granja de Dodgson, a un par de millas fuera de su ruta normal. Además, el paquete semanal de ropa blanca que Gunner Evans le enviaba a su chocheante madre había sido más pesado de lo normal, como no podía ser de otra manera, ya que contenía cuatro latas de excelente carne de buey robadas de la charcutería.

—Perdóneme —dijo Danstor cortésmente.

—No puedo parar —dijo el cartero, sin humor para una conversación accidental—. Tengo que hacer otra vuelta —y se fue.

—¡Realmente, esto es el colmo! —protestó Danstor—. ¿Van a ser todos así?

—Simplemente debes ser paciente —dijo Crysteel—. Recuerda que sus costumbres son algo diferentes de las nuestras; ganarse su confianza puede llevar algún tiempo. Ya he tenido anteriormente este tipo de problemas con razas primitivas. Todo antropólogo debe acostumbrarse a eso.

—Hum —dijo Danstor—. Sugiero que llamemos en alguna de sus casas. No podrán salir corriendo.

—Muy bien —aceptó Crysteel dubitativamente—. Pero evita cualquier cosa que parezca una capilla religiosa; de otro modo nos meteremos en líos.

La casa de reunión de la vieja viuda Tomkins difícilmente podría ser confundida, aun por los menos experimentados exploradores, con tal cosa.

La vieja dama estaba agradablemente excitada al ver a dos caballeros parados sobre el escalón de su puerta y no notó absolutamente nada extraño acerca de sus ropas.

Visiones, de legados inesperados, de reporteros preguntándole acerca de su centésimo primer cumpleaños (en realidad tenía sólo noventa y cinco, pero se las había arreglado para mantenerlo oculto), brillaron a través de su mente. Recogió la pizarra que guardaba colgada cerca de la puerta y avanzó alegremente para saludar a sus visitantes.

—Tendrán que escribirlo —se sonrió, sosteniendo la pizarra—. He estado sorda estos últimos años. —Crysteel y Danstor se miraron uno al otro con espanto. Este era un choque completamente inesperado, porque los únicos caracteres escritos que habían visto jamás eran anuncios de programas de televisión y nunca los habían descifrado en su totalidad. Pero Danstor, que tenía una memoria casi fotográfica, estuvo a la altura de las circunstancias. Sosteniendo difícilmente la tiza, escribió una frase que tenía razones para creer que era de uso común durante tales contratiempos en comunicación. Mientras sus misteriosos visitantes se alejaban caminando tristemente, la vieja señora Tomkins miró perdida e inútilmente las marcas sobre la pizarra. Pasó algún tiempo hasta que pudo descifrar los caracteres (Danstor había cometido varios errores) aun entonces ella no entendió mucho más.

LAS TRANSMISIONES SERÁN REANUDADAS TAN PRONTO COMO SEA POSIBLE.

Era lo mejor que pudo hacer Danstor; pero la vieja dama nunca llegó al fondo de la cuestión.

No tuvieron mucha más suerte en la siguiente casa que intentaron. La llamada fue atendida por una señorita cuyo vocabulario consistía, en su mayor parte, de risas tontas y que eventualmente se quebró por completo y les cerró la puerta en las narices. Mientras acuchaban la risa confusa e histérica, Crysteel y Danstor comenzaron a sospechar, con naufragante ánimo, que su disfraz de seres humanos normales no era tan efectivo como habían pretendido.

En el número 3, por el contrario, la señora Smith sólo tenía muchas ganas de hablar..., a ciento veinte palabras por minuto, con un acento tan impenetrable como el de Sam Higginsbotham. Danstor presentó sus excusas tan pronto como pudo decir una palabra en una interrupción y se alejó.

—¿Habrà alguien que hable como lo hacen en la radio? —se lamentó—. ¿Cómo entienden sus propios programas si todos hablan así?

—Creo que debemos haber aterrizado en el lugar equivocado —dijo Crysteel, comenzando a decaer en su optimismo. Cedió aún más cuando fue confundido, en lápida

sucesión, con un investigador de la Encuesta Gallup, con el futuro candidato conservador, con un vendedor de aspiradoras y con un traficante del mercado negro local.

Al sexto o séptimo intento se les acabaron las amas de casa. La puerta fue abierta por un joven pandillero que apretaba en una gorra pegajosa un objeto que de inmediato hipnotizó a los visitantes. Era una revista cuya tapa mostraba un cohete gigante ascendiendo desde un planeta tachonado de cráteres que, fuera lo que fuera, obviamente no era la Tierra. A través del fondo se leían las palabras: «Sorprendentes Cuentos de Pseudociencia. Precio, 25 centavos.»

Crysteel miró a Danstor con una expresión: «¿Estás pensando lo que yo pienso?», que el otro devolvió. Finalmente, aquí, seguro, había alguien que podía entenderles. Con mejor ánimo, Danstor se dirigió al joven.

—Creo que usted puede ayudarnos —dijo cortésmente—. Nos resulta muy difícil hacernos entender aquí. Sabe, acabamos de aterrizar en este planeta, provenientes del espacio, y queremos comunicarnos con su gobierno.

—¡Oh! —dijo Jimmy Williams, sin haber vuelto todavía completamente a la Tierra, proveniente de sus efímeras aventuras entre las lunas exteriores de Saturno—. ¿Dónde está su nave espacial?

—Está arriba, en las colinas; no queríamos espantar a nadie.

—¿Es un cohete?

—No, por favor. Están solitarios desde hace miles de años.

—Entonces, ¿cómo funciona? ¿Usa energía atómica?

—Supongo que sí —dijo Danstor, que tambaleaba bastante en física—. ¿Hay alguna otra forma de energía?

—Esto no nos lleva a ninguna parte —dijo Crysteel, impaciente por única vez—. Tenemos que hacerle preguntas a él. Trata de averiguar dónde podemos encontrar a algún oficial.

Antes de que Danstor pudiera contestar, una voz estentórea vino desde el interior de la casa.

—¡Jimmy! ¿Quién está ahí?

—Dos... hombres —dijo Jimmy, dudando un poco. Al menos, parecen hombres. Vienen de Marte. Siempre dije que esto iba a suceder.

Hubo un sonido de pesados movimientos y una dama de porte paquidérmico y aire feroz apareció en la oscuridad. Echó una mirada de indignación a los forasteros, miró la revista que llevaba Jimmy y resumió la situación.

—¡Deberían avergonzarse! —gritó, moviéndose alrededor de Crvsteel y Danstor—. Ya es bastante malo tener en la casa un hijo bueno-para-nada que pierde rudo su tiempo leyendo esa basura, sino hombres crecidos que vengan a ponerle ideas en la cabeza. ¡Hombres de Marte, sí! ¡Supongo que han venido en uno de esos platillos voladores!

—Pero yo nunca he mencionado a Marte —protestó Danstor débilmente.

¡Slam! Desde detrás de la puerta llegó el sonido de un violento altercado y el inconfundible ruido del papel que se rompe y un gemido de dolor. Y eso fue todo.

—Bueno —dijo al final Danstor— ¿Qué intentamos ahora? ¿Y por qué dijo que veníamos de Marte? Ese ni siquiera es el planeta más cercano, si recuerdo correctamente.

—No lo sé —dijo Crvsteel—. Pero supongo que es natural que crean que veníamos de algún planeta cercano. ¡Van a sufrir un buen shock cuando conozcan la verdad! ¡Marte, sí! Allí es aún peor que aquí, de acuerdo con los informes que vi. —Obviamente, estaba empezando a perder algo de su personalidad científica.

—Abandonemos las casas por un tiempo —dijo Danstor. Afuera debe haber más gente.

Esta aseveración probó ser perfectamente cierta, porque no se habían alejado mucho antes de encontrarse rodeados por chiquillos que hacían observaciones incomprensibles, pero obviamente groseras.

—¿Debemos tratar de calmarlos con regalos? —dijo Danstor con ansiedad—. Eso generalmente funciona entre razas más atrasadas.

—¿Bueno, has traído alguno?

—No; creí que tú...

Antes de que Danstor pudiera terminar, sus torturadores tomaron las de Villadiego y desaparecieron por una calle lateral. Una majestuosa figura de uniforme azul venía por la calle.

Los ojos de Crvsteel se encendieron.

—¡Un policía! —dijo—. Probablemente vengo a investigar un asesinato en alguna parte. Pero quizá pueda dedicarnos un minuto —agregó, no muy esperanzado.

P. C. Hinks miró a los extraños con cierto asombro, pero se las arregló para mantener sus sentimientos fuera de su voz.

—Hola, gente. ¿Buscando algo?

—En realidad, sí —dijo Danstor, en su más amistoso y dulce tono de voz—. Quizá usted pueda ayudarnos. Sabe, acabamos de aterrizar en este planeta y queremos hacer contacto con las autoridades.

—¿Eh?— dijo P. C. Hinks, sorprendido. Hubo una larga pausa..., pero no demasiado larga porque P. C. Hinks era una joven policía brillante que no tenía ninguna intención de seguir siendo un policía de pueblo toda su vida—. Así que acaban de aterrizar, ¿no? En una nave espacial, supongo.

—Correcto —dijo Danstor, inmediatamente aliviado por la ausencia de la incredulidad, e incluso violencia, que tantas veces había provocado tal anuncio en los planetas más primitivos.

—¡Bueno, bueno! —dijo P. C. Hinks en tono que esperó que inspirarían confianza y sentimientos de amistad (no es que importara mucho si ambos se ponían violentos..., parecían una pareja bastante delgaducha)—. Sólo díganme lo que quieren y veré qué puedo hacer al respecto.

—Estoy tan agradecido —dijo Danstor—. Sabe, hemos aterrizado en este lugar tan remoto porque no queremos crear pánico. Sería mejor que nuestra presencia fuera conocida por el menor número de personas posible, hasta que nos hayamos comunicado con el gobierno.

—Comprendo —replicó P. C. Hinks, mirando desesperadamente a su alrededor para ver si había alguien con quien poder mandar un mensaje a su sargento ¿Y entonces qué proponen?

—Me temo que yo no pueda discutir nuestra política a largo plazo relativa a la Tierra —dijo Danstor, acorralado—. Todo lo que puedo decir es que se está relevando esta sección del Universo y que se la está abriendo al desarrollo, y estamos seguros de que les podemos ayudar de muchas maneras.

—Eso es muy amable de su parte —dijo P. C. Hinks de todo corazón—. Creo que lo mejor que pueden hacer es venir conmigo a la estación de modo que podamos conseguir una llamada con el primer ministro.

—Muchas gracias —dijo Danstor, lleno de gratitud. Caminaron confiadamente al lado de P. C. Hinks, pese a su ligera tendencia a mantenerse detrás de ellos, hasta que llegaron a la estación de policía del pueblo.

—Por aquí, caballeros —dijo P. C. Hinks, introduciéndoles cortésmente en un habitación que estaba bastante pobremente iluminada, aun comparada con los algo primitivos ambientes que ellos habían esperado encontrar. Antes que pudieran acostumbrarse completamente a lo que les rodeaba, se escuchó un «click» y se encontraron separados de su guía por una ancha puerta compuesta enteramente de barras de hierro.

—Ahora no se preocupen —dijo P. C. Hinks.— Todo estará bien. Volveré en un minuto.

Crysteel y Danstor se miraron entre sí con una expresión de duda que rápidamente se convirtió en terrible certeza.

—¡Estamos encerrados!

—¡Esto es una prisión!

—¿Qué vamos a hacer ahora?

—Yo no sé si ustedes entienden inglés —dijo una lánguida voz desde la oscuridad—, pero muy bien podrían dejar al prójimo dormir en paz.

Por primera vez, los dos prisioneros vieron que no estaban solos. Acostado sobre una cama en un rincón de la celda había un hombre joven algo arruinado que los miraba confusamente con una expresión resentida.

—¡Mi Dios! —dijo Danstor con nerviosismo—. ¿Supones que es un criminal peligroso?

—No parece muy peligroso por el momento —dijo Crysteel con más precisión de lo que suponía.

—¿Y por qué están adentro «ustedes»? —preguntó el desconocido, sentándose con poca firmeza—. Visten como si hubieran ido a un baile de disfraz. ¡Oh, mi pobre cabeza! —y cayó nuevamente boca abajo.

—¡Imagínate encerrar a alguien tan enfermo como éste!— dijo Danstor, que era un individuo dotado de buen corazón. Luego continuó—: No sé por qué estamos aquí. Sólo le dijimos al policía quiénes éramos y de dónde veníamos, y esto es lo que pasó.

—Bueno, ¿quiénes son ustedes?

—Acabamos de aterrizar...

—¡Oh, no tiene sentido pasar por todo eso de nuevo! —interrumpió Crysteel—. Nunca convenceremos a nadie.

—¡Hey! —dijo el desconocido, sentándose una vez más—. ¿Qué idioma es ese que están hablando? Conozco algunos, pero nunca oí nada parecido.

—Oh, está bien —le dijo Crysteel a Danstor—. Puedes decírselo. Total, no hay nada que hacer hasta que vuelva ese policía.

En ese momento, P. C. Hinks estaba ocupado en una ardorosa conversación con el superintendente del asilo mental local, que vigorosamente insistía en que todos sus pacientes estaban presentes. Sin embargo, prometió una cuidadosa verificación y que llamaría más tarde.

Preguntándose si todo no sería una broma pesada, P. C. Hinks colgó el receptor y tranquilamente emprendió el camino hacia las celdas. Los tres prisioneros parecían estar ocupados en una amistosa conversación, por lo que se alejó de puntillas. A todos les haría bien tener una oportunidad para calmarse. Se frotó cariñosamente el ojo al recordar

qué batalla había sido meter al señor Graham en la celda durante las primeras horas de la mañana.

Aquel joven estaba ahora razonablemente sobrio, después de las celebraciones de la noche anterior, las cuales no lamentaba en lo más mínimo. (Después de todo, era un acontecimiento cuando uno por fin se graduaba y sacaba sobresaliente cuando sólo se esperaba un aprobado.) Pero comenzó a temer que todavía estuviera bajo esa influencia, mientras Danstor desplegaba su relato y esperaba, sin tener esperanzas de que le creyeran.

En estas circunstancias, pensó Graham, lo mejor que se podía hacer era portarse lo más normalmente posible, hasta que las alucinaciones se sintieran hartas y se fueran.

—Si en realidad tienen una nave espacial sobre las colinas —remarcó—, seguro que pueden comunicarse con ella y pedirle a alguien que venga a rescatarles, ¿no?

—Queremos manejar esta situación nosotros solos —dijo Crysteel con dignidad—. Además, usted no conoce a nuestro capitán.

Sonaban muy convincentes, pensó Granma. Toda la historia concordaba notablemente bien. Y aun así...

—Me resulta un poco difícil creer que puedan construir naves interestelares, pero no puedan salir de la miserable estación de policía de un pueblo.

Danstor miró a Crysteel, que tembló incómodamente.

—Podríamos salir con mucha facilidad —dijo el antropólogo—. Pero no queremos utilizar recursos violentos a menos que sea absolutamente necesario. No tiene idea de los problemas que trae y los informes que tendríamos que llenar. Además, si llegáramos a salir, supongo que su Escuadrón Volante nos atraparía antes de que estuviéramos de vuelta en la nave.

—No en Little Milton —sonrió Graham—. Especialmente si pudiéramos llegar al «White Hart» sin que nos detengan. Mi coche está allí.

—¡Oh! —dijo Danstor, con el ánimo reviviendo repentinamente. Se volvió hacia su compañero y siguió una animada discusión. Luego, cautelosamente, sacó de un bolsillo interno un pequeño cilindro negro, manipulándolo con la misma seguridad que tendría una solterona nerviosa sosteniendo por primera vez en su vida un revólver cargado. Simultáneamente, Crysteel se retiró hacia el rincón más alejado de la celda.

Fue en este preciso momento en que Graham supo, con repentina y fría certeza, que estaba tan sobrio como una piedra y que la historia que había oído no era nada menos que la verdad.

No hubo escándalo ni molestias, no hubo ráfagas de chispas eléctricas ni rayos de colores..., pero una sección de pared de tres pies de diámetro se disolvió y formó una pequeña pirámide de arena. La luz del Sol entró corriendo a la celda mientras, con un gran suspiro de alivio, Danstor guardaba la misteriosa arma.

—Bueno, vamos —le apuró—. Le estamos esperando.

No hubo señales de persecución porque P. C. Hinks todavía estaba en el teléfono, discutiendo, y pasarían todavía varios minutos hasta que aquel brillante joven retornara a las celdas y recibiera el impacto más grande de su carrera oficial. En el «White Hart» ninguno estuvo particularmente sorprendido de ver nuevamente a Graham; todos sabían dónde y cómo había pasado la noche y expresaron la esperanza de que el Tribunal de Justicia local sería benigno con él cuando apareciera su caso.

Con grandes recelos, Crysteel y Danstor treparon a la parte de atrás del increíblemente despedazado Bentley, al que Graham llamaba afectuosamente «Rose». Pero no había nada malo en el motor que había bajo el herrumbroso bonete, y en seguida se alejaron de Little Milton rugiendo a cincuenta millas por hora. Era una sorprendente demostración de la relatividad de la velocidad, porque Crysteel y Danstor, que habían pasado los últimos años viajando tranquilamente a través del espacio a varios millones de millas por segundo, en toda su vida nunca habían estado tan aterrorizados. Cuando Crysteel recobró su aliento, sacó su pequeño transmisor portátil y llamó a la nave.

—Estamos de vuelta —gritó por sobre el rugido del viento—. Tenemos con nosotros un ser humano medianamente inteligente. Espérennos en... ¡whoops!..., perdón..., acabamos de pasar un puente..., alrededor de diez minutos. ¿Qué fue eso? No, por supuesto que no. No tuvimos el más leve problema. Todo salió perfectamente bien. «Adiós».

Sólo una vez Graham miró hacia atrás para ver cómo iban sus pasajeros. La vista fue un tanto inquietante porque sus orejas y su pelo (que no habían sido pegados muy firmemente) se habían volado, y habían comenzado a aparecer sus reales personalidades. Graham comenzó a sospechar, algo incómodo, que sus nuevas amistades tampoco tenían nariz. ¡Oh, bueno!, con la práctica uno podía acostumbrarse a cualquier cosa. Iba a haber mucho de eso en los años que vendrían.

El resto, por supuesto, todos ustedes lo conocen; pero no la historia completa del primer aterrizaje sobre la Tierra y las peculiares circunstancias bajo las cuales el embajador Graham se convirtió en representante de la humanidad ante todo el Universo, nunca se habían contado antes. Extrajimos los detalles principales, con una buena dosis

de persuasión, de los mismos Crysteel. Danstor mientras trabajábamos en el Departamento de Asuntos Extraterrestres.

Era comprensible, en vista de su éxito en la Tierra, que sus superiores los hubieran elegido para hacer el primera primer contacto con nuestros misteriosos y reservados vecinos, los marcianos. Es también comprensible, a la luz de la evidencia precedente, que fueran tan remisos ha embarcarse en esta última misión, y realmente no estamos sorprendidos de que desde entonces no se haya oído nada de ellos.

LA MALDICIÓN

Durante trescientos años, mientras su fama se extendía por todo el mundo, la pequeña ciudad había permanecido aquí sobre la curva del río. El tiempo y los cambios la habían afectado ligeramente; había oído desde muy lejos tanto la llegada de la Armada como la caída del Tercer Reich, y todas las guerras del Hombre la habían perdonado.

Ahora se había ido, como si no hubiera estado nunca. En un instante, el afán y el tesoro de siglos habían sido barridos para siempre. Las calles desvanecidas todavía podían verse como débiles mareas sobre la tierra vitrificada, pero nada quedó de las casas. Acero y cemento, argamasa y roble viejo..., poco importó al final. Permanecieron juntos en el momento de la muerte, transfigurados por el deslumbramiento que la bomba produjo al detonar. Entonces, aun antes de que pudieran saltar en llamas, las ondas expansivas les alcanzaron y dejaron de existir. Milla tras milla, el voraz hemisferio en llamas se había expandido sobre los nivelados campos de labranza y desde su corazón se había elevado el retorcido mástil del tótem que había obsesionado las mentes humanas durante tanto tiempo y con tan poca utilidad.

El cohete había sido una bala perdida, uno de los últimos en ser disparado. Era difícil decir hacia qué blanco había sido dirigido. No a Londres, por cierto, porque Londres ya no era un objetivo militar. Londres, en realidad, ya no era absolutamente nada. Hacía rato que los hombres que tenían esa obligación habían calculado que tres de las bombas de hidrógeno serían suficientes para aquel blanco tan pequeño. Al enviar veinte habían sido quizá un poco más que celosos de su deber.

Esta no era una de las veinte que tan bien habían hecho su trabajo. Tanto su destino como su origen eran desconocidos: ¿había llegado atravesando los solitarios desiertos

del Ártico o desde muy alto sobre el Atlántico? Nadie podía decirlo y a pocos les importaba ahora. En un tiempo había habido hombres que habían sabido tales cosas, que habían vigilado desde lejos el vuelo de los grandes proyectiles y enviado sus propios misiles para encontrarlos. Esa cita se había concertado con frecuencia, muy alto sobre la Tierra, donde el firmamento era negro y el Sol y las estrellas compartían juntos los cielos. Entonces, esa indescriptible llama había florecido durante un instante, enviando hacia el espacio un mensaje que en los siglos venideros otros ojos que los del Hombre verían y entenderían.

Pero habían pasado días desde ese acontecimiento, al principio de la guerra. Los defensores habían sido barridos a un lado hacía ya mucho tiempo, como sabían que debía ser. Se habían aferrado a la vida lo suficiente como para cumplir su deber; demasiado tarde, el enemigo había comprendido su error. Ya no enviaría más cohetes; aquellos que todavía estaban cayendo los habían despachado hacía horas en trayectorias secretas que los habían conducido muy fuera del espacio. Ahora volvían inertes y sin guía, esperando en vano las señales que deberían dirigirlos hacia sus destinos. Uno por uno caían al azar sobre un mundo al que ya no podrían hacerle daño.

El río ya había inundado sus riberas; en algún lugar de su curso el terreno había cedido bajo aquel colosal martillazo y el camino al mar ya no estaba abierto. El polvo caía todavía en una fina lluvia, como lo haría durante muchos días, mientras las ciudades y los tesoros del Hombre volvían al mundo que los había hecho nacer. Pero el cielo ya no estaba totalmente oscurecido y en el Oeste el Sol se afirmaba a través de coléricos bancos de nubes.

Aquí, sobre el borde del río, se había levantado una iglesia, y pese a que no quedaban ni trazas del edificio, las lápidas que los años habían reunido a su alrededor marcaban todavía su localización. Las planchas de piedra yacían ahora en filas paralelas, quebradas a la altura de sus bases y apuntando silenciosamente a lo largo de la línea de la explosión. Algunas estaban medio aplastadas dentro de la tierra, otras se habían resquebrajado y ampollado por el espantoso calor, pero muchas todavía contenían los mensajes que en vano habían conducido a través de los siglos.

La luz murió en el Oeste y el carmesí artificial se desvaneció del cielo. Aun así, las palabras grabadas todavía podían leerse claramente, iluminadas por un resplandor firme y constante, demasiado débil para ser visto de día, pero lo suficientemente fuerte como para desterrar la noche. La tierra ardía: en varias millas el brillo de su radiactividad se reflejaba en las nubes. A través del paisaje débilmente iluminado se retorció la oscura cinta del río, que se ensanchaba más y más, y mientras las aguas inundaban la región,

ese brillo mortecino continuaba en sus profundidades, inmutable. En una generación, quizá desaparecería de la vista, pero podrían pasar cien años antes que la vida pudiera caminar por esta senda, sana y salva.

Tímidamente, las aguas tocaron la gastada lápida que había estado ante el altar por más de trescientos años. La iglesia que la había refugiado durante tanto tiempo al fin le había proporcionado alguna protección, y sólo una leve decoloración de la roca hablaba de los fuegos que habían pasado por allí. A la luz cadavérica de la moribunda tierra, todavía podían rastrearse las arcaicas palabras, mientras las aguas subían a su alrededor, rompiéndose finalmente en pequeñas olas que atravesaban la piedra. El epitafio que tantos millones habían contemplado se deslizaba línea tras línea bajo las aguas conquistadoras. Durante un breve tiempo las letra, pudieron verse débilmente; luego se fueron para siempre.

Buen amigo, por amor de Dios abstente
de cavar el polvo aquí rodeado;
bendito sea el hombre que conserva estas piedras
y maldito aquel que mueva mis huesos.

Imperturbable por toda la eternidad, el poeta podía ahora dormir en paz: en el silencio y la oscuridad que había sobre su cabeza, el Avon estaba buscando su nuevo desagüe al mar.

FLECHA DEL TIEMPO

El río estaba muerto y el lago ya se moría cuando el monstruo llegó al seco curso de agua y se volvió hacia la desolada llanura de limo. No había muchos lugares donde se pudiera caminar con seguridad, y aun donde la tierra era más dura los grandes pistones de sus pies se hundían bajo el gran peso que soportaban. Se había detenido algunas veces, vigilando el paisaje con movimientos rápidos como los de un pájaro. Entonces se había hundido más en el deslizante terreno, de modo que cincuenta millones de años más tarde los hombres podrían juzgar con cierta precisión la duración de sus detenciones.

Porque las aguas no habían vuelto nunca y el Sol ardiente había calcinado el limo hasta convertirlo en roca. Aún más tarde, el desierto se había derramado sobre toda esta región, sellándola bajo protectoras capas de arena. Y más tarde (mucho más tarde) había llegado el Hombre.

—¿Crees tú —gritó Barton por encima del estruendo— que el profesor Fowler se hizo paleontólogo porque le gusta jugar con taladros neumáticos? ¿O adquirió después la afición?

—¡No puedo escucharte! —gritó Davis, inclinándose sobre su pala en una «pose» completamente profesional. Miró su reloj esperanzadamente.

—¿Le digo que es hora de cenar? No puede usar reloj cuando está taladrando, así que no se dará cuenta.

—Dudo que funcione —chilló Barton—. Ya nos conoce y siempre agrega diez minutos extra. Pero será un cambio dentro de este cavar infernal.

Con notable entusiasmo, los geólogos bajaron las herramientas y comenzaron a caminar hacia su jefe. Mientras se acercaban, él apagó el taladro y sobre ellos descendió un relativo silencio, sólo quebrado por el latir del compresor en el fondo.

—Es hora de que volvamos al campamento, profesor —dijo Davis ocultando casualmente detrás de la espalda su reloj de pulsera—. Usted sabe qué dice el cocinero si llegamos tarde.

El profesor Fowler, M.A., FR.S., F.G.S., limpió algo, pero no todo, del polvo ocre de su frente. En cualquier lado hubiera pasado por un típico peón de excavación y los ocasionales visitantes raramente reconocían al vicepresidente de la Sociedad Geológica en el musculoso y semidesnudo trabajador agachado sobre su amada taladro neumático.

Le había llevado casi un mes sacar la piedra arenisca hasta llegar a las petrificadas llanuras de limo. Durante ese tiempo fueron expuestos varios centenares de pies cuadrados, revelando una congelación instantánea del pasado, que probablemente era la mejor de las descubiertas hasta el momento por la paleontología. Algunas veintenas de pájaros y reptiles habían llegado aquí en busca del agua que se alejaba y habían dejado la huella de sus pisadas como un perpetuo monumento. Después de que hubieran perecido sus cuerpos. Casi todas las huellas habían sido identificadas, pero un gir de ellas (la más grande de todas) era nueva para la ciencia. Perteneía a una bestia que debería haber pesado veinte o treinta toneladas, y el profesor Fowler estaba siguiendo la pista de cincuenta millones de años de antigüedad con todas las emociones de un cazador de caza mayor que rastreara su presa. Incluso había esperar de alcanzarla porque el

terreno debía haber sido traicionero cuando el desconocido monstruo siguió este camino, y sus huesos podrían estar al alcance de la mano marcando el lugar donde habría sido atrapado, como lo habían sido tantas otras criaturas de su tiempo.

Pese a la ayuda mecánica disponible, el trabajo era muy pesado. Sólo las capas superiores podían ser removidas por las potentes herramientas, y el descubrimiento final debía hacerse a mano con el más extremo cuidado. El profesor Fowler tenía buenas razones para insistir en que él debía hacer solo la perforación preliminar, porque el mínimo desliz podría causar un daño irreparable.

Los tres hombres estaban a mitad del camino de vuelta al campamento base balanceándose sobre la áspera ruta en el despedazado jeep de la expedición, cuando Davis hizo la pregunta que les había estado intrigando desde que había comenzado el trabajo.

—Tengo la ligera impresión —dijo— de que no le gustamos a nuestros vecinos, los del valle, pese a que no puedo imaginarme por qué. No nos estamos interfiriendo en su vida y al menos podrían tener la decencia de invitarnos.

—A menos, por supuesto, que «sea» una planta de investigaciones de guerra —agregó Barton, haciéndose eco de una teoría generalmente aceptada.

—No lo creo así —dijo el profesor Fowler con suavidad—. Porque sucede que acabo de recibir una invitación. Mañana voy por allí.

Si esta bomba no tuvo el resultado esperado fue gracias al eficiente sistema de espionaje de su estado mayor. Durante unos instantes, Davis reflexionó sobre esta confirmación de sus sospechas, y luego continuó con una ligera tos.

—Entonces, ¿no invitaron a nadie más?

El profesor sonrió ante esta intencionada insinuación.

—No —dijo—. Es una invitación estrictamente personal. Sé que ustedes, muchachos, se están muriendo de curiosidad, pero, francamente, no sé más que ustedes al respecto. Si tengo noticias, mañana se las comunicaré. Pero al menos hemos descubierto quién está dirigiendo el establecimiento.

Sus asistentes aguzaron el oído.

—¿Quién es? —preguntó Barton—. Mi sospecha es que era la Autoridad de Desarrollo Atómico.

—Podrías tener razón —dijo el profesor—. De cualquier manera, Henderson y Barnes están al cargo de todo.

Esta vez la bomba efectivamente explotó; tanto que Davis casi sacó el jeep fuera de la carretera...; no es que eso hiciera mucha diferencia, siendo la ruta lo que era.

—¿Henderson y Barnes? ¿En «este» agujero abandonado por Dios?

—Así es —dijo alegremente el profesor—. En realidad, la invitación fue de Barnes. Se disculpó por no habernos hablado antes, dio las excusas habituales y preguntó si podía caerme por allí para charlar un rato.

—¿Dijo qué están haciendo?

—No; ni una palabra.

—¿Barnes y Henderson? —dijo Barton pensativamente—. No sé mucho de ellos, excepto que son físicos. ¿Cuál es su especialidad?

—Son «los» expertos en la física de bajas temperaturas —contestó Davis—. Henderson fue director del Cavendish durante años. Escribió un montón de cartas a «Nature» no hace mucho. Si mal no recuerdo, todas eran sobre el Helio II.

Barton, al que no le gustaban los físicos y lo decía siempre que era posible, no estaba impresionado.

—Ni siquiera sé qué es el Helio II —dijo afectadamente—. Lo que es más, tampoco estoy muy seguro de querer saberlo.

Esto estaba dirigido a Davis, que una vez se había graduado en un curso de física en, como él explicaba, un momento de debilidad. El «momento» había durado varios años antes de que fuera llamado a la geología a través de tortuosas rutas, y siempre recordaba su primer amor.

—Es una forma de hielo líquido que existe solamente a pocos grados sobre el cero absoluto. Tiene las propiedades más extraordinarias..., pero por lo que puedo juzgar ninguna de ellas puede explicar la presencia de dos descollantes físicos en este rincón del globo.

Ya habían llegado al campamento y Davis detuvo el jeep con el habitual golpe en el espacio de estacionamiento. Sacudió la cabeza con fastidio mientras chocaba con el camión de delante un poco más violentamente que de costumbre.

—Estas gomas están casi acabadas. ¿Todavía no llegaron las nuevas?

—Llegaron en el helicóptero esta mañana, con una desesperada nota de Andrews deseando que esta vez las hagas durar un mínimo de quince días.

—¡Bien! Las colocaré esta noche.

El profesor estaba caminando más adelante; ahora se volvió para unirse a sus asistentes.

—No tenías por qué apurarte, Jim —dijo con tristeza—. Otra vez hay «corned-beef».

Sería de lo más injusto decir que Barton y Davis trabajaron menos porque no estaba el profesor. Probablemente trabajaron bastante más duro que lo normal, ya que, en ausencia del jefe, los jornaleros nativos necesitaban doble supervisión. Pero no había duda de que se las arreglaron para encontrar tiempo para tener una larga conversación.

Desde que se habían unido al profesor Fowler, los dos jóvenes geólogos había estado intrigados por el extraño establecimiento que había a cinco millas de distancia, en el valle. Era seguro que se trataba de un lugar de investigación, y Davis había identificado las altas chimeneas de una unidad de energía atómica. Eso, por supuesto, no daba ningún indicio del trabajo que se realizaba, pero sí indicaba su importancia. No había nada más que unos pocos cientos de tubo-pilas en todo el mundo y todos estaban reservados para proyectos importantes.

Había una docena de razones por las que dos grandes científicos podrían haberse escondido en este lugar: la mayoría de las investigaciones atómicas más peligrosas se llevaban a cabo lo más lejos posible de la civilización, y algunas habían sido directamente abandonadas hasta que pudieran establecerse laboratorios en el espacio. Aun así, parecía raro que este trabajo, fuera lo que fuere, debiera ser ejecutado tan cerca de lo que ahora se había vuelto el centro geológico más importante del mundo. Por supuesto, podría no ser más que una coincidencia, ya que los físicos nunca habían demostrado ningún interés por los compatriotas que tenían tan a mano.

Davis estaba desmenuzando cuidadosamente el terreno que rodeaba una de las grandes huellas, mientras Barton derramaba perspex líquido sobre aquellas ya descubiertas, a fin de preservarlas de todo daño, en el plástico transparente. Estaban trabajando un tanto distraídos porque cada uno trataba inconscientemente de oír el sonido del jeep. El profesor Fowler había prometido recogerlos cuando volviera de su visita, porque los otros vehículos se usaban en otras partes, y no les gustaba volver al campamento caminando dos millas bajo ese sol que asaba.

—¿Cuánta gente —dijo Barton de golpe— crees que tienen allá?

Davis se enderezó.

—A juzgar por los edificios, no más de una docena, más o menos.

—Entonces debe ser un asunto privado, de ninguna manera un proyecto A.D.A.

—Quizá, pese a que debe tener un respaldo bastante considerable. Por supuesto, Henderson y Barnes pueden obtenerlo simplemente con su reputación.

—Ahí es donde llevan ventaja los físicos —dijo Barton—. Sólo tienen que convencer a algún departamento de guerra de que están en la pista de una nueva arma, y entonces obtienen un par de millones sin ningún problema.

Hablaba con alguna amargura porque, como la mayoría de los científicos, tenía definidas opiniones sobre este tema. Las opiniones de Barton, en realidad, eran más definidas que lo normal, porque era un cuáquero y se había pasado el último año de la guerra discutiendo con tribunales poco benévolo.

La conversación fue interrumpida por el rugido y alboroto del jeep y los dos hombres corrieron para encontrarse con el profesor.

—¿Y...? —gritaron simultáneamente.

El profesor Fowler los miró pensativamente, con una expresión que no daba el menor indicio de lo que había en su mente.

—¿Tuvieron un buen día? —dijo finalmente.

—¡Vamos, jefe! —protestó Davis—. bígamos qué averiguó.

El profesor se bajó del asiento y se sacudió el polvo.

—Lo lamento, muchachos —dijo con cierto embarazo—. No puedo decirles nada, absolutamente nada.

Hubo dos unidos gemidos de protesta, pero los apaciguó.

—He tenido un día muy interesante, pero tuve que prometer no decir nada al respecto. Incluso ahora no sé qué es lo que pasa, pero es algo bastante revolucionario..., tan revolucionario, quizá, como la energía atómica. Pero el doctor Henderson vendrá mañana de visita; veamos cuánto pueden sacarle a él.

Por un momento, tanto Barton como Davis estuvieron tan abrumados por una sensación de incertidumbre, que ninguno habló. Barton fue el primero en recobrase.

—Bueno, ¿seguro que hay una razón para este repentino interés en nuestras actividades?

El profesor pensó en esto por un momento.

—Sí, no fue una visita enteramente social —admitió—. Creen que puedo ayudarles. ¡Ahora, no más preguntas, a menos que quieran volverse al campamento caminando!

El doctor Henderson llegó a media tarde. Era un hombre robusto, de edad madura, vestido un tanto incongruentemente con una chaqueta de laboratorio de un blanco deslumbrante, y muy poco más. Pese a que el atavío era excéntrico, era eminentemente práctico en clima tan caluroso.

Davis y Barton se mostraron algo distantes cuando el profesor Fowler los presentó; todavía se sentían desairados y estaban decididos a que su visitante notara sus sentimientos. Pero Henderson estaba tan obviamente interesado en su trabajo que pronto se deshelaron y el profesor les dejó para que ellos le mostraran las excavaciones mientras él iba a supervisar a los nativos.

El físico estaba muy impresionado por la imagen del remoto pasado del mundo que yacía expuesta ante su vista. Durante casi una hora los dos geólogos le llevaron por las excavaciones yarda tras yarda, hablando de las criaturas que habían pasado por allí y especulando con futuros descubrimientos. La pista que ahora estaba siguiendo el profesor Fowler yacía en un ancho foso que se alejaba de la excavación principal porque había abandonado cualquier otro trabajo para investigarlo. En su extremo, el foso ya no era continuo: para ahorrar tiempo, el profesor había comenzado a cavar hoyos a lo largo de la línea de las pisadas. El último sondeo estaba completamente equivocado y una excavación posterior había demostrado que el gran reptil había realizado un repentino cambio de curso.

—Esta es la parte más interesante —dijo Barton al levemente mustio físico—. ¿Recuerda aquellos primeros lugares donde se había detenida un instante para mirar alrededor? Bueno, aquí parece haber divisado algo y se fue corriendo en una nueva dirección, como puede ver por el espaciamiento.

—Yo no hubiera pensado que semejante bestia «pudiera» correr.

—Bueno probablemente fue un gran esfuerzo, pero se puede cubrir una buena distancia con zancadas de quince pies. Lo vamos a seguir tan lejos como podamos. Incluso podemos llegar a descubrir qué estaba cazando. Creo que el profesor tiene esperanzas de descubrir un pisoteado campo de batalla con los huesos de la víctima alrededor. Eso haría que todos perdieran el sueño.

El doctor Henderson sonrió.

—Gracias a Walt Disney, puedo figurarme la escena bastante bien.

Davis no estuvo muy estimulante.

—Quizá sólo era la señora tocando el gong para la pena —dijo—. La parte más irritante de nuestro trabajo es la forma en que todo puede desaparecer cuando es más excitante. Los estratos han sido lavados, o hubo un terremoto... o peor aún, algún estúpido imbécil ha destrozado la evidencia porque no reconoció su valor.

Henderson estaba de acuerdo.

—Puedo entenderlo —dijo—. Ahí es donde el físico tiene ventaja. Sabe que eventualmente obtendrá la respuesta, si es que hay alguna.

Se detuvo con cierta timidez, como pensando sus palabras muy cuidadosamente.

—Les ahorraría un montón de problemas, ¿o no?, si realmente pudieran «ver» lo que tuvo lugar en el pasado, sin tener que inferirlo por medio de estos métodos laboriosos e inciertos. Han estado siguiendo estas pisadas por más de cien yardas durante meses, y pese a todo su trabajo, podrían no conducir a ninguna parte.

Hubo un largo silencio. Luego Barton habló con una voz muy cuidadosa.

—Naturalmente, doctor, que tenemos bastante curiosidad sobre su trabajo —empezó—. Ya que el profesor Fowler insiste en no decirnos nada, hemos hecho una cantidad de especulaciones. ¿Realmente usted quiere decir que...?

El físico le interrumpió muy apresuradamente.

—No lo piense más —dijo—. Sólo estaba soñando despierto. Y respecto a nuestro trabajo, le falta mucho para estar terminado, pero sabrán todo acerca de él a su debido tiempo. No es que seamos reservados... pero, como todos los que trabajan en un nuevo campo, no queremos decir nada hasta estar seguros del terreno que pisamos. ¡Bueno, si algún otro grupo de paleontólogos apareciera por aquí, apuesto a que el profesor Fowler los correría con un pico!

—Eso no es del todo cierto —sonrió Davis—. Más probablemente los pondría a trabajar. Pero comprendo su punto de vista; esperemos no tener que aguardar demasiado.

Esa noche se quemó mucho aceite para lámparas en el campamento base. Barton era francamente escéptico, pero Davis ya había construido una elaborada superestructura alrededor de las frases de su visitante.

—Eso explicaría tantas cosas —dijo—. Antes que nada, su presencia el, este lugar, que de otra manera no tiene el menor sentido. Nosotros conocemos este terreno pulgada por pulgada desde los últimos cien millones de años, y podemos fechar cualquier acontecimiento con una precisión de más del uno por ciento. No hay ningún lugar de la Tierra cuyo pasado haya sido resuelto tan detalladamente... ¡es el lugar obvio para un experimento como éste!

—¿Pero crees que es siquiera teóricamente posible construir una máquina que pueda ver el pasado?

—No puedo imaginarme cómo podría hacerse. Pero no me atrevería a decir que es imposible... especialmente para hombres como Henderson y Barnes.

—Hmm. No es un argumento muy convincente. ¿No hay alguna forma para que podamos verificarlo? ¿Y esas cartas a «Nature»?

—Escribí a la biblioteca de la universidad; deberíamos recibirlas el fin de semana. Siempre hay alguna continuidad en el trabajo de un científico, y podrían darnos algunas claves valiosas.

Pero al principio fueron desilusionados; en realidad, las cartas de Henderson sólo aumentaron la confusión. Como Davis había recordado, la mayoría de ellas habían sido acerca de las extraordinarias propiedades del Helio II.

—Es una cosa realmente fantástica —dijo Davis—. Si un líquido a temperaturas normales se comportara como éste, todo el mundo se volvería loco. En primer lugar, no hay nada de viscosidad, en absoluto. Sir George Darwin dijo una vez que si se tuviera un océano de Helio II los barcos podrían navegar en él sin ningún motor. Sólo se les daría un empujón al principio del viaje y se les detendría con topes en el otro lado. Sin embargo, habría un obstáculo; mucho antes de que eso sucediera, la carga habría trepado directamente por el casco, y todo el equipo se habría hundido... glug, glug, glug...

—Muy divertido —dijo Barton—, ¿pero qué demonios tiene esto que ver con tu preciosa teoría?

—No mucho —admitió Davis—. Sin embargo, hay algo más. Es posible tener dos corrientes de Helio II fluyendo en direcciones opuestas en el mismo tubo... una corriente atravesando la otra nada menos.

—Eso necesita alguna explicación; es casi tan malo como un objeto moviéndose en dos direcciones al mismo tiempo. Supongo que «hay» una explicación, apuesto que tiene algo que ver con la relatividad.

Davis estaba leyendo cuidadosamente.

—La explicación —dijo lentamente— es muy complicada y no pretendo entenderla en su totalidad. Pero depende de que el helio líquido puede tener, bajo ciertas condiciones, entropía «negativa».

—Como nunca entendí lo que es la entropía positiva, no sé más que antes.

—La entropía es una medida de la distribución de calor del Universo. En el comienzo del tiempo, cuando toda la energía estaba concentrada en los soles, la entropía era mínima. Alcanzará su máximo cuando todo esté a una temperatura uniforme y el Universo esté muerto. Aún habrá mucho calor, pero no será aprovechable.

—¿Por qué no?

—Bueno, toda el agua de un océano perfectamente plano no haría funcionar una planta hidroeléctrica... pero un laguito sobre las colinas podría hacerlo bastante bien. Se debe tener una diferencia de nivel.

—Comprendo. Ahora que lo pienso, ¿no hubo alguien que una vez llamó a la entropía «La Flecha del Tiempo»?

—Sí... Eddington, creo. Cualquier reloj que te molestes en mencionar (un péndulo, por ejemplo) puede funcionar para adelante o para atrás con la misma facilidad. Pero la entropía es estrictamente una calle de una sola mano... siempre está aumentando con el paso del tiempo. De ahí la expresión: «Flecha del Tiempo».

—Entonces la entropía «negativa»... ¡Dios mío!

Los dos hombres se miraron uno al otro por unos instantes. Entonces Barton preguntó con una voz un tanto apagada.

—¿Qué dice Henderson acerca de eso?

—Citaré su última carta: «El descubrimiento de la entropía negativa introduce conceptos bastantes nuevos y revolucionarios en nuestra imagen del mundo físico. Algunos de estos conceptos serán examinados en una comunicación posterior.»

—¿Y cuáles son ellos?

—Ese es el obstáculo: no hay «comunicación posterior». De esto se pueden deducir dos alternativas. Primera, el editor de «Nature» pudo haberse negado a publicar la carta. Segunda, las consecuencias pudieron haber sido «tan» revolucionarias que Henderson nunca escribió un informe posterior.

—Entropía negativa... tiempo negativo —musitó Barton—. Parece fantástico; aun así, podría ser teóricamente posible construir un dispositivo que permitiera ver en el pasado...

—Ya sé qué haremos —dijo Davis de repente—. Atraparemos con esto al profesor y observaremos sus reacciones. Ahora me voy a la cama antes de que me agarre una fiebre cerebral.

Esa noche, Davis no durmió bien. Soñó que estaba caminando a lo largo de una ruta que se extendía en ambas direcciones, tan lejos como alcanzaba la vista. Había estado caminando durante millas antes de llegar al poste de señalización y cuando lo alcanzó, descubrió que estaba roto, y los dos brazos giraban en el viento, ociosamente. Mientras giraban, pudo ver las palabras que tenían escritas. Uno decía simplemente: «Al Futuro»; el otro: «Al Pasado».

No aprendieron nada del profesor Fowler, lo cual no era sorprendente después del decano, era el mejor jugador de póquer de la universidad. Contempló a sus levemente molestos asistentes sin la menor pizca de emoción mientras Davis desarrollaba su teoría.

Cuando el joven hubo terminado, dijo tranquilamente:

—Mañana voy a ir allá de nuevo, y le hablaré a Henderson de su trabajo de detectives. Quizá se apiade de ustedes; quizá por eso me diga un poco más. Ahora, vamos a trabajar.

Davis y Barton se dieron cuenta que era cada vez más difícil interesarse mucho en su propio trabajo mientras sus mentes estaban ocupadas por el enigma que tenían a mano. Aun así, continuaban conscientemente, pese a que una y otra vez se detenían para preguntarse si toda su labor no sería en vano. Si así fuera, serían los primeros en alegrarse. ¡Suponer que uno pudiera ver en el pasado y observar a la Historia descubriéndose por sí misma, desde el amanecer del tiempo! Todos los secretos del pasado serían revelados: ¿no podría observar la llegada de la vida a la Tierra, y toda la historia de la evolución, desde la ameba hasta el hombre.

No; era demasiado bueno para ser cierto. Habiendo decidido esto, volvían a su excavación y arañaban durante otra media hora hasta que otra vez volvía la idea: Pero, ¿y si «fuera» verdad? Y una vez más empezaba el ciclo completo.

Cuando el profesor Fowler volvió de su segunda visita, era un hombre vencido y obviamente debilitado. Lo único satisfactorio que sus asistentes pudieron obtener de él fue la declaración de que Henderson había escuchado su teoría y les había felicitado por sus poderes de deducción.

Eso era todo; pero, a los ojos de Davis, el asunto se afirmaba, pese a que Barton todavía dudaba. En las semanas siguientes, también él comenzó a sentirse perplejo, hasta que al final ambos se convencieron de que su teoría era correcta. Porque el profesor Fowler pasaba cada vez más tiempo con Henderson y Barnes; tanto era así, que a veces no le veían durante varios días. Casi había perdido todo interés en las excavaciones y había delegado toda responsabilidad en Barton, que ahora, para gran alegría suya, tenía autorización para usar el gran taladro neumático.

Estaban descubriendo varias yardas de pisadas por día, y el espaciamiento mostraba que el monstruo ya había alcanzado su máxima velocidad y estaba avanzando a grandes saltos, como aproximándose a su víctima. En pocos días podrían revelar la evidencia de alguna tragedia de un eón de antigüedad, preservada de milagro y traída a través de las épocas por la observación del Hombre. Ahora, incluso todo esto parecía no tener importancia, porque de acuerdo con las alucinaciones del profesor, y con su apariencia general de abstracción, estaba claro que la investigación secreta estaba acercándose al clímax. Les había dicho tanto como eso, prometiéndoles que en muy pocos días, si todo iba bien su espera habría terminado. Pero más allá de eso, no decía nada.

Henderson los había visitado una o dos veces, y pudieron notar que ahora estaba trabajando bajo una gran tensión. Obviamente quería hablar de su trabajo, pero no lo iba a hacer hasta que no se hubieran terminado las últimas pruebas. Ellos sólo podían admirar su autocontrol y esperar que éste se debilitara. Davis unía la clara impresión de que el huidizo Barnes era el responsable de su silencio; tenía una cierta fama de no publicar ningún trabajo hasta que no hubiese sido verificado una y otra vez. Si estos experimentos eran tan importantes como ellos creían, esta circunspección era comprensible, aunque irritante.

Esa mañana, Henderson había venido temprano para recoger al profesor, y, como solía suceder, su coche se había descompuesto en esa carretera primitiva. Fue un suceso muy infortunado para Davis y Barton, que para el almuerzo tendrían que ir caminando hasta el campamento, ya que el profesor Fowler estaba llevando de vuelta a Henderson en su jeep. Estaban bastante preparados para soportar esto, si realmente su espera estuviera llegando a su fin, como los otros habían más que sugerido.

Habían estado hablando al lado del jeep durante algún tiempo antes de que se hubieran ido los dos científicos más viejos. Fue una partida bastante tensa, porque cada parte sabía lo que estaba pensando la otra. Finalmente Barton, como siempre, el más atrevido, señaló:

—Bueno, doc, éste es «Der Tag», espero que todo salga convenientemente. Me gustaría la fotografía de un brontosaurio como recuerdo.

Tantas veces le habían hecho a Henderson esta clase de chistes, que ahora va los daba por sentados.

—No les prometo nada. Podría ser el golpe más grande de la historia.

Pensativamente, Davis verificó la presión de las gomas con la punta de su bota. Era un juego nuevo, con un dibujo en zigzag que nunca había visto antes.

—Pase lo que pase, espero que nos lo dirán. Si no, una noche vamos a ir allá y vamos a descubrir lo que están tramando.

Henderson se rió.

—Si pueden sacar algo de todo nuestro desorden, son un par de genios. Pero si todo anda bien, podemos tener una pequeña fiesta para el atardecer.

—¿A qué hora piensa volver, jefe?

—Alrededor de las cuatro. No quiero que tengan que volverse caminando para el té.

—O. K... ¡ya hay esperanza!

La máquina desapareció envuelta en una nube de polvo, dejando atrás a dos geólogos muy pensativos parados al costado de la carretera. Luego Barton se encogió de hombros.

—Cuando más intensamente trabajemos —dijo—, más rápido pasará el tiempo. ¡Vamos!

El extremo de la zanja, en donde Barton estaba trabajando con el taladro de fuerza, estaba ahora a cien yardas de la excavación principal. Davis le estaba dando los retoques finales a las últimas pisadas descubiertas. Estas eran ahora muy profundas y ampliamente espaciadas y, mirando a lo largo de ellas, se podía ver con bastante claridad dónde el gran reptil había cambiado su curso y comenzado primero a correr y luego a brincar como un enorme canguro. Barton se preguntó qué se sentiría al ver a tal criatura cayendo sobre uno con la velocidad de un expreso; entonces se dio cuenta de que si su suposición era acertada, esto era exactamente lo que pronto verían.

Para la mitad de la tarde ya habían descubierto una longitud récord de huellas. El terreno era más blando, y Barton avanzaba rugiendo tan rápidamente que había olvidado casi por completo sus otras preocupaciones. Había dejado a Davis varias yardas atrás, y ambos estaban tan ocupados que sólo los tormentos del hambre les recordaron que era la hora de terminar. Davis fue el primero en notar que era más tarde de lo que creían, y caminó hacia su amigo para hablarle.

—¡Son casi las cuatro y media —dijo, cuando desapareció el sonido del taladro—. El jefe se está retrasando... me volveré loco si tomé el té antes de pasarnos a buscar.

—Dale otra media hora más —dijo Barton—. Creo adivinar lo que pasó. Habrán hecho saltar algún fusible o algo así, y eso ha perturbado su programa.

Davis se negaba a calmarse.

—Estaré terriblemente molesto si tenemos que volvernos otra vez al campamento caminando. De todos modos, voy a subir la colina para ver si aparece.

Dejó a Barton abriéndose camino a través de la blanda roca y trepó a la baja colina que estaba al costado del lecho del viejo río. Desde aquí se podía ver bien lejos en el valle, y las chimeneas gemelas del laboratorio Henderson-Barres eran claramente visibles sobre el amarillento paisaje. Pero no había ninguna señal de la movediza nube de polvo que debería seguir al jeep: el profesor todavía no había vuelto a casa.

Davis resopló disgustado. Tenían una caminata de dos millas por delante, después de un día particularmente agotador, y para colmo, ahora llegarían tarde para el té. Decidió no esperar más, y ya estaba bajando la colina para reunirse con Barton cuando algo atrajo su atención y se detuvo para mirar hacia el valle.

Alrededor de las chimeneas, que era todo lo que podían ver del laboratorio, había una curiosa nube de partículas muy parecida a una vibración calórica. Debían tener calor, lo

sabía, pero seguramente no «tanto» calor. Miró más cuidadosamente, y para su sorpresa, vio que la nube ocupaba un hemisferio que debería tener un cuarto de milla de diámetro.

Y, casi de repente, explotó. No hubo ninguna luz, ni relámpago enceguecedor; solamente una ondulación que se propagó a través del cielo y después se fue. La nube se había desvanecido... y las dos grandes chimeneas de la fábrica también.

Sintiéndose como si sus piernas se hubieran vuelto de gorra, Davis se desplomó sobre la cima de la colina y miró a lo largo del valle, con la boca abierta. Una sensación de desastre abrumador invadió su mente; como en un sueño, esperó que la explosión alcanzara sus oídos.

Cuando ésta llegó, no fue impresionante; sólo un prolongado y pesado “¡wohooooosh!” que suavemente se desvaneció en el aire tranquilo. Medio inconsciente, Davis notó que también el chirrido del taladro se había detenido; la explosión debió haber sido más fuerte de lo que había pensado, para que también la escuchara Barton.

El silencio fue completo. Nada se movía en ningún lugar de donde alcanzara la vista, en todo ese vacío y desierto paisaje. Esperó hasta que recobró las fuerzas; luego, casi corriendo, bajó dificultosamente la colina para reunirse con su amigo.

Barton estaba medio sentado en la zanja con la cabeza enterrada entre las manos. Mientras Davis se aproximaba, levantó la vista, y pese a que sus facciones estaban oscurecidas por el polvo y la arena, el otro se alarmó por la expresión de sus ojos.

—¡Así que también tú la oíste! —dijo Davis—. Creo que voló todo el laboratorio. ¡Vamos, por el amor de Dios!

—¿Oí qué?

Davis le miró sorprendido. Entonces notó que Barton no podía haber oído ningún sonido mientras estuviera trabajando con el taladro. La sensación de desastre inmediatamente se hizo más profunda; se sintió como un personaje de alguna tragedia griega, indefenso ante un destino implacable.

Barton saltó sobre sus pies. Su rostro estaba extrañamente excitado y a punto de descomponerse. Sin embargo, cuando habló, sus palabras fueron sorprendentemente tranquilas.

—¡Qué tontos fuimos! —dijo—. ¡Cómo debe haberse reído de nosotros Henderson cuando le dijimos que estaba tratando de «ver» en el pasado!

Mecánicamente, Davis se movió hacia la zanja y miró fijamente la roca que por primera vez en cincuenta millones de años estaba viendo la luz del Sol. Sin mucha emoción, ahora, siguió otra vez el esquema en zigzag que unas pocas horas antes había notado

por primera vez. Sólo se había hundido un poco en el limo, como, si al formarse, el jeep hubiera estado vando a la máxima velocidad.

No había ninguna duda, porque, en su lugar, las delgadas marcas de los neumáticos habían sido completamente borradas por las pisadas del monstruo. Ahora ya eran ciertamente muy profundas, como si el gran reptil fuera a efectuar el salto definitivo sobre su presa, que escapaba desesperadamente.

JÚPITER CINCO

El profesor Forster es un hombre tan pequeño, que se le tuvo que hacer un traje espacial especialmente para él. Pero lo que le faltaba en tamaño físico, lo compensaba más que en exceso (como tan a menudo se da el caso) en puro empuje y determinación. Cuando le conocí, se había pasado veinte años persiguiendo un sueño. Aun más, había persuadido a una completa sucesión de obstinados hombres de negocio, delegados al Consejo Mundial y administradores de trusts científicos para que sufragaran sus gastos y le proveyeran una nave con toda su tripulación. Pese a todo lo que sucedió después, todavía creo que ésta fue su hazaña más extraordinaria...

La Arnold Toynbee tenía una tripulación de seis hombres cuando abandonó la Tierra. Además del profesor y Charles Ashton, su principal asistente, estaba el acostumbrado triunvirato de piloto-navegante-ingeniero y dos estudiantes graduados... Bill Hawkins y yo. Ninguno de nosotros había ido antes al espacio, y estábamos tan excitados por todo el asunto que no nos preocupaba en lo más mínimo si volvíamos o no a la Tierra antes de que comenzara la próxima temporada de clases. Teníamos la fuerte sospecha de que nuestro tutor tenía puntos de vista muy similares. El informe que presentó sobre nosotros era una obra maestra de ambigüedad, pero como el número de personas que podía comenzar a leer la escritura marciana podía contarse, por decir así, con los dedos de una mano, obtuvimos el trabajo.

Como estábamos yendo hacia Júpiter, y no hacia Marte, el objeto de esta particular cualidad parecía un poco oscuro, pese a que, conociendo un poco de las teorías del profesor, teníamos unas muy acentuadas sospechas. Fueron parcialmente confirmadas cuando estuvimos a diez días de la Tierra.

El profesor nos miró muy pensativamente cuando contestamos a su llamamiento. Aun bajo cero «g» siempre se las arreglaba para mantener su dignidad, mientras lo mejor que nosotros podíamos hacer era aferrarnos al pasamanos y flotar alrededor como algas marinas a la deriva. Tenía la impresión pese a que, por supuesto, podía estar equivocado, de que él estaba pensando: ¿qué he hecho yo para merecer esto?, mientras nos miraba a Bill y a mí alternativamente. Lanzó entonces una especie de suspiro: «Ya es demasiado tarde para hacer algo al respecto», y comenzó a hablar en esa forma lenta y paciente que usa siempre cuando tiene que explicar algo. Al menos, siempre la usa cuando nos habla a nosotros; pero de pronto se me ocurrió... ¡oh, no importa!

—Desde que abandonamos la Tierra —dijo—, no he tenido muchas oportunidades de contarles el propósito de esta expedición. Quizá ya lo han adivinado.

—Yo creo que sí —dijo Bill.

—Bueno, sigue —replicó el profesor con un brillo peculiar en su mirada. Hice todo lo que pude por detener a Bill, pero ¿ha tratado alguna vez de patear a alguien cuando usted está en caída libre?

—Usted quiere encontrar alguna prueba (quiero decir, alguna prueba más) de su teoría de difusión de la cultura extraterrestre.

—¿Y tienen ustedes alguna idea de la razón por la cual la estoy yendo a buscar a Júpiter?

—Bueno, no exactamente. Supongo que usted espera encontrar algo en una de las lunas.

—Brillante, Bill, brillante. Hay quince satélites conocidos, y su área total es la mitad de la de la Tierra, más o menos. ¿Dónde comenzarías a buscar si tuvieras un par de semanas que perder?... Me gustaría saberlo.

Bill miró de costado al profesor dudosamente, como si casi sospechara su sarcasmo.

—No sé mucho de astronomía —dijo—. Pero hay cuatro lunas grandes, ¿no es así? Yo comenzaría con esas.

—Para tu información: cinco; Europa, Ganímedes y Calixto son cada una de ellas casi tan grandes como África. ¿Trabajarías con ellas por orden alfabético?

—No —replicó Bill prontamente—. Comenzaría con la más cercana a Júpiter e iría hacia fuera.

—Creo que no desperdiciaremos más tiempo siguiendo tus procesos lógicos —suspiró el profesor. Estaba obviamente impaciente por comenzar su preparado discurso. De cualquier manera, estás bastante equivocado. No vamos a ninguna de las grandes lunas, en absoluto. Han sido examinadas fotográficamente desde el espacio y se exploraron

grandes áreas sobre su superficie. No tienen nada que posea interés arqueológico. Nosotros estamos yendo a un lugar que nunca antes ha sido visitado.

— ¡No a Júpiter! —jadeé.

— ¡No, por Dios, nada tan sencillo como eso! Pero vamos a ir más cerca de él de lo que jamás haya estado nadie.

Se detuvo pensativamente.

Es curioso, saben (o probablemente no), que es casi tan difícil viajar entre los satélites de Júpiter como lo es hacerlo entre los planetas, pese a que las distancias son mucho más pequeñas. Esto es porque Júpiter tiene un campo gravitatorio similar a la Tierra y sus lunas viajan muy rápidamente. La luna más interior se está moviendo casi tan rápido como la Tierra y el viaje desde Ganímedes hasta ella consume casi tanto combustible como la travesía desde la Tierra a Venus, aun cuando sólo dura un día y medio.

»Y es ese viaje el que vamos a hacer nosotros. Ninguno lo hizo antes porque nadie pudo pensar en una buena razón que justificara el gasto. Júpiter Cinco tiene sólo treinta kilómetros de diámetro, de modo que posiblemente no podría ser de mucho interés. Incluso alguno de los satélites exteriores, que son más fáciles de alcanzar, no han sido visitados porque no parecía valer la pena el gasto del combustible para los cohetes.»

—Entonces, ¿por qué vamos a desperdiciarlo nosotros? —pregunté con impaciencia. Todo el asunto sonaba como una completa caza de ilusiones, pese a que mientras probara ser interesante, y no implicara un peligro real, no me molestaba mucho.

Quizá deba confesar (aunque tengo la tentación de no decir nada, como ya lo han hecho tantos otros), que por ese entonces yo no creía ni una palabra de las teorías del profesor Forster. Por supuesto que me daba cuenta de que era un hombre muy brillante en su campo, pero también rechazaba algunas de sus más fantásticas ideas. Después de todo, la evidencia era tan ligera y las conclusiones tan revolucionarias que apenas podía evitarse ser un poco escéptico.

Quizá todavía puedan recordar el asombro causado cuando la primera expedición a Marte descubrió los restos, no de una antigua civilización, sino de dos. Ambas habían alcanzado un alto grado de desarrollo, pero ambas habían perecido hacía más de cinco millones de años. La razón era desconocida (y todavía lo es). No pareció haber sido una guerra, porque las dos culturas parecían haber convivido amigablemente. Una de las razas era similar a los insectos, y la otra recordaba vagamente a los reptiles.

Los insectos parecían haber sido los marcianos genuinos, originales. El pueblo-reptil (usualmente denominado «Cultura X») había aparecido en escena algún tiempo después.

Al menos, eso era lo que sostenía el profesor Forster. Ciertamente, ellos habían poseído el secreto de los viajes espaciales, porque las ruinas de sus peculiares ciudades cruciformes se habían encontrado (de todos los lugares posibles): en Mercurio. Forster creía que habían tratado de colonizar todos los planetas pequeños... habiéndose eliminado a la Tierra y a Venus debido a su excesiva gravedad. Para el profesor era una fuente de disgustos que nunca se hubieran descubierto en la Luna huellas de la Cultura X, pese a que estaba seguro de que tal descubrimiento solamente era cuestión de tiempo.

La teoría «convencional» sobre la Cultura X era que había llegado originariamente desde uno de los planetas más pequeños, o desde los satélites; había establecido contactos pacíficos con los marcianos (la única otra raza inteligente en la historia conocida del sistema) y había muerto al mismo tiempo que la civilización marciana. Pero el profesor Forster tenía ideas más ambiciosas: estaba convencido de que la Cultura X había llegado al Sistema Solar proveniente del espacio interestelar. El hecho de que nadie más creyera esto le molestaba, aunque no demasiado, porque era una de esas personas que son felices sólo cuando están en minoría.

Desde mi asiento podía ver a Júpiter a través de la ventanilla de la cabina, mientras el profesor Forster desarrollaba su plan. Era una vista hermosa: podía observar perfectamente los cinturones de nubes ecuatoriales, y tres de los satélites eran visibles como pequeñas estrellas cercanas al planeta. Me pregunté cuál sería Ganímedes, nuestro primer lugar de visita.

—Si Jack condesciende a prestar atención —continuó el profesor—, les diré por qué estamos yendo tan lejos de casa. Ustedes saben que durante el último año me pasé un montón de tiempo hurgando alrededor de las ruinas en el cinturón de penumbra de Mercurio. Quizá han leído la conferencia que di sobre el tema en la Escuela de Economía de Londres. Incluso pudieron haber estado allí... recuerdo ciertos disturbios en el fondo de la sala.

»Lo que entonces no le dije a nadie era que mientras estuve en Mercurio descubrí una importante clave sobre el origen de la Cultura X. No comenté nada al respecto, pese a que estuve extremadamente tentado de hacerlo cuando tontos como el doctor Haughton trataron de divertirse a mi costa. Pero no iba a arriesgarme a dejar que algún otro llegara aquí antes de que yo pudiera organizar esta expedición.

»Una de las cosas que encontré en Mercurio fue un bajo relieve, bastante bien conservado, del Sistema Solar. No es el primero que se descubre... como ya saben Los motivos astronómicos son comunes en el verdadero arte marciano y en el de la Cultura X. Pero había ciertos símbolos peculiares sobre varios planetas, incluyendo Marte y

Mercurio. Creo que el esquema tiene cierto significado histórico, y lo más curioso es que el pequeño Júpiter Cinco (uno de los menos importantes de todos los satélites) parecía atraer toda la atención sobre sí. Estoy convencido de que en Cinco hay algo que es la clave para todo el problema de la Cultura X, y voy allá para descubrirlo.»

Que yo recuerde, ni Bill ni yo quedamos particularmente impresionados por la historia del profesor. Quizá los de la Cultura X habían dejado en Cinco algunos artefactos, debido a razones que sólo ellos conocían. Sería muy interesante descubrirlos, pero era muy improbable que fueran tan importantes como pensaba el profesor. Creo que estaba un poco desilusionado por nuestra falta de entusiasmo. Pero era culpa suya, ya que, como descubrimos más tarde, todavía nos estaba ocultando algo.

Aterrizamos sobre Ganímedes, la luna más grande, alrededor de una semana más tarde. Ganímedes es el único satélite que tiene una base permanente; hay un observatorio y una estación geofísica con un staff de casi cincuenta científicos. Se alegraron de recibir visitas, pero no nos quedamos mucho tiempo, ya que el profesor estaba ansioso por recargar combustible y despegar nuevamente. El hecho de que nos dirigiésemos hacia Cinco, naturalmente creó un gran interés, pero el profesor se negaba a hablar y nosotros no podíamos hacerlo; nos vigilaba demasiado de cerca.

Ganímedes, de paso, es un lugar bastante interesante, y nos las arreglamos para ver más de él en el viaje de vuelta. Pero como he prometido escribir un artículo acerca de ello para otra revista, será mejor que aquí no diga nada más. (Les convendría echar un vistazo al «National Astrographic Magazine», de la próxima primavera.) El salto desde Ganímedes hasta Cinco requirió justo un día y medio y nos produjo la incómoda sensación de ver a Júpiter expandiéndose hora tras hora hasta que pareció que iba a llenar el firmamento. No sé mucho de astronomía, pero no podía evitar el pensar en el tremendo campo gravitatorio dentro del cual estábamos cayendo. Las cosas pueden salir mal tan fácilmente... Si se nos acabara el combustible nunca podríamos volver a Ganímedes e incluso podríamos caer hacia Júpiter.

Me gustaría poder describir lo que era ver ese globo colosal, con sus furiosos cinturones tormentosos girando en el cielo, delante de nosotros. En realidad sí hice el intento, pero algunos amigos que han leído este manuscrito me aconsejaron que suprimiera el resultado. (También me dieron otro montón de consejos que no creo hayan podido darlos seriamente, porque si los hubiera seguido no había habido ninguna historia.)

Afortunadamente, se han publicado ya tantas fotos en colores de Júpiter, que obligadamente tienen que haber visto alguna de ellas. Incluso, pueden haber llegado a ver aquella que, como explicaré más tarde, fue la causa de todas nuestras preocupaciones.

Al fin Júpiter dejó de crecer; habíamos penetrado en la órbita de Cinco, y pronto alcanzaríamos la pequeña luna mientras ésta giraba alrededor del planeta. Estábamos todos apretujados en el cuarto de control, esperando echar la primera ojeada a nuestro blanco. Al menos eso hacían los que pudieron entrar. Bill y yo estábamos amontonados afuera, en el corredor, y sólo podíamos treparnos sobre los hombros de los demás. Kingsley Searle, nuestro piloto, estaba en el asiento de control, mirándonos tan sereno como siempre; Eric Fulton, el ingeniero, masticaba pensativamente su bigote mientras vigilaba el indicador del nivel de combustible, y Tony Groves estaba haciendo cosas complicadas con sus tablas de navegación.

Y el profesor parecía estar rígidamente pegado al ocular del teleperiscopio. Súbitamente dio un salto, y escuchamos un silbido prolongado. Un minuto después, sin una palabra, le hizo a Searle una seña con la cabeza, quien tomó su lugar en el ocular. Pasó exactamente lo mismo que antes, y Searle dejó su lugar a Fulton. Cuando Groves reaccionó de idéntica forma, la cosa ya se había vuelto un tanto monótona, así que entramos arrastrándonos como gusanos y ocupamos el lugar después de una pequeña oposición.

No sé exactamente qué esperaba ver, probablemente por eso me sentí desilusionado. Una pequeña luna colgaba en el espacio, su sector «noche» débilmente iluminado por la reflejada gloria de Júpiter. Y eso parecía ser todo.

Y entonces comencé a hacer descubrimientos adicionales, en la forma en que se hace cuando se mira a través de un telescopio durante el tiempo suficiente. Sobre la superficie del satélite había débiles líneas entrecruzadas, y de golpe mi mente comprendió el esquema completo. Porque esto era un esquema; aquellas líneas cubrían a Cinco con la misma precisión geométrica con que las líneas de latitud y longitud dividen un globo terrestre. Supongo que yo también di mi silbido de asombro porque Bill me apartó del paso y cogió su turno para mirar.

Después de esto, sólo recuerdo que el profesor parecía muy satisfecho de sí mismo mientras lo bombardeábamos a preguntas.

—Por supuesto —explicó—, esto no es tanta sorpresa para mí como lo es para ustedes. Además de la evidencia que encontré en Mercurio, había otras claves. Tengo un amigo en el Observatorio de Ganímedes al que le prometí guardar tal secreto, que estos días ha estado bajo un esfuerzo bastante considerable. Para cualquiera que no sea

astrónomo, es bastante sorprendente que en el Observatorio nunca se hayan molestado mucho por los satélites. Los grandes instrumentos se usan todos en las nebulosas extragalácticas, y los más pequeños invierten todo su tiempo en observar a Júpiter.

»Lo único que el Observatorio le hizo a Cinco fue medir su diámetro y sacarle algunas fotografías. No eran lo suficientemente buenas como para mostrar las marcas que acabamos de observar, si no ya habría habido una investigación anterior. Pero cuando le pedí que observara, mi amigo Lawton las detectó con su reflector de cien centímetros, y también notó algo que debería haberse visto antes. Cinco tiene sólo treinta kilómetros de diámetro, pero es mucho más brillante de lo que debería ser por su tamaño. Cuando se compara su reflectividad... su alb... su...»

—Su albedo.

—Gracias, Tony... su albedo con el de las otras lunas, se encuentra que es mucho mejor reflector de lo que debería ser. De hecho, se comporta más como metal pulido que como roca.

—Entonces, ¿eso explica todo! —dije—. Los de la Cultura X deben haber recubierto Cinco con una corteza exterior... como las cúpulas que construyeron en Mercurio, pero en una mayor escala.

El profesor me miró con cierta piedad.

— ¡Así que todavía no lo habías adivinado! —dijo.

No creo que eso fuera posible. Francamente, ¿ustedes lo hubieran hecho mejor en las mismas circunstancias?

Tres horas más tarde aterrizamos sobre una enorme llanura metálica. Cuando miré a través de las ventanillas me sentí completamente empequeñecido por lo que me rodeaba. Una hormiga que se arrastrara en la parte superior de un tanque de petróleo se hubiera sentido exactamente igual... y la reluciente masa de Júpiter, allá arriba en el cielo, no ayudaba mucho que digamos. Incluso el habitual engreimiento del profesor parecía estar oscurecido por una especie de reverente temor.

La llanura no estaba totalmente desprovista de marcas. Atravesándola en varias direcciones había anchas franjas, a lo largo de las cuales habían sido unidas las estupendas placas de metal. Estas franjas, o el entrecruzado diseño que formaban, era lo que habíamos visto desde el espacio.

A un cuarto de kilómetro de distancia había una colina baja... al menos, lo que en un mundo natural habría sido una colina. La habíamos visto mientras llegábamos, después de hacer desde el espacio una cuidadosa inspección del satélite. Era una de esas seis proyecciones: cuatro dispuestas equidistantes entre sí alrededor del ecuador y las otras

dos en los polos. La sospecha de que serían introducidas en el mundo que había bajo la corteza metálica era bastante obvia.

Sé que algunos piensan que debe ser muy entretenido caminar dentro de un traje espacial sobre un planeta con baja gravedad y sin atmósfera. Bueno, no es así. Hay que pensar tantas cosas, hacer tantas verificaciones y observar tantas precauciones, que el esfuerzo mental pesa más que el encanto... al menos, en lo que a mí respecta. Pero debo admitir que, en esta oportunidad, mientras salía trepando de la compuerta hermética, estaba tan excitado que, por primera vez, estas cosas no me preocuparon.

La gravedad de Cinco era tan microscópica que caminar estaba completamente fuera de toda consideración. Nos habíamos unido con una cuerda como los alpinistas y nos propulsábamos con pequeños estallidos de nuestras pistolas de reacción. Los astronautas experimentados, Fulton y Groves, estaban en los dos extremos de la cadena, de modo que era reprimida cualquier imprudente ansiedad de los del medio.

Tardamos sólo unos pocos minutos en alcanzar nuestro objetivo, que resultó ser una cúpula ancha y baja, con un perímetro de un kilómetro como mínimo. Me pregunté si no sería una gigantesca compuerta lo suficientemente ancha como para permitir la entrada de naves espaciales. A menos que tuviéramos mucha suerte, podríamos no encontrar un camino para entrar, ya que los mecanismos de control no funcionarían más, e, incluso si lo hicieran, no sabríamos cómo manejarlos. Era difícil imaginarse algo más atormentador que tener la puerta cerrada, impidiendo la entrada al mayor descubrimiento arqueológico de toda la Historia.

Habíamos dado un cuarto de circuito alrededor de la cúpula, cuando encontramos una abertura en la corteza metálica. Era bastante pequeña (sólo tenía dos metros de ancho), y era casi tan circular que por un momento no nos dimos cuenta de lo que era. Entonces, desde la radio llegó la voz de Tony:

—Eso no es artificial. Tenemos que darle las gracias a un meteorito.

—¡Imposible! —protestó el profesor Forster—. Es demasiado regular.

Tony era obstinado.

—Los meteoritos grandes producen siempre agujeros circulares, a menos que incidan muy oblicuamente. Y miré los bordes; pude ver que hubo una especie de explosión. Probablemente el meteorito y la corteza se evaporaron, no encontrándose ningún fragmento.

—¡Era de esperar una cosa así! —dijo Kingsley—. ¿Cuánto hace que esto está aquí? ¿Cinco millones de años? Me sorprende que no hayamos encontrado otros cráteres.

—Quizá tenga razón —dijo el profesor, demasiado contento para discutir—. De todos modos, yo entro primero.

—Está bien —dijo Kingsley, que por ser el capitán siempre tenía la última palabra de todo—. Le daré veinte metros de cuerda y me sentaré en el borde del agujero para poder mantener contacto radial.

Y así el profesor Forster fue el primer hombre que entró en Cinco, como merecía. Nos amontonamos cerca de Kingsley, de modo que pudiera darnos informes de los progresos del profesor.

Este no llegó muy lejos. Había otra cáscara inmediatamente dentro de la exterior, como podíamos haber supuesto. El profesor tenía sitio entre ellas para pararse perfectamente derecho, y tan lejos como su linterna podía arrojar su rayo luminoso, podía ver hileras de soportes y vigas, pero eso era casi todo.

Tardamos alrededor de veinticuatro horas antes de poder avanzar algo más. Cerca del término de ese lapso, recuerdo haberle preguntado al profesor por qué no había pensado en traer explosivos. Me miró, muy herido.

—Hay suficientes en la nave como para volarnos a todos —dijo—. Pero no voy a correr el riesgo de hacer ningún daño si puedo encontrar alguna otra manera.

Eso es lo que yo llamo paciencia, pero comprendí su punto de vista. Después de todo, ¿qué eran otros pocos días en una búsqueda que ya le había llevado veinte años?

Fue Bill Hawkins, de todos nosotros, el que encontró el camino para entrar cuando ya habíamos abandonado nuestro primer frente de ataque. Cerca del Polo Norte del pequeño mundo descubrió un agujero de meteorito realmente gigante... de alrededor de cien metros de ancho y que atravesaba las dos cortezas exteriores que rodeaban a Cinco. Había descubierto todavía otra corteza debajo de aquella, y por una de esas casualidades que deben ocurrir si se espera el tiempo suficiente, un segundo meteorito, más pequeño, había entrado por el cráter y se había introducido en la cubierta más interior. El agujero tenía el tamaño justo como para permitir la entrada de un hombre con el traje espacial puesto. Entramos de cabeza, de uno en fondo.

Supongo que nunca he tenido una experiencia más sobrenatural que colgar de ese techo tan tremendo, como una araña suspendida bajo la cúpula de San Pedro. Sólo sabía que el espacio en el que flotábamos era inmenso. No podíamos determinar cuán grande era, porque nuestras linternas no nos daban ningún sentido de distancia. En esta caverna sin aire ni polvo, los rayos, por supuesto, eran totalmente invisibles, y cuando los dirigimos hacia el techo, pudimos ver los óvalos de luz, bailando a lo lejos, hasta que fueron

demasiado difusos para ser visibles. Si los apuntábamos hacia abajo, podíamos ver un pálido tizne de iluminación, que estaba tan lejos que no revelaba nada.

Muy lentamente, bajo la diminuta gravedad de este pequeño mundo, caímos hacia abajo hasta que nos frenaron nuestras cuerdas de seguridad. Sobre mi cabeza podía ver la pequeña mancha luminosa a través de la cual habíamos entrado; era remota pero reconfortante.

Y entonces, mientras me balanceaba en el extremo de mi cable con un indolente movimiento pendular, en tanto las luces de mis compañeros brillaban como vacilantes estrellas en la oscuridad que me rodeaba, la verdad golpeó repentinamente en mi cerebro. Me olvidé de que todos estábamos a circuito abierto y grité involuntariamente:

—Profesor, ¡de ninguna manera creo que esto sea un planeta! ¡Es una nave espacial!

Y me detuve sintiendo que me había portado como un tonto. Hubo un silencio breve, tenso, y luego una confusión ruidosa cuando todos empezaron a disentir al mismo tiempo. La voz del profesor Forster cortó la confusión, y pude ver que estaba tan complacido como sorprendido.

—Tienes razón, Jack. Esta es la nave que trajo a la Cultura X al Sistema Solar.

Oí que alguien (pareció ser Eric Fulton) lanzaba un gemido de incredulidad.

—¡Es fantástico! ¡Una nave de treinta kilómetros de ancho!

—¡Usted tendría que saber más que eso! —replicó el profesor con sorprendente dulzura—. Suponga que una civilización quisiera cruzar el espacio interestelar... ¿de qué otra manera encararía el problema? Construiría un planetoide móvil, tardando quizá siglos en completar el trabajo. Como la nave tendría que ser un mundo autoabastecido, que pudiera soportar a sus habitantes por generaciones, necesariamente tendría que ser tan grande como esto. Quisiera saber cuántos soles visitaron hasta que encontraron el nuestro y supieron que su búsqueda había terminado. Deben haber tenido naves más pequeñas que los podían llevar hasta los planetas, y por supuesto tenían que dejar a la embarcación-madre en algún lugar del espacio. Entonces la estacionaron aquí en una cerrada órbita cerca del planeta más grande, donde estaría segura para siempre, o hasta que la volvieran a necesitar. Era el lugar lógico: si la hubieran puesto rodeando al Sol, pasado un cierto tiempo, las atracciones de los planetas habrían alterado tanto su órbita, que podría haberse perdido. Aquí nunca podría sucederle eso.

—Dígame, profesor —preguntó alguien—, ¿usted adivinó todo esto antes de que partiéramos?

—Lo esperaba. Todas las evidencias señalaban hacia esta respuesta. Siempre hubo algo anómalo respecto del Satélite Cinco, pese a que nadie pareció haberlo notado. ¿Por

qué únicamente esta luna está tan cerca de Júpiter, cuando todos los otros pequeños satélites están setenta veces más lejos? Hablando en términos astronómicos, no tendría el menor sentido. Pero basta de charla. Tenemos trabajo que hacer.

Esto, creo yo, debe quedar grabado como la antiaceleración del siglo. Siete de nosotros estábamos enfrentados con el mayor descubrimiento arqueológico de todos los tiempos. Casi un mundo entero (un mundo pequeño, artificial, pero aun así un mundo) estaba aperando nuestra exploración. Todo lo que podíamos hacer era un reconocimiento ligero y superficial: aquí abría material para generaciones de investigadores.

El primer paso fue bajar una poderosa fuente lumínica alimentada por una línea de transmisión proveniente de la nave. Aquélla haría las veces de faro y evitaría que nos perdiésemos además de dar iluminación a la superficie interior del satélite. (Incluso ahora, todavía me resulta difícil llamar nave a Cinco). Luego manos deslizamos por la cuerda hasta la superficie que había debajo. Fue una caída de casi un kilómetro, y en esta baja gravedad se podía descender en completa seguridad, sin retardar la caída. El suave choque producido por el impacto podía absorberse fácilmente con los bastones de resortes que llevábamos al efecto.

No quiero ocupar más lugar con otra descripción de Odas las maravillas de Satélite Cinco; ya hubo suficientes fotos mapas y libros sobre este tema. (El mío, e paso, saldrá el próximo verano publicado por Sidwick y Jackson.) Lo que en su lugar me gustaría darles es alguna impresión de lo que se sentía al ser e los primeros hombres en entrar a ese extraño mundo metálico. Aun así, lamento decir (sé que resulta difícil creer) que simplemente no recuerdo lo que sentí jando atravesamos los ejes de entrada, que estaban rematados en forma de hongo. Supongo que estaba tan citado y abrumado por todas las maravillas que me rodeaban que me olvidé de todo lo demás. Pero puedo recordar la impresión causada por el inmenso tamaño, algo que las meras fotografías no pueden proporcionar. Los constructores de este mundo, provenientes de i mundo de baja gravedad, eran gigantes... casi cuatro veces más altos que el Hombre. Nosotros éramos pigmeos gateando entre sus obras.

En nuestra primera visita nunca llegamos más abajo de los niveles exteriores, por lo que encontramos pocas de las maravillas científicas que la expedición descubriría con posterioridad. Y estaba bien así; las áreas residenciales nos proporcionarían lo suficiente como para mantenernos ocupados durante varias vidas. El globo que estábamos explorando debía haber sido iluminado con anterioridad con luz solar artificial, que se colara a través de la triple coraza que lo rodeaba, evitando que su atmósfera se filtrara al espacio exterior. Aquí, sobre la superficie, los jovianos (supongo que no puedo evitar el

adoptar el nombre popular aplicado a los de la Cultura X) habían reproducido, tan precisamente como pudieron, las condiciones del mundo que habían abandonado quién sabe cuántas eras atrás. Quizá tenían día y noche, cambios de estaciones, lluvia y niebla. Incluso se habían llevado consigo al exilio un pequeño mar. El agua todavía estaba allí, formando un lago congelado de tres kilómetros de ancho. Oí que hay un plan para electrolizarlo y proveer otra vez a Cinco de una atmósfera respirable, tan pronto como se hayan remendado los agujeros producidos por los meteoritos en la corteza exterior.

Cuantas más obras suyas veíamos, más nos gustaba la raza cuyas posesiones estábamos ocupando por primera vez en cinco millones de años. Aun cuando fueran gigantes provenientes de otro sol, tenían mucho en común con el Hombre, y es una tragedia que nuestras razas se hayan desconectado por lo que, a escala cósmica, es un margen tan estrecho.

Nosotros fuimos, supongo, mucho más afortunados que cualquier arqueólogo de la historia. El vacío del espacio había resguardado todo, evitando su decadencia y (esto era algo que no se podía suponer) los jovianos no habían despojado a su nave de todos sus tesoros cuando salieron a colonizar el Sistema Solar. Aquí, en la superficie interior de Cinco, todo parecía estar intacto, tal cual había estado al final del prolongado viaje de la nave. Quizá los viajeros la habían conservado como un altar en memoria de su hogar perdido o quizá habían pensado que algún día podrían tener que usar estas cosas otra vez.

Fuera cual fuere la razón, aquí todo estaba como lo habían dejado sus creadores. Algunas veces me aterrorizaba. A veces, mientras estaba fotografiando, con la ayuda de Bill, algún gran muro cincelado, la absoluta intemporalidad del lugar me golpeaba el corazón. Yo miraba a mi alrededor, casi esperando ver formas gigantescas acercándose majestuosamente a través de los pasillos, para continuar las tareas momentáneamente interrumpidas.

Al cuarto día descubrimos la galería de arte. Era el único nombre que podía caberle: su propósito era inequívoco.

Cuando Groves y Searle, que habían efectuado rápidas pasadas sobre el hemisferio sur, informaron del descubrimiento, decidimos concentrar allí todas nuestras fuerzas. Porque, como había dicho alguien, el arte de un pueblo revela su alma, y aquí podríamos encontrar la clave de la Cultura X.

El edificio era inmenso, incluso para los standards de esta raza gigantesca. Como todas las otras estructuras de Cinco, estaba hecha de metal, aunque allí no había nada frío ni metálico. El pico más alto se alzaba a mitad de camino del remoto techo del mundo

y desde lejos (antes de que los detalles fueran visibles) el edificio no era muy distinto de una catedral gótica. Engañados por esta casual semejanza, algunos escritores posteriores lo confundieron con un templo, pero nunca encontramos entre los jovianos ninguna huella de lo que podríamos llamar religión. Aún así parece haber algo parecido en el nombre «El Templo del Arte» y ha prendido tan fuertemente que ya nadie lo puede cambiar. Se ha estimado que sólo en este edificio hay entre diez y veinte millones de manifestaciones individuales..., la cosecha almacenada a través de toda la historia de una raza que pudo haber sido mucho más antigua que el Hombre. Y fue allí donde encontré una pequeña habitación circular que a primera vista no parecía ser más que el lugar de unión de seis corredores de irradiación. Yo estaba solo (y, por tanto, me temo, desobedeciendo las órdenes del profesor, y tomando lo que creí que sería un rápido atajo para volver a donde estaban mis compañeros. Los oscuros muros pasaban a mi lado silenciosamente a medida que me deslizaba con rapidez, mientras la luz de mi antorcha bailaba sobre el cielo raso. Este estaba cubierto con inscripciones profundamente grabadas, y yo estaba tan ocupado buscando agrupaciones de caracteres conocidos, que durante cierto tiempo no le presté ninguna atención al piso de la cámara. Entonces vi la estatua, y enfoqué mis rayos sobre ella.

El momento en que uno se encuentra por primera vez con una obra de arte, tiene un impacto que ya nunca puede ser revivido. En este caso el tema hacía que el efecto fuera aún más abrumador. Yo era el primer hombre en conocer cómo había sido la apariencia de los jovianos, porque aquí, tallado con suprema habilidad y autoridad, había un modelo de uno de ellos, obviamente tomado de la vida real.

La cabeza, delgada y con forma de reptil, miraba derecho hacia mí, con sus ojos sin vida fijos en los míos. Dos de las manos estaban recogidas sobre el pecho con un aire de resignación; las otras dos sostenían un instrumento cuya utilidad todavía se desconoce. La cola, larga y poderosa (que probablemente como la del canguro equilibraba el resto del cuerpo), se extendía sobre el piso, aumentando la impresión de descanso o de reposo.

No había nada de humano en el rostro ni en el cuerpo. Por ejemplo, no tenía fosas nasales; sólo unas aberturas parecidas a branquias en el cuello. Pero aún así la figura me emocionó profundamente; el artista había sobrepasado las barreras del tiempo y de la cultura en una forma que yo nunca hubiera creído posible. «Inhumano..., pero humano», fue el veredicto del profesor. Había muchas cosas que podríamos no haber compartido con los constructores de este mundo, pero todo lo que fuera realmente importante lo habríamos sentido de la misma Forma.

Tal como uno puede leer las emociones en el rostro ajeno pero familiar de un perro o de un caballo, así me pareció comprender los sentimientos del ser que tenía frente a mí. Aquí había sabiduría y autoridad..., la energía tranquila y confiada que se advierte en el famoso retrato del Dux Loredano, de Bellini. Pero también había tristeza..., la tristeza de una raza que había hecho un esfuerzo inmenso, y lo había hecho en vano.

Todavía no sabemos por qué esta solitaria estatua es la única representación artística que de sí mismos hicieron los jovianos. Uno no esperaría encontrar tabúes de esta naturaleza en una raza tan avanzada; tal vez conozcamos la respuesta cuando hayamos descifrado las inscripciones grabadas sobre los muros de la cámara.

Aún así, yo ya estaba seguro de la finalidad de esa estatua. Fue puesta aquí para actuar como un puente temporal y saludar a los seres que algún día se alzarán sobre las pisadas de sus creadores. Quizá por eso estaba hecha de un tamaño tan inferior al real. Ya en aquel entonces debían haber supuesto que el futuro pertenecía a la Tierra o a Venus y, por tanto, a seres a los que ellos hubiesen tomado por enanos. Sabían que el tamaño podía ser, al igual que el tiempo, una barrera.

Pocos minutos más tarde, estaba con mis compañeros en camino de vuelta hacia la nave, ansioso de comunicarle el descubrimiento al profesor. El había estado echando un sueñecito, pese a que no creo que promediara más de cuatro horas de sueño diarias durante todo el tiempo que estuvimos en Cinco. La dorada luz de Júpiter inundaba la metálica llanura cuando salimos de la corteza y estuvimos una vez más bajo las estrellas.

—¡Hola! —escuché a Bill en la radio—. El profesor ha movido la nave.

—¡Es absurdo! —retruqué—. Está exactamente donde la dejamos.

Luego giré mi cabeza y vi la causa de la equivocación de Bill. Teníamos visitas.

La segunda nave había aterrizado a un par de kilómetros de distancia y, de acuerdo con lo que podían ver mis inexpertos ojos, muy bien podía haber sido una réplica exacta de la nuestra. Cuando atravesamos la compuerta, nos encontramos con que el profesor, un poco legañoso, ya hacía las veces de anfitrión. Para nuestra sorpresa, mas no exactamente para nuestro disgusto, uno de los tres vigilantes era una muchacha de pelo castaño, extremadamente atractiva.

—Este es —dijo un tanto cansado el profesor Forster—, el señor Randolph Mays, el escritor científico. Me imagino que ya han oído hablar de él. Y éste es... —se volvió hacia Mays—. Me temo que no he retenido los nombres.

—Mi piloto, Donald Hopkins; mi secretaria, Marianne Mitchell.

Hubo apenas una pequeña pausa antes de la palabra «secretaria», pero fue lo suficientemente larga como para encender en mi cerebro una pequeña señal luminosa.

Pude reprimir el movimiento de mis cejas, pero pesqué una mirada de Bill que decía sin necesidad de palabras: «Si estás pensando lo que yo pienso, me avergüenzo de ti.»

Mays era un hombre alto, un poco pálido, de cabello ralo, y con una actitud de bonhomía que parecía ser sólo superficial..., la coloración protectora de un hombre que debe mostrarse amigable con demasiada gente.

—Espero que esto sea para ustedes una sorpresa tan grande como lo es para mí —dijo con innecesaria sinceridad—. Ciertamente, nunca creí encontrar a nadie que llegara aquí antes que yo, y ciertamente nunca esperé encontrarme con todo esto.

—¿Qué le trajo por aquí? —dijo Ashton, tratando de no parecer demasiado sospechosamente inquisidor.

—Precisamente se lo estaba explicando al profesor. ¿Me puede dar la carpeta, Marianne?... Gracias.

Sacó una serie de pinturas astronómicas, muy buenas por cierto, y las hizo circular. Mostraban los planetas vistos desde sus satélites..., un tema bastante común, por supuesto.

—Todos ustedes ya han visto esta clase de cosas —continuó Mays—, pero aquí hay una diferencia. Estas pinturas tiene casi cien años de antigüedad. Fueron pintadas por un artista llamado Chesley Bonestell, y aparecieron en «Life» allá por 1944..., mucho antes de que empezaran los viajes espaciales, por cierto. Ahora lo que sucede es que «Life» me ha encargado que recorra el Sistema Solar y vea cómo estas pinturas imaginativas se pueden comparar con la realidad. En la edición del centenario se publicarán al lado de las fotografías reales. Buena idea, ¿eh?

Tuve que admitir que lo era. Pero eso iba a complicar las cosas, y me pregunté qué pensaría el profesor al respecto. Entonces miré otra vez a la señorita Mitchell, situada reservadamente en un rincón, y decidí que habría compensaciones.

Bajo cualquier otra circunstancia, nos hubiéramos sentido muy complacidos de encontrar otro grupo de exploradores, pero aquí había que considerar el asunto de la prioridad. Seguro que Mays se apresuraría a volver a la Tierra tan pronto como pudiera, con su misión original abandonada y todos sus rollos de películas utilizados aquí y ahora. Era difícil determinar cómo podríamos detenerlo e incluso no estábamos seguros de que deseáramos hacerlo. Queríamos toda la publicidad y apoyo posibles, pero preferíamos hacer las cosas con calma y de acuerdo con nuestros gustos. Me pregunté cómo sería el profesor en materia de tacto, y temí lo peor.

Sin embargo al principio las relaciones diplomáticas fueron lo suficientemente suaves. Al profesor se le había ocurrido la brillante idea de hacernos formar pareja con cada uno

de los del equipo de Mays, de modo que actuáramos simultáneamente como guías y supervisores. Al duplicar el número de grupos investigadores también aumentó en gran medida la velocidad a la que podíamos trabajar. No era seguro para nadie el operar sólo bajo estas condiciones, y esto nos habría significado una gran desventaja.

Al otro día del arribo del grupo Mays, el profesor delineó su política.

—Espero que podamos llevarnos bien —dijo con un poco de ansiedad—. En lo que a mí respecta, pueden ir donde quieran y fotografiar lo que les guste, siempre que no se lleven nada y siempre que no regresen antes que nosotros a la Tierra con sus informes.

—No veo cómo podremos detenerles... —protestó Ashton.

—Bueno, no tenía intenciones de hacer esto, pero ya he registrado una demanda en relación con Cinco. Anoche la envié por radio a Ganímedes y ahora ya debe estar en La Haya.

—Pero nadie puede pedir un cuerpo astronómico para sí mismo. Eso se estableció en el caso de la Luna, allá por el siglo pasado.

El profesor sonrió un tanto socarronamente.

—No estoy apropiándome un cuerpo astronómico. He presentado una demanda de salvamento y lo hice en nombre de la Organización Científica Mundial. Si Mays se lleva algo de Cinco, se lo estará robando a ellos. Mañana iré a explicar la situación amablemente, por si se le ocurre alguna idea brillante.

Ciertamente me parecía extraño considerar al Satélite Cinco como un caso de salvamento, y ya me podía imaginar algunas preciosas disputas legales a nuestro regreso. Pero por el momento la acción del profesor nos debería proporcionar algunas defensas y podría impedir que Mays recogiera algunos «souvenirs»; eso era lo que esperábamos, con demasiado optimismo.

Tuve que organizarme, pero me las arreglé para formar pareja con Marianne en varios viajes al interior de Cinco. A Mays parecía no importarle: no había ninguna razón particular por la cual debiera hacerlo. Un traje espacial es la caperuza más perfecta que se haya podido inventar, maldito sea.

Naturalmente que en la primera oportunidad que tuve la llevé a la galería de arte y le mostré mi descubrimiento. Se quedó mirando la estatua durante un largo rato, mientras yo sostenía el rayo de mi linterna enfocado sobre ella.

—Es muy hermosa —susurró finalmente—. ¡Sólo piensa en los millones de años que esperó aquí en la oscuridad! Pero tendrás que ponerle un nombre.

—Ya lo hice. La bauticé «El Embajador».

—¿Por qué?

—Bueno, porque creo que es una especie de enviado portando un saludo para nosotros. La gente que lo hizo sabía que algún día alguien tendría que llegar aquí y encontrar este lugar.

—Creo que tienes razón. «El Embajador»...; sí, fue muy inteligente de tu parte. Hay algo noble alrededor de él y algo muy triste también. ¿No lo sientes así?

Pude notar que Marianne era una mujer muy inteligente. Era bastante notable la forma en que ella comprendió mi punto de vista y el interés que se tomaba por todo lo que le mostraba. Pero «El Embajador» la fascinaba más que todo lo demás, y siempre volvía a él.

—¿Sabes, Jack? —me dijo (creo que fue en algún momento del día siguiente, cuando Mays también había venido a verla)—. Debes llevarte la estatua a la Tierra. Piensa en la sensación que provocaría.

Yo suspiré.

—Al profesor le gustaría hacerlo, pero debe pesar una tonelada. No podemos permitirnos el gasto de combustible. Tendrá que esperar un viaje posterior.

Ella pareció asombrada.

—Pero si aquí las cosas apenas pesan... —protestó.

—Eso es diferente —expliqué—. Está el peso, y está la inercia..., dos cosas bastante diferentes. Ahora la inercia..., ¡Oh, no importa! De todos modos no la podemos llevar. El capitán Searle ya nos lo dijo definitivamente.

—¡Qué pena! —dijo Marianne.

Me olvidé de lo referente a esta conversación hasta la noche anterior a nuestra partida. Habíamos tenido un día ocupadísimo y agotador, embalando nuestro equipo (una buena parte de él, por supuesto, la habíamos dejado para uso futuro). Todo nuestro material fotográfico había sido utilizado. Como señaló Charlie Ashton, si ahora nos encontrásemos un joviano vivo, seríamos incapaces de registrar el hecho. Creo que todos estábamos deseando un período de reposo, una oportunidad para relajarnos y ordenar nuestras impresiones, y recobrarlos de nuestro choque frontal con una cultura extraña.

El navío de Mays, el «Henry Luce», también estaba casi listo para despegar. Partiríamos al mismo tiempo, una disposición que al profesor le venía admirablemente bien, ya que no confiaba en Mays, y no quería dejarle solo en Cinco.

Todo estaba dispuesto cuando, al verificar nuestros documentos, descubrí que faltaban seis rollos de película va expuestos. Eran fotografías de un conjunto de transcripciones del Templo del Arte. Después de pensar durante un buen rato recordé que habían sido

confiados a mi cuidado y que los había colocado cuidadosamente sobre una moldura del Templo con la intención de recogerlos más tarde.

Faltaba bastante para la partida; el profesor y Ashton estaban cancelando algunas deudas con el sueño, N parecía no haber ninguna razón por la cual yo no pudiera volver a recoger el material que faltaba. Yo sabía que iba a haber una buena trifulca si lo dejaba abandonado, y como recordaba exactamente dónde estaba, sólo tenía que ausentarme durante treinta minutos. Entonces fui, explicándole mi misión a Bill, por si había algún accidente.

La fuente luminosa ya no funcionaba, por supuesto, y la oscuridad que reinaba dentro de la corteza de Cinco era, en cierta forma, opresiva. Pero yo había dejado un farol portátil en la entrada, y me dejé caer libremente hasta que mi linterna de mano me dijo que era tiempo de frenar la caída. Diez minutos más tarde, con un suspiro de alivio, recogí las películas olvidadas.

Era una cosa bastante natural que presentara mis últimos respetos a «El Embajador»; podrían pasar años hasta que lo viera de nuevo, y esa figura tranquila y enigmática había comenzado a ejercer sobre mí una extraordinaria fascinación.

Desgraciadamente, esa fascinación no se había limitado sólo a mí. Porque la cámara estaba vacía y la estatua había desaparecido.

Supongo que pude volverme y no decir nada, evitando así explicaciones embarazosas. Pero estaba demasiado furioso como para pensar en ser discreto, y tan pronto como regresé, despertamos al profesor y le contamos lo sucedido.

Se sentó en su litera, frotándose los ojos para despejarse; luego profirió unas cuantas palabras fuertes contra el señor Mays y sus acompañantes, palabras que no conviene repetir aquí.

—Lo que no entiendo —dijo Searle— es cómo pudieron sacarla..., si es que en realidad lo hicieron. Tendríamos que haberla visto.

—Hay muchos escondites y pudieron haber esperado hasta que no hubiera nadie cerca antes de subirla hasta el casco exterior. Debe haber sido un trabajo bastante grande, incluso bajo esta gravedad —señaló Eric Fulton en tono de admiración.

—No hay tiempo para homenajes póstumos —dijo el profesor con salvajismo—. Tenemos cinco horas para pensar algo. No pueden despegar antes, porque estamos precisamente en el lado opuesto a Ganímedes. ¿Esto es correcto o no, Kingsley?

Searle asintió.

—Sí. Debemos movernos hasta el otro lado de Júpiter antes de que podamos entrar en una órbita de transferencia..., al menos en alguna razonablemente económica.

—Bien. Eso nos da tiempo para respirar. ¿A quién se le ocurre alguna idea?

Recordando ahora con frecuencia toda la historia me parece que nuestra conducta subsiguiente fue un poco peculiar y ligeramente salvaje. No era el tipo de cosas que meses atrás hubiéramos imaginado hacer. Pero estábamos sorprendidos y fatigados por el exceso de trabajo, y nuestro alejamiento respecto de otros seres humanos hacía que todo pareciera diferente. Ya que aquí no había otras leyes, teníamos que dictarlas nosotros...

—¿No podemos hacer algo para que no puedan despegar?... ¿Podríamos sabotear sus reactores, por ejemplo? —preguntó Bill.

A Searle esta idea no le gustaba nada.

—No debemos hacer nada por las buenas —dijo—. Además, Don Hopkins es buen amigo mío. Si yo le causara algún daño a su nave, él no me lo perdonaría nunca. También existiría el peligro de que hiciéramos algo que no se pudiera reparar.

—Entonces sáquenle el combustible —dijo Groves lacónicamente.

—¡Por supuesto! Probablemente estén todos dormidos; no hay luz en la cabina. Lo único que tenemos que hacer es conectar y bombear.

—Una idea muy bonita —señalé—. Pero estamos separados por dos kilómetros. ¿Cuántos metros de tubo tenemos? ¿Llegan a cien metros?

Los demás ignoraron esta interrupción como si fuera absolutamente despreciable y siguieron haciendo planes. Cinco minutos más tarde, los técnicos ya tenían todo dispuesto: sólo teníamos que meternos en nuestros trajes espaciales y hacer el trabajo.

Cuando me uní a la expedición del profesor, nunca pensé que terminaría como un porteador africano de esas viejas historias de aventuras, llevando la carga sobre mi cabeza. Especialmente cuando esa carga era la sexta parte de una nave espacial (por ser tan bajo, el profesor Forster no podía prestar ayuda efectiva). Ahora que sus tanques de combustible estaban medio vacíos, el peso de la nave bajo esta gravedad era de unos 200 kilogramos. Nos reunimos bajo ella, la alzamos, y se fue hacia arriba..., muy lentamente, por supuesto, porque su inercia todavía no había cambiado. Entonces comenzamos a marchar.

El trayecto nos llevó un buen rato, y no fue tan fácil como lo habíamos pensado. Pero ahora las dos naves estaban una al lado de la otra y nadie nos había visto. En el «Henry Luce» todos estaban profundamente dormidos, como debíamos haber estado nosotros, de acuerdo con lo que ellos esperaban.

Pese a que estaba algo falto de aire, encontraba en toda la aventura una cierta diversión infantil, mientras Searle y Fulton sacaban de la compuerta hermética los tubos

usados para recargar combustible y los acoplaban a la otra nave con toda tranquilidad.

—La belleza de este plan —me explicó Groves mientras le observábamos— reside en el hecho de que no pueden hacer nada para detenernos, a menos que salgan y nos desacoplen el tubo. Los podemos dejar completamente secos en cinco minutos, y despertarse y meterse en sus trajes espaciales les llevará la mitad de ese lapso.

Repentinamente me asaltó un temor horrendo.

—¿Y si encendieran sus cohetes y trataran de escapar?

—Entonces nos aplastarían a todos. No; lo único que pueden hacer es salir y ver qué pasa. ¡Ah, allá van las bombas!

Los tubos se habían endurecido como las mangas de baja presión contra incendios, y supe que el combustible estaba fluyendo hacia nuestros tanques. En cualquier momento se encenderían las luces en el «Henry Luce» y sus sorprendidos habitantes saldrían por las escotillas.

Fue algo desconcertante cuando vimos que no lo hicieron. Debían haber estado durmiendo muy profundamente como para no sentir las vibraciones producidas por las bombas; pero cuando se terminó todo, no sucedió nada, y nos quedamos parados mirando a nuestro alrededor un poco tontamente. Searle y Fulton desconectaron el tubo con mucho cuidado y lo colocaron de nuevo en la compuerta.

—¿Y...? —le preguntamos al profesor.

Pensó durante un minuto.

—Entremos en la nave —dijo.

Después de quitarnos los trajes espaciales y reunirnos dentro del cuarto de control, o al menos lo más adentro posible, el profesor se sentó ante la radio y presionó la señal de «Emergencia». Nuestros durmientes vecinos se despertarían en un par de segundos, cuando su receptor automático hiciera sonar la alarma.

La pantalla de TV brilló vivamente. Allí, un poco asustado, estaba Randolph Mays.

—Hola, Forster —dijo rápidamente—. ¿Qué problema tienen?

—Aquí no pasa nada —replicó el profesor, con su más fría cortesía—, pero ustedes perdieron algo importante. Miren su nivel de combustible.

La pantalla se vació, y durante unos instantes llegó a través del micrófono una mezcla de gritos y gruñidos confusos. Luego Mays volvió, compitiendo el asombro y la alarma en sus facciones.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadado—. ¿Sabe algo de esto?

El profesor le dejó chisporrotear un poco antes de contestar.

—Creo que es mejor que venga y charlemos un poco —dijo—. No tendrá que caminar mucho.

Mays le echó una mirada de indignación y luego replicó:

—¡Seguro que iré!

Y la pantalla quedó vacía.

—¡Ahora tendrá que bajar! —dijo Bill con alegría—. ¡No puede hacer otra cosa!

—No es tan simple como crees —advirtió Fulton—. Si realmente quisiera hacerse el malo, sólo se tendría que sentar y radiar a Ganimedes pidiendo una nave tanque.

—¿Y eso de qué le serviría? Perdería varios días y le costaría una fortuna.

—Sí pero todavía tendría la estatua, si es que tanto la quiere. Y al demandarnos recobraría su dinero.

Se encendió la luz de la compuerta, y Mays entró tropezando al cuarto de control. Estaba de ánimo sorprendentemente conciliatorio; debía haber recapacitado en el camino.

—Bueno, bueno —dijo amablemente—. ¿A qué lleva todo esto?

—Lo sabe perfectamente bien —replicó fríamente el profesor—. Le dije con suficiente claridad que no se podía sacar nada de Cinco. Ha estado robando cosas que no le pertenecen.

—Vamos, sea razonable. ¿A quién le pertenecen? No puede reclamar todo lo de este planeta como propiedad personal.

—Esto no es un planeta...; es una nave, y las leyes de salvamento están en vigor.

—Francamente, ése es un punto muy discutible. ¿No cree usted que tendría que esperar hasta obtener un dictamen judicial?

El profesor se estaba comportando con una cortesía de hielo, pero pude notar que el esfuerzo era terrible, y que en cualquier momento podría haber una explosión.

—Escuche, señor Mays —dijo con una calma insolente—. Lo que usted se llevó es el hallazgo individual más importante que hemos hecho aquí. Le haré algunas concesiones, dado que usted no aprecia lo que hizo y no entiende el punto de vista de un arqueólogo como yo. Devuelva esa estatua y le bombearemos otra vez el combustible y no se dirá nada más.

Mays se frotó la barbilla pensativamente.

—Realmente no veo por qué tiene que hacer un escándalo tan grande por una estatua sola, si se considera todo lo que todavía hay allí.

Fue entonces cuando el profesor cometió uno de sus raros errores.

—Usted habla como alguien que ha robado la Monna Lisa del Louvre y argumenta que nadie la echará de menos debido a todos los otros cuadros que quedan. Esta estatua es

única, y lo es en un sentido en el que no lo puede ser ninguna obra de arte terrestre. Por eso es por lo que estoy decidido a recuperarla.

Cuando uno negocia algo, nunca debe demostrar con claridad que realmente hay algo que necesita en grado sumo. Vi un resplandor codicioso en la mirada de Mays, y me dije: «¡Uh-huh! Se va a poner pesado.» Y recordé la frase de Fulton acerca de la llamada a Ganímedes pidiendo una nave-tanque.

—Deme media hora para pensarlo —dijo Mays volviéndose hacia la compuerta.

—Muy bien —replicó el profesor inflexiblemente—. Media hora..., nada más.

Debo reconocer que Mays tenía cerebro. En menos de cinco minutos vimos que sus antenas de comunicaciones comenzaron a girar hasta que se enfocaron hacia Ganímedes. Por supuesto que tratamos de escuchar, pero él tenía un equipo de interferencia. Estos periodistas deberían confiar en los demás...

La respuesta llegó unos minutos después, y también fue interferida. Mientras esperábamos el próximo acontecimiento, tuvimos otro consejo de guerra. El profesor entraba ahora en ese obstinado estado de no-me-detengo-ante-nada. Se dio cuenta de que había cometido un error de cálculo, y eso le despertó el instinto de lucha.

Creo que Mays debió sentir algún recelo, porque cuando volvió traía refuerzos. Su piloto, Donald Hopkins, venía con él, y parecía algo incómodo.

—Pude arreglar todo, profesor —dijo con afectación—. Tardaré un poco más, pero si fuera necesario podré volver sin su ayuda. Aún así debo admitir que si pudiéramos llegar a un acuerdo se ahorraría un montón de trabajo y de dinero. Le diré lo que vamos a hacer. Devuélvame mi combustible y yo le devolveré los otros... esto... «souvenirs» que recogí. Pero insisto en quedarme con la Monna Lisa, aun cuando eso implique que no esté de vuelta en Ganímedes hasta mediados de la semana próxima.

Entonces el profesor profirió una serie de los que usualmente se denominan juramentos de profundidad espacial, pese a que les puedo asegurar que son sumamente parecidos a cualquier otro tipo de juramento. Eso pareció aliviarle de sus pesares, y se volvió perversamente amigable.

—Mi estimado señor Mays —dijo—. Usted es un tramposo incurable y, por tanto, no tendré escrúpulos en pelear con usted. Estoy dispuesto a hacer uso de la fuerza, porque sé que la ley me justificará.

Mays pareció levemente alarmado, pero no sin motivos. Nos habíamos situado en posiciones estratégicas, rodeando la puerta.

—Por favor, no sea tan melodramático —dijo con arrogancia—. Este es el siglo veintiuno, y no el Lejano Oeste, allá por 1800.

—Por 1880 —dijo Bill, que es un fanático de la precisión.

—Debo rogarle —continuó el profesor— que se considere arrestado mientras decidimos qué se debe hacer. Señor Searle, llévelo a la cabina B.

Mays se movió de espaldas a la pared lateralmente, riéndose nerviosamente.

—¡Realmente, profesor, esto es demasiado infantil! No puede detenerme contra mi voluntad.

Y miró al capitán del «Henry Luce» pidiendo ayuda.

Donald Hopkins se sacudió del uniforme una pelusa imaginaria.

—Me niego —señaló, para beneficio de todos a verme envuelto en disputas vulgares.

Mays le dirigió una mirada venenosa y capituló de mala gana. Nos aseguramos de que tuviera una buena provisión de cosas para leer y lo encerramos.

Una vez que lo quitamos de enmedio, el profesor se volvió hacia Hopkins, que miraba con envidia nuestros indicadores de nivel de combustible.

¿Puedo suponer —preguntó cortésmente —Capitán, que usted no desea verse envuelto en ninguno de los negocios sucios de su patrón?

—Yo soy neutral. Mi obligación es traer la nave hasta aquí y llevarla de vuelta a casa. Pueden disputarse esto entre ustedes.

—Gracias. Creo que nos comprendemos perfectamente. Tal vez sería mejor que usted volviera a su nave y explicara la situación. Les llamaremos pasados unos minutos.

El capitán Hopkins se dirigió lánguidamente hacia la puerta. Cuando iba a marcharse, se volvió hacia Searle.

—Entre paréntesis, Kigsley —dijo con lentitud—, ¿pensaste en la tortura? Por favor, llamadme si llegáis a eso... Tengo algunas ideas sumamente interesantes.

Y se fue, dejándonos con nuestro rehén.

Creo que el profesor había esperado hacer un intercambio directo. Si así fue, no había contado con la obstinación de Marianne.

—Es lo que Randolph se merecía —dijo—. Pero realmente no veo que eso signifique ninguna diferencia. Estará tan cómodo en su nave como en la nuestra, y no le pueden hacer nada. Avísenme cuando estén hartos de tenerlo ahí.

Parecía ser un «impasse» absoluto. Habíamos sido casi demasiado inteligentes, y eso no nos había llevado a ningún lado. Habíamos capturado a Mays, pero no nos servía para nada.

El profesor estaba parado dándonos la espalda, mirando fijamente la ventana y de mal humor. Aparentemente equilibrada sobre el horizonte, la inmensa mole de Júpiter parecía llenar el firmamento.

—Tenemos que convencerla de que realmente queremos guerra —dijo, y luego, abruptamente se volvió hacia mí—: ¿Crees que en realidad le gusta ese pillo?

—¡Eh!..., no me sorprendería. Sí; realmente creo que sí.

El profesor pareció muy pensativo. Luego le dijo a Searle:

—Venga a mi cuarto. Quiero hablarle de algo.

Se ausentaron durante un rato. Cuando volvieron, los dos tenían un indefinible aire de alegre anticipación, y el profesor traía un papel cubierto de cifras. Fue hacia la radio y llamó al «Henry Luce».

—Hola —dijo Marianne, contestando con tanta rapidez que era obvio que nos había estado esperando—. ¿Decidió cancelarlo? Me estoy aburriendo demasiado.

El profesor la miró con seriedad.

—Señorita Mitchell —replicó—. Aparentemente, usted no nos ha tomado en serio. Por tanto, estoy preparando para su beneficio una demostración algo... drástica. Voy a poner a su patrón en una posición de la cual estará sumamente ansioso que usted le saque lo más pronto posible.

—¿De veras? —replicó Marianne indiferente, pese a que creí detectar en su voz un deje de aprensión.

—Supongo —dijo el profesor con suavidad— que usted no sabe nada de mecánica celeste. ¿No? Muy mal. Pero su piloto le confirmará todo lo que yo le diga. ¿No es cierto, Hopkins?

—Prosiga —dijo desde el fondo una voz estudiadamente neutral.

—Entonces escuche con atención, señorita Mitchell. Quisiera hacerle recordar nuestra curiosa (y ciertamente precaria) posición sobre este satélite. Sólo tiene que mirar por la ventana para ver cuán cerca de Júpiter estamos, y casi ni necesito recordarle que Júpiter posee, y lejos, el campo gravitatorio más intenso de todos los planetas. ¿Me sigue?

—Sí —replicó Marianne, ya no tan segura de sí misma—. Continúe.

—Muy bien. Este pequeño mundo gira alrededor de Júpiter en casi doce horas exactas. Ahora, hay un conocido teorema que dice que si un cuerpo cae desde una órbita al centro de atracción, la caída le llevará ciento setenta y siete milésimas de tiempo. En otras palabras: cualquier cosa que caiga hacia Júpiter desde aquí alcanzaría el centro del planeta en unas dos horas y siete minutos. Estoy seguro de que el capitán Hopkins puede confirmarlo.

Hubo una larga pausa. Luego escuchamos decir a Hopkins:

—Bueno, por supuesto que no puedo confirmar las cifras exactas, pero probablemente sean correctas. De cualquier modo, debe ser algo muy parecido.

—Bien —continuó el profesor—. Ahora estoy seguro de que se da cuenta —siguió, con una sincera sonrisa de satisfacción de que una caída hasta el centro del planeta es un caso muy teórico. Si realmente se dejara caer algo desde aquí, alcanzaría la atmósfera superior de Júpiter en un tiempo considerablemente más corto. Espero no estar aburriéndola, ¿o sí?

—No —dijo Marianne algo débilmente.

—Me alegro de oírsele decir. De todas maneras, el capitán Searle ya ha calculado el tiempo, que es de una hora treinta y cinco minutos. No podemos garantizar precisión absoluta, ¡ja, ja!

»Ahora, indudablemente, no ha escapado a su atención que este satélite tiene un campo gravitatorio extremadamente débil. La velocidad de escape es de sólo diez metros por segundo, y cualquier cosa que se arroje desde aquí a esa velocidad, no volvería jamás. ¿Correcto, señor Hopkins?

—Perfectamente correcto.

—Entonces voy a ir al grano: Nos proponemos llevar al señor Mays a dar un paseo hasta que esté inmediatamente debajo de Júpiter, sacarle las pistolas de reacción de su traje espacial y... lanzarlo hacia adelante. Estamos preparados para recogerlo con nuestra nave tan pronto como usted haya devuelto los bienes que han robado. Después de lo que le he dicho, estoy seguro de que comprenderá que el tiempo es un factor vital. Una hora y treinta y cinco minutos es un lapso asombrosamente corto, ¿no?

—Profesor —gemí—, ¿no puede hacer eso!

—¡Cállate! —ladró—. Bueno, señorita Mitchell, ¿qué me dice?

Marianne le miraba fijamente, con una mezcla de horror e incredulidad.

—¡Eso es un simple «bluff»! —gritó—. ¡No creo que usted haga nada de eso! ¡Su tripulación no le dejará!

El profesor suspiró.

—¡Qué lástima! —dijo—. Capitán Searle..., señor Groves..., por favor, cojan al prisionero y procedan de acuerdo con las instrucciones.

—Sí, señor —replicó Searle, con gran solemnidad.

Mays parecía asustado, pero obstinado.

—¿Qué van a hacer ahora? —dijo, mientras se le devolvía su traje.

Searle le sacó de la cartuchera las pistolas de reacción.

—De momento, métase dentro —dijo—. Vamos a dar un paseo.

Entonces comprendí lo que esperaba hacer el profesor. Todo el asunto era un «bluff» colosal: por supuesto que él realmente no arrojaría a Mays hacia Júpiter; y en todo caso,

Searle y Groves no lo harían. Y, además, Marianne seguramente entrevería nuestro «bluff», y entonces quedaríamos como unos perfectos idiotas.

Mays no podía escaparse; sin sus pistolas de reacción estaba bastante indefenso. Agarrándole de los brazos, y remolcándole como un globo cautivo, sus escoltas partieron hacia el horizonte... y hacia Júpiter.

Mirando la otra nave, pude notar que Marianne estaba ante las ventanillas de observación con la vista fija en el trío que partía. El profesor Forster también lo notó.

—Señorita Mitchell, supongo que ya se habrá convencido de que no están llevando un traje espacial vacío. ¿Puedo sugerirle que siga los procedimientos con un telescopio? En un minuto estarán sobre el horizonte, pero podrá ver al señor Mays cuando comience a... ascender.

Del altavoz llegó un silencio inquebrantable. El período de suspense pareció durar un tiempo muy largo. ¿Estaba esperando Marianne para ver lo lejos que llegaba el profesor?

Para ese entonces, yo había tomado posesión de un par de gemelos y barría el cielo más allá del ridículamente cercano horizonte. De repente lo vi... como un pequeño relámpago sobre el amarillo y vasto escenario de Júpiter. Enfoqué rápidamente, y precisamente pude distinguir las tres siluetas que se elevaban hacia el espacio. Mientras observaba, se separaron: dos de ellas desaceleraron con sus pistolas y comenzaron a caer hacia Cinco. La otra siguió ascendiendo irremediabilmente en dirección a la tremenda masa de Júpiter.

Con horror e incredulidad, me volví hacia el profesor.

—¡Realmente lo hicieron! —grité—. ¡Creí que sólo estaba haciendo un «bluff»!

—La señorita Mitchell también creyó eso, no tengo ninguna duda —dijo tranquilamente el profesor, para beneficio del micrófono—. Espero no tener que explicarte la urgencia de la situación. Como ya he dicho una o dos veces, el tiempo de caída desde nuestra órbita hasta la superficie de Júpiter es de noventa y cinco minutos. Pero, por supuesto, si uno esperase incluso la mitad de ese tiempo podría ser ya demasiado tarde...

Dejó que eso penetrara. Desde la otra nave no hubo ninguna respuesta.

—Y ahora —continuó—, voy a desconectar nuestro receptor para no tener más discusiones. Esperaremos hasta que hayan descargado esa estatua (y los otros temas que el señor Mays tuvo el descuido de mencionar) antes de hablarles nuevamente. Hasta luego.

Fueron diez minutos muy incómodos. Había perdido de vista a Mays y me preguntaba seriamente si no deberíamos dominar al profesor e ir tras él, antes de convertirnos en

asesinos. Pero los que podían hacer volar la nave eran los que realmente habrían cometido el crimen. Yo no sabía qué pensar.

Entonces se abrió lentamente la compuerta del «Henry Luce». Apareció un par de siluetas con trajes espaciales, sosteniendo entre ellas a la causa de este alboroto.

—Rendición incondicional —murmuró el profesor, con un suspiro de satisfacción—. Métnala en nuestra nave —dijo por la radio—. Les abriré la compuerta hermética.

No parecía tener ningún apuro. Yo seguía mirando el reloj ansiosamente; ya habían pasado quince minutos. Inmediatamente se oyeron ruidos de golpes y silbidos agudos provenientes de la compuerta, se abrió la puerta interior y entró el capitán Hopkins. Fue seguido por Marianne, que sólo necesitaba un hacha manchada de sangre para parecerse a Clitemnestra. Me esforcé por evitar su mirada, en cambio el profesor parecía no sentir ninguna vergüenza. Entró caminando a la compuerta, comprobó que sus pertenencias estuvieran de regreso y salió frotándose las manos.

—Bueno, así es —dijo con alegría—. Ahora sentémonos y tomemos un trago para olvidar todo este disgusto, ¿sí?

Indignado, señalé el reloj.

—¡Usted se volvió loco! —grité furioso—. ¡Ya está a mitad de camino hacia Júpiter!

El profesor Forster me miró con una expresión condenatoria.

—La impaciencia —expresó— es un defecto común entre los jóvenes. No veo ninguna razón para acciones precipitadas.

Marianne habló por primera vez; ahora parecía realmente aterrorizada.

—Pero usted prometió... —susurró.

Súbitamente, el profesor capituló. Ya había hecho su pequeña broma, y no quería prolongar la agonía.

—Le puedo decir, señorita Mitchell (y a ti también, Jack), que Mays no está en mayor peligro que nosotros. Podemos ir y recogerlo cuando nos guste.

—¿Quiere decir que me mintió?

—Ciertamente, no. Todo lo que le dije era perfectamente cierto. Sólo que usted llegó a conclusiones erróneas. Cuando dije que un cuerpo tardaría noventa y cinco minutos en caer desde aquí hasta Júpiter, omití (y debo confesar, no accidentalmente) una frase bastante importante. Tendría que haber agregado, un cuerpo en reposo respecto de Júpiter. Su amigo el señor Mays compartía la velocidad orbital del satélite y todavía la conserva. Una velocidad de veintiséis kilómetros por segundo, señorita Mitchell.

“¡Oh, sí!, lo arrojamos completamente fuera de Cinco y hacia Júpiter. Pero la velocidad que le imprimimos era despreciable. Aún se está moviendo prácticamente en la misma

órbita que antes. Lo máximo que puede hacer (tengo al capitán Searle calculando las cifras), es ir unos cien kilómetros hacia adentro, a la deriva. Y en una revolución (doce horas) estará de vuelta en el mismo lugar de partida, sin molestarnos en hacer absolutamente nada.

Hubo un silencio largo, largo. El rostro de Marianne era un estudio de frustración alivio y molestia por haber sido burlada. Se volvió hacia el capitán Hopkins.

—¡Usted debe haberlo sabido todo este tiempo! ¿Por qué no me lo dijo?

Hopkins expresó con gesto herido:

—Usted no me lo preguntó —le dijo.

Recogimos a Mays cerca de una hora después. Estaba sólo a diez kilómetros de altura y le localizamos rápidamente por la brillante luz de su traje. Su radio había sido desconectada, por una razón que no se me había ocurrido. El era lo suficientemente inteligente como para darse cuenta de que no estaba en peligro, y si su equipo hubiera estado funcionando, podría haber llamado a su nave y poner en evidencia nuestro «bluff». Esto es, si hubiese querido hacerlo. Personalmente, yo creo que me hubiera costado mucho cancelar todo el asunto, incluso si hubiese sabido que estaba perfectamente a salvo. Allá arriba se debía sentir una soledad terrible.

Para gran sorpresa mía, Mays no estaba tan furioso como yo había supuesto. Quizá se sintiera demasiado aliviado por estar otra vez en nuestra pequeña y abrigada cabina, después de haber flotado impulsado apenas por el silbido de nuestros cohetes. O quizá sentía que había sido vencido en buena ley y no guardaba ningún rencor. Realmente creo que era esto último.

No hay mucho más que decir, excepto que sí le jugamos otra mala pasada antes de abandonar Cinco. Tenía en sus tanques mucho más combustible de lo que en realidad necesitaba, ahora que su carga estaba sustancialmente reducida. Al quedarnos nosotros con el exceso, pudimos, después de todo, llevarnos “El Embajador» a Ganímedes. Oh, sí, el profesor le dio un cheque por el combustible que habíamos tomado prestado. Todo fue perfectamente legal.

Sin embargo, hubo una interesante consecuencia que debo contarles. Al día siguiente de abrirse la nueva galería en el Museo Británico, fui para ver «El Embajador», en parte para descubrir si su impacto era todavía tan grande, en este ambiente que ahora le rodeaba. (Para la crónica, no lo era... pese a que aún es considerable, y Bloomsbury ya nunca me parecerá el mismo). Una inmensa multitud se arremolinaba alrededor de la galería, y en medio de ella estaban Mays y Marianne.

Y terminamos compartiendo un muy agradable almuerzo en Holborn. Respecto de Mays diré esto... no guarda ningún rencor. Pero todavía estoy bastante resentido con Marianne.

Y, francamente, no puedo imaginarme qué ve en él.

LOS POSEÍDOS

Y ahora este sol estaba tan cercano que el huracán de radiación estaba obligando al Swarm a volver a la oscura noche del espacio. Pronto ya no podría acercarse más; los ventarrones de luz sobre los cuales cabalgaba de estrella en estrella ya no podrían verse de frente tan cerca de su origen. A menos que encontrara un planeta muy pronto, y pudiera caer bajo la paz y seguridad de su sombra, este sol debía ser abandonado como ya lo habían sido tantos otros anteriormente.

Ya se habían buscado y descartado seis fríos mundos exteriores. O estaban congelados más allá de toda esperanza de vida orgánica, o si no albergaban entidades de especies que eran inútiles para el Swarm. Para que éste pudiera sobrevivir, debía encontrar huéspedes no demasiado distintos de aquellos que había abandonado en su sentenciado y distante hogar. Hacía millones de años que el Swarm había comenzado su viaje, barrido hacia las estrellas por los fuegos que produjo, al estallar, su propio sol. Aun así, el recuerdo de su perdida tierra natal era agudo y claro, un dolor que no moriría nunca.

Adelante había un planeta, arrastrando su cono de sombra a través de la noche barrida por las llamas. Los sentidos que el Swarm había desarrollado a lo largo de su extenso viaje se proyectaron hacia el mundo que se acercaba, se proyectaron y lo encontraron aceptable. Los duros golpes de radiación cesaron cuando el negro disco del planeta eclipsó al Sol. El Swarm se deslizó suavemente en caída libre hasta que golpeó la franja exterior de la atmósfera. La primera vez que había aterrizado sobre un planeta casi encuentra la muerte, pero ahora contrajo su tenue sustancia con la impensada habilidad que da la larga práctica, hasta que formó una esfera pequeña y firmemente tejida. Su velocidad disminuyó lentamente, hasta que al fin flotó inmóvil entre la tierra y el cielo.

Durante muchos años cabalgó los vientos de la estratosfera de polo a polo o dejó que los silenciosos disparos del alba le arrojaran hacia el Oeste, apartándolo del Sol naciente.

En todos lados encontró vida, pero inteligencia en ninguno. Había cosas que se arrastraban, y volaban y saltaban, pero no había cosas que hablaran o construyeran. Dentro de diez millones de años podría haber aquí criaturas con mentes que el Swarm podría poseer y guiar para sus propios propósitos; pero ahora no había señal de ellas. No podía adivinar cuál de las innumerables formas de vida de este planeta sería la heredera del futuro, y sin tal huésped estaba indefenso... un mero esquema de cargas eléctricas, una matriz de orden y propio conocimiento en un universo de caos. El Swarm no tenía control sobre la materia por sus propios medios, pero aun así, una vez que se hubiera alojado en la mente de una raza sensorial, no había nada que estuviera fuera de su poder.

No era la primera vez, y no sería la última, que el planeta fuera vigilado por un visitante del espacio..., pero nunca por ninguno en una tan peculiar y urgente necesidad. El Swarm se enfrentaba con un tremendo dilema. Podía comenzar una vez más sus cansinos viajes, esperando poder encontrar definitivamente las condiciones que buscaba, o podía esperar aquí, sobre este mundo, haciendo tiempo hasta que se levantara una raza que se acomodara a sus propósitos.

Se movió como la niebla a través de las sombras, dejando que los vientos vagabundos le llevaran donde quisieran. Los toscos y malformados reptiles de este joven mundo nunca le vieron pasar, pero él les observó, grabando, analizando, tratando de adivinar el futuro. Había tan poco que elegir entre todas estas criaturas; ninguna de ellas mostraba siquiera los primeros débiles brillos de una mente consciente. Pero si abandonaba este mundo en búsqueda de otro, podría recorrer el universo en vano hasta el fin del tiempo.

Finalmente tomó una decisión. Debido a su propia naturaleza, podía elegir las dos alternativas. La mayor parte del Swarm continuaría sus viajes entre las estrellas, pero una porción de él permanecería sobre este mundo, como una semilla plantada en espera de la futura cosecha.

Comenzó a girar sobre su eje, y su tenue cuerpo se aplanó hasta convertirse en un disco. Ahora fluctuaba entre las fronteras de la visibilidad..., era un pálido fantasma, un débil fuego fatuo que súbitamente se escindió en dos fragmentos desiguales. La rotación murió lentamente: el Swarm se había convertido en dos, cada uno de ellos como una entidad con todos los recuerdos del original y todos sus deseos y necesidades.

Hubo un último intercambio de ideas entre padre e hijo que al mismo tiempo eran gemelos idénticos. Si todo anduviera bien para los dos, se encontrarían nuevamente en el futuro lejano, aquí en este valle entre las montañas. El que iba a permanecer aquí, volvería a este punto a intervalos regulares, indefinidamente; el que continuara la

búsqueda enviaría un emisario si alguna vez se encontrara un mundo mejor. Y entonces se unirían nuevamente, sin ser ya exiliados sin hogar vagando en vano en medio de las indiferentes estrellas.

La luz del alba se derramaba sobre las montañas nuevas y desnudas cuando el Swarm padre se elevó hasta colocarse frente al Sol. En el borde de la atmósfera, los ventarrones de radiación lo atraparon y lo barrieron irresistiblemente más allá de los planetas, para comenzar una vez más la interminable búsqueda.

El que quedó comenzó su igualmente desesperanzada tarea. Necesitaba un animal que no fuera de una especie tan escasa, que las enfermedades o los accidentes la hicieran extinguirse, ni tampoco tan pequeño que nunca pudiera adquirir poder sobre el mundo físico. Y debería multiplicarse rápidamente, de forma tal que su evolución pudiera ser dirigida y controlada tan suavemente como fuera posible. La búsqueda fue prolongada, y la elección difícil, pero al fin el Swarm seleccionó su huésped. Como la lluvia que se hunde en el suelo sediento, penetró en los cuerpos de ciertos pequeños lagartos y comenzó a dirigir sus destinos. Fue un trabajo intenso, aun para un ser que nunca podría conocer la muerte. Pasaron generaciones y generaciones de lagartos hasta que se produjo la más mínima mejora en la raza. Y siempre, de acuerdo con lo convenido, el Swarm volvía a su cita entre las montañas. Siempre volvió en vano. No había mensajero proveniente de las estrellas que trajera noticias de mejor fortuna en alguna otra parte.

Los siglos se alargaron en milenios, los milenios en eones. De acuerdo con los standards geológicos, los lagartos estaban ahora cambiando rápidamente. En realidad ya no eran lagartos, sino criaturas de sangre caliente, cubiertas de piel, que parían vivos a sus hijos. Todavía eran pequeñas y débiles, sus mentes eran rudimentarias, pero contenían las semillas de la futura grandeza.

Pero no sólo las criaturas vivientes cambiaban a medida que pasaban las épocas. Los continentes se separaban, las montañas se gastaban bajo el peso de las constantes lluvias. A través de todos estos cambios, el Swarm mantuvo su propósito, y siempre, en los plazos convenidos, iba al lugar de encuentro que se había elegido hacía ya tanto tiempo, esperaba pacientemente durante un rato y se alejaba. Quizá el Swarm padre todavía estaba buscando o quizá (era una idea terrible y difícil de aceptar) le había alcanzado algún destino desconocido y había seguido el camino de la raza a la que había dominado anteriormente. No había nada que hacer más que esperar y ver si la tenaz forma de vida de este planeta podía ser obligada a entrar en el sendero que conducía a la inteligencia.

Y así pasaron los eones...

En algún lugar del laberinto de la evolución, el Swarm cometió su error fatal y siguió el camino equivocado. Hacía cien millones de años que había llegado a la Tierra y estaba muy cansado. No podía morir, pero podía degenerar. Los recuerdos de su viejo hogar y de sus destinos se estaban desvaneciendo: su inteligencia estaba decayendo aun cuando sus huéspedes estaban trepando la larga ladera que les conduciría al conocimiento de sí mismos.

Por una cósmica ironía, al dar el ímpetu que un día traería la inteligencia a este mundo, el Swarm se había consumido. Había alcanzado el último estado de parasitismo; ya no podía existir alejado de sus huéspedes. Ya nunca más podría cabalgar libre por este mundo, conducido por el viento y por el Sol. Para hacer el peregrinaje hasta el viejo lugar de encuentro, debía viajar lenta y difícilmente dentro de mil pequeños cuerpos. Aun así continuaba la costumbre inmemorial, conducido por el deseo de reunión que le quemaba con más voracidad que nunca, ahora que conocía la amargura del fracaso. Sólo si el Swarm padre retornara y lo reabsorbiera, podría conocer nueva vida y vigor.

Los glaciares llegaron y se fueron; las pequeñas bestias que ahora albergaban a la decadente inteligencia extraña, escaparon de milagro de las garras del hielo. Los océanos conquistaron la tierra, y aun así la raza sobrevivió. Incluso se multiplicó, pero no podía hacer más. Este mundo no sería nunca su propiedad, porque muy lejos, en el corazón de otro continente, un cierto mono había descendido de los árboles y estaba mirando hacia las estrellas con los primeros indicios de curiosidad.

La mente del Swarm se estaba dispersando, desparramándose entre un millón de pequeños cuerpos, y ya no era capaz de unirse y hacer imponer su voluntad. Había perdido toda cohesión, sus recuerdos se estaban desvaneciendo. En un millón de años como máximo, se habrían ido todos.

Sólo se mantenía una cosa... la ciega urgencia que todavía, a intervalos, que por alguna extraña aberración se estaban volviendo cada vez más cortos, le conducía a buscar su fin en un valle que había dejado de existir hacía ya mucho tiempo.

Recorriendo tranquilamente la senda de la luz lunar, el crucero de placer pasó la isla con un guiñante faro, y entró en el fiordo. Era una noche tranquila y agradable, Venus se hundía en el Oeste, más allá de las Feroe, y las luces del puerto se reflejaban apenas temblorosamente en las lejanas y tranquilas aguas.

Nils y Christina estaban extremadamente contentos. Parados uno al lado del otro contra la barandilla del barco, las manos entrelazadas, observaban las arboladas laderas

que se deslizaban silenciosamente. Los altos árboles estaban inmóviles bajo la luz lunar, ni el menor soplo de viento molestaba sus hojas, desde charcos de sombra sus delgados troncos se elevaban pálidamente. Todo el mundo estaba dormido; solamente el barco se atrevía a romper el encanto que había hechizado la noche. De repente, Christina lanzó un pequeño gemido, y Nils sintió sus dedos apretarse convulsivamente sobre los suyos. Siguió su mirada: ella estaba mirando fijamente a través de las aguas, hacia los silenciosos centinelas del bosque.

—¿Qué pasa, querida?

—¡Mira! —replicó ella, en un suspiro que Nils apenas pudo escuchar.

—¡Allá, bajo los pinos!

Nils miró, y mientras lo hacía, la belleza de la noche se desvaneció lentamente, y terrores ancestrales llegaron gateando desde el exilio. Porque debajo de los árboles la tierra estaba viva: una sucia marea marrón se movía bajando las laderas de la colina y se sumergía en las aguas oscuras. Aquí había un claro sobre el cual caía, no ensombrecida, la luz lunar. Incluso mientras él observaba, estaba cambiando: la superficie de la tierra parecía estar ondulándose hacia abajo, como una lenta cascada que tendiera a unirse con el mar.

Y entonces, Nils se rió, y el mundo estuvo cuerdo una vez más. Christina lo miró, sorprendida, pero otra vez confiada.

—¿No te acuerdas? —sonrió—. Lo leímos en el diario de esta mañana. Lo hacen cada cierto tiempo y siempre de noche. Está pasando esto desde hace días.

Se estaba burlando de ella, alejando la tensión de los últimos minutos. Christina le devolvió la mirada y una lenta sonrisa iluminó su rostro.

—¡Por supuesto! —dijo ella—. ¡Qué tonta soy!

Luego se volvió una vez más hacia la tierra y su expresión se volvió triste, porque tenía muy buen corazón.

—¡Pobrecitas! —suspiró—. Quisiera saber por qué lo hacen.

Nils se encogió de hombros con indiferencia.

—Nadie lo sabe —contestó—. Es nada más que otro de esos misterios. Yo no pensaría en eso, si tanto te preocupa. Mira..., pronto estaremos en el puerto.

Se volvieron hacia las luces en donde estaba su futuro y Christina miró sólo una vez hacia atrás, hacia la marca trágica y sin sentido que todavía flotaba sobre la Luna.

Obedeciendo a un impulso cuyo significado nunca habían conocido, las sentenciadas legiones de turones de Noruega habían encontrado el olvido bajo las olas.

FIN